

No MADRES

Mujeres sin hijos contra los tópicos

María Fernández-Miranda



PLAZA  JANÉS

0

No MADRES

Mujeres sin hijos contra los tópicos

María Fernández-Miranda

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A mis padres, por estar siempre de mi lado.

A José, porque somos un equipo.

Hay que amasar el pan con rencor, con tristeza, con recuerdos, con el corazón hecho pedazos [...] Hay que amasar el pan con pánico a no poder hacerlo nunca más, a que se queme, a que salga crudo, a que no le guste a nadie [...] Escribir. Amasar el pan. No hay diferencia.

LEILA GUERRIERO,
extracto de la columna «Escribir»,
publicada en *El País*, 8 de junio de 2016

En algún momento de 2011, el año en que me casé, mi madre me dijo: «Voy a rezarle a san Antonio para que tengas un bebé». Le respondí, riendo: «Anda, mamá, ¡mejor pídele que publique un libro, que me haría más ilusión!». Le he dado muchísimas vueltas a ese recuerdo. Ha martilleado mi cabeza, sin ir más lejos, durante las siete veces en las que me he visto a mí misma tumbada en una camilla, camino del quirófano, para que un médico pinchase mis ovarios con el objetivo de extraer óvulos que más tarde se fecundarían (o no) en un laboratorio. Lo cierto es que lo que con tanta frivolidad le contesté a mi madre ese día de 2011 no era una pose. Era lo que realmente sentía, y por aquel entonces hacía tiempo que había dejado de ser una quinceañera: estaba a punto de cumplir los 36, o sea que el maldito reloj biológico tenía que estar ya funcionando a pleno rendimiento, aunque yo no lo escuchara. Si la maternidad no era el gran objetivo de mi vida ni siquiera a aquellas alturas, ¿por qué después me sometí voluntariamente a la tortura de pasar por siete fecundaciones in vitro?

Creo que hay varias respuestas a esa pregunta. En primer lugar está mi propia responsabilidad en este embrollo; ese afán mío por lograr todo lo que me propongo, aunque para ello me tenga que dejar la salud por el camino. Pero también está la influencia del entorno. Las personas (sobre todo mujeres, y ojalá no tuviera que subrayar que ellas son las peores a la hora de meter el dedo en la llaga) que te preguntan abiertamente *por qué no has sido madre aún*, o las que te insinúan que *tú todavía no estás completa*, o las que te advierten que *no sabes lo que te estás perdiendo*, o las que te miran

compasivas y te dejan caer que *tranquila, ya llegará... ¡cuando te relajés!* También están la televisión y las revistas, que muestran con cierta periodicidad a la famosa de turno embarazada después de los 40, porque las técnicas de reproducción asistida *han avanzado tanto que hoy cualquiera puede en el momento que quiera* (lo que jamás cuentan es que muchas de las que son madres a partir de esa edad han tenido que tomar la difícil decisión de recurrir al óvulo de una donante). Y finalmente está el lenguaje: a la mujer que tiene descendencia se la llama madre; a la que no está emparejada, soltera; a la que ha perdido a su pareja, viuda. Las que no tenemos hijos carecemos de un nombre propio, así que en vez de definirnos como lo que somos debemos hacerlo desde lo que no somos: no madres. Nos vemos abocadas a catalogarnos desde la negación porque representamos una anormalidad en un momento en el que la mayoría de las madres de mi generación (las nacidas entre mediados de los setenta y principios de los ochenta) se venden a sí mismas como auténticas heroínas por la frenética carrera en la que se encuentran inmersas para llegar a todo. Fijémonos en este detalle tan tonto y al mismo tiempo tan ofensivo: a pesar de que no tengo hijos, a principios de mayo suelo recibir puntualmente, en la redacción en la que trabajo, diversos detalles (una planta, un libro, unas flores...) de varias relaciones públicas que me felicitan por el día de la Madre, dando por hecho que si soy mujer también seré madre. ¿Desde cuándo se trata de dos términos indisolubles?

Pues resulta que, junto a tantas supermadres, también hay mujeres (cada vez más) que no quieren tener hijos, y hay mujeres que no pueden tener hijos. Yo he pertenecido a ambos bandos. Como declaró una vez la cantante Luz Casal, «cuando pude, no quise, y cuando quise, ya no pude». Y en este proceso de aceptación sólo me ha ayudado una cosa: escuchar a las que se encuentran en mi mismo barco, a las que por distintas razones no han podido o no han querido tener descendencia. Lo que pasa es que me ha costado encontrarlas,

porque casi todas están calladas, sepultadas bajo la avalancha de blogs, libros y tuits que machaconamente debaten sobre pañales y biberones, como si nunca antes en la historia de la humanidad hubiesen existido las mujeres que dan a luz. Y yo me pregunto: ¿acaso no ha llegado la hora de que nosotras también expresemos cómo nos sentimos?

Mi
historia de no maternidad

Pienso que cuando ocurre una tragedia se presenta una oportunidad. Puedes lanzarte a la nada y dejar que el vacío que inunda tu corazón y tus pulmones limite tu capacidad para pensar o incluso para respirar. O puedes intentar buscar significado a las cosas.

SHERYL SANDBERG,
publicado en su perfil de Facebook el 3 de junio de
2015, un mes después del fallecimiento de su marido

Tratamiento 1: la candidata ideal

Recuerdo exactamente lo que le pregunté a la doctora:

—¿Es duro pasar por una fecundación in vitro?

Recuerdo exactamente lo que ella me respondió:

—Físicamente, no. Psicológicamente, sí.

Luego nos explicó a mi marido y a mí que lo más importante era que no perdiéramos lo que ya teníamos (nuestra relación) mientras luchábamos por algo que de momento no se nos había concedido (un hijo). Captamos su mensaje: el peor demonio al que nos enfrentábamos era la obsesión. Me gustó su discurso. Le anuncié con despreocupación que se encontraba ante la candidata ideal:

—A mí, en realidad, esto me trae sin cuidado. Nunca me han gustado los niños. Probaremos un par de veces, por no quedarnos el resto de la vida pensando que ni siquiera lo intentamos, y si no sale, se acabó. ¡Capítulo cerrado y a disfrutar de la vida!

Así fue como comencé a inyectarme hormonas todas las noches, a las nueve y media en punto, en el cuarto de baño de mi casa. Siempre seguía el mismo ritual: extendía una toalla blanca sobre la encimera del lavabo y luego iba

colocando ordenadamente los medicamentos pagados a precio de oro y el surtido de jeringuillas. Al principio era J. quien me clavaba la aguja en la barriga, pero luego empecé a arreglármelas yo sola. Me hacía sentir orgullosa el hecho de no tener que pedir ayuda, aunque debo reconocer que era bastante chapucera, porque cuando la aguja no me entraba a la primera, lo cual sucedía bastante a menudo, iba cambiando de un punto a otro, tanteando aquí y allá, con lo cual acabé teniendo la tripa jalonada de picotazos. No me importaba: eran mis heridas de guerra, las cicatrices que daban fe de lo que yo pensaba que era una prueba de valentía.

Las sesiones en casa se iban alternando con las visitas al hospital, al que acudíamos por el régimen de pacientes privados para no tener que someternos a una lista de espera: yo tenía 37 años y el tiempo, como los médicos no se cansaban de repetirme, jugaba en mi contra. Cada dos días me escapaba del trabajo a la hora de la comida y cruzaba Madrid a toda velocidad montada en mi Vespa verde para que la doctora me revisara con el ecógrafo. Ese aparato le permitía contar los folículos, unas manchas oscuras en las que se suponía que se alojaban los óvulos que darían lugar a mis futuros bebés.

Al cabo de ocho días, la ginecóloga nos citó para la punción, que según detalló consistía en pinchar aquellos folículos, ya maduros, para extraer de ellos cuantos más óvulos mejor.

Cuando me desperté de la anestesia estaba tumbada en una camilla, con una chica a mi lado igual de atontada que yo. Pero ella, además, vomitaba.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté al cabo de unos minutos.

—Mejor —respondió, sonriendo levemente—. A ver si tenemos suerte, ¿eh?

No sé por qué me vi en la obligación de informarle de que yo, la que no vomitaba y se mostraba tan fuerte y tan dura, era la candidata ideal:

—A mí, en realidad, no me importa mucho lo que pase. ¡Ni siquiera sé si

quiero tener hijos! Yo lo intento un par de veces y si no sale, ¡pues mejor!

Al día siguiente me llamaron del hospital para comunicarme que el único óvulo que me habían extraído no había podido ser fecundado con el semen de mi marido. No teníamos ningún embrión, así que no pasábamos a la siguiente fase, la de la transferencia. «Ha ido fatal», resumió la doctora, tirando los papeles sobre la mesa con un gesto de disgusto, como si estuviera muy decepcionada (no supe adivinar si lo estaba conmigo o con ella misma). Me vino a la mente la imagen de una pantalla de Tetris con el letrero *Game over*.

Me lo tomé bastante bien, incluso diría que me sentí aliviada de que las cosas no se precipitaran más de la cuenta. Era mi primer fracaso. Y yo, la candidata ideal, aún lo intentaría seis veces más.

Una enfermedad invisible

Mi problema se llama endometriosis. Soy una persona muy afortunada, porque mi problema tiene nombre: conozco a unas cuantas mujeres que han tardado en quedarse embarazadas, incluso recurriendo a técnicas de reproducción asistida, y ningún especialista era capaz de explicarles por qué. Como escribe Joan Didion en su libro *Noches azules* cuando narra la enfermedad de su hija, «la medicina sigue siendo un arte imperfecto». Y tanto, Joan.

Mi problema no tiene solución. Visto desde esa perspectiva quizá no soy una persona tan afortunada, aunque sí lo suficientemente afortunada como para saber que no me voy a morir de endometriosis, porque he leído y los ginecólogos me han contado muchas veces que se trata de una *enfermedad benigna*. Es tan benigna que sólo tengo que soportar dolores intensos todos los meses y aun así no faltar ni un solo día al trabajo (¿pensarían que soy una blanda por quedarme tirada en la cama a causa de un simple dolor de regla!), además de verme en la obligación de aprender a convivir con unos cambios de humor tremendos, que a veces me hacen llorar y perder el control, con lo cual después me siento despreciable y ese malestar anímico hace que mis dolores físicos vayan *in crescendo*, en una espiral que parece no acabar nunca... Digamos que es como un síndrome premenstrual a lo bestia. Aparte de esas minucias, mi dolencia incluye la posibilidad de que el tejido endometrial que

campa a sus anchas fuera de mi útero se pegue en algún momento a un órgano vital, aunque nuevamente soy tan afortunada que de momento sólo se ha adherido a mis pobres ovarios.

No sé si he explicado muy bien lo que me pasa, pero es que de igual forma que nadie habla de las mujeres sin hijos (salvo para compadecerse de ellas o resaltar lo confundidas que están por su elección), nadie menciona tampoco a las que padecen endometriosis, lo cual resulta bastante curioso, porque somos unos 14 millones de afectadas en la Unión Europea y 176 millones en todo el mundo, pero estamos acostumbradas a aguantar nuestras molestias en silencio, tal y como ha denunciado la actriz Susan Sarandon contando su propio caso: «Me he perdido muchas cosas porque estaba unida a mi bolsa de agua caliente y pegada a mi cama. Cuando lo único que conoces es dolor, no sabes que eso no es normal. Yo incluso he tenido doctoras que me han dicho que me estaba imaginando mi problema».

Por culpa de esa endometriosis que Susan se *imagina*, a mí me tuvieron que someter a una operación que recuerdo como muy real, cuando tenía 29 años. Me hicieron dos pequeños cortes en el vientre y un tercero en el ombligo y a través de ellos introdujeron en mi cuerpo una cámara que guiaba al cirujano para limpiar el tejido endometrial adherido a mis ovarios. Luego me recetaron la píldora anticonceptiva para que aquellos pegotes no fueran a más y me comunicaron que mi enfermedad afectaba a la fertilidad (la verdad es que me tomé la noticia de que probablemente tendría dificultades para reproducirme de manera natural con la misma indiferencia que me habría causado que me dijeran que no iba a ser seleccionada para la próxima misión espacial a Marte...). También me recomendaron que me quedara embarazada, porque se supone que la endometriosis puede mejorar tras la gestación.

A ver si soy capaz de resumirlo: tengo una enfermedad (benigna, qué suerte la mía) que me impide quedarme embarazada de manera natural y para aliviar

sus síntomas lo mejor que puedo hacer es quedarme embarazada mientras tomo una píldora cuyo efecto principal es el de evitar los embarazos.

«La medicina sigue siendo un arte imperfecto.»

Tratamiento 2: *Los juegos del hambre*

La segunda vez fue un poco mejor.

Tras someterme a los consabidos pinchazos de hormonas, las ecografías dejaban ver cinco folículos. Me programaron la punción. Me desperté de la anestesia llorando y desorientada, con ganas de vomitar. «Ha sido un mal viaje, sin más», me explicó la doctora. Como me había cogido el día libre, me fui a casa y me pasé toda la tarde dormitando en el sofá.

Veinticuatro horas después estaba sentada delante de mi ordenador en la redacción cuando recibí una llamada del hospital. Me habían extraído cinco óvulos a partir de los cuales los biólogos habían conseguido tres embriones. «Entonces ¿ya vamos a ser padres?», me preguntó J. con cara de pavor. «Pues supongo que sí, dentro de nueve meses. ¡Tal vez nos hemos dado demasiada prisa!», le respondí, igualmente aterrorizada.

Cuando echo la vista atrás, me doy cuenta de que no teníamos ni idea del jardín en el que nos estábamos metiendo. En aquellos momentos, la duda no era si íbamos a lograr el embarazo. La duda era cómo íbamos a encajar esa nueva situación en nuestra vida, siendo ambos tan poco niños y teniendo nuestras agendas tan repletas de viajes de trabajo. Pobres de nosotros:

pensábamos que nos habíamos apuntado a una simple partida de parchís y resulta que nos habían seleccionado para ser los protagonistas de *Los jodidos juegos del hambre*.

Nos presentamos en el hospital para llevar a cabo la transferencia de embriones. Se me había olvidado que tenía que ir con la vejiga llena, así que, mientras llegaba mi turno, bebí sin parar de una pequeña fuente instalada en la sala de espera. Y luego pasamos a la siguiente fase de la yincana.

—Uno de los embriones se ha parado. Los otros dos son C y D —resumió la doctora.

Eso significaba que yo, que siempre he sido tan buena estudiante, había sacado muy malas notas. Un A es un embrión óptimo, un B es normal, un C es malo y un D es pésimo. Pero, según me comentaron, la clasificación no era definitiva: había mujeres que se quedaban embarazadas con un C e incluso con un D. Y, según descubrí más tarde, en muchas clínicas ya ni siquiera tienen en cuenta ese baremo. Es decir que, quizá, a pesar de mi torpeza, no me vería obligada a repetir curso.

Tumbada en la camilla separé las piernas y vi cómo se abría una ventanita en una pared del quirófano. Por ese hueco se asomó una bióloga que pronunció mi nombre en voz alta para confirmar que yo era yo y que los embriones que ella había cuidado en su laboratorio iban a parar a mi cuerpo y no al de otra persona (¿y quién iba a querer robarme aquellos C y D con tan pocas papeletas para convertirse en un Cristiano Ronaldo o en una Maria Sharapova?). Me introdujeron un tubo muy largo y estrecho en la vagina. Ahí viajaban nuestros dos embriones, que quedaron depositados en mi útero. Los vi en la pantalla del ecógrafo: dos puntitos blancos. «Ahí están», anunció alegremente la doctora. Las enfermeras sonreían. Yo volví a mirar los puntitos blancos y no sentí nada, ni alegría ni tristeza ni ansiedad ni miedo. Nada. J. me acariciaba la cabeza como queriendo dar un punto de emotividad al momento,

pero no me hacía falta posar los ojos en su rostro para saber que tampoco estaba sintiendo nada. Parecíamos dos imbéciles, mirando aquellos puntitos blancos que bien habrían podido ser un par de piedras en el riñón.

Después de un breve reposo comenzamos la fase que en los foros de infertilidad llaman *la betaespera*: son los quince días que transcurren desde que introducen los embriones en tu cuerpo hasta que te haces *la prueba de la beta*, el análisis de sangre que determinará si estás o no embarazada. (Sé que se habla de *la betaespera* en los foros porque solía consultarlos de forma obsesiva y pensaba «qué tías más locas» al leer los comentarios en la red, aunque yo tenía exactamente las mismas dudas que ellas: *¿Puedo comer de todo? ¿Voy caminando a trabajar o puedo coger la moto? Si me muevo mucho, ¿perjudicará la implantación?* Y así hasta el infinito.)

El caso es que se acabó la betaespera, me hice el análisis de sangre y obtuve un suspenso.

Me lo anunciaron por teléfono cuando J. y yo íbamos en coche de camino a Asturias, a pasar un puente festivo. Casi no hablamos durante los más de 400 kilómetros de trayecto porque después de recibir la noticia me dormí plácidamente, sentada en el asiento del copiloto. Al día siguiente amanecí en casa de mis padres como si tal cosa. Nos fuimos a la fiesta que había organizado uno de mis primos menores para celebrar su 30 cumpleaños. Nos lo estábamos pasando en grande cuando recibí la llamada de una amiga para decirme que se había muerto el padre de otra de nuestras amigas de la infancia. Me ausenté de la fiesta para ir al tanatorio, que se encontraba muy cerca.

Le di el pésame a mi amiga, una mujer casada desde hacía bastantes años y sin hijos. Le comenté que, si se planteaba hacerse una fecundación in vitro, yo sabía muchísimo sobre el tema. Sí: le hablé de tratamientos de reproducción asistida en el tanatorio, con su padre de cuerpo presente, sin que ella me

hubiera preguntado nada al respecto, ni en aquel momento ni nunca. Cuando lo recordé horas más tarde, achaqué mi imprudencia a que llevaba toda la tarde bebiendo sidra. Aunque igual es que estaba en estado de shock.

Y vosotros, ¿para cuándo?

A finales de 2003 empecé a trabajar en la revista *Marie Claire*: fue mi primer contacto con el universo del lujo y los medios de comunicación femeninos. En cierta ocasión, una colaboradora le hizo una entrevista a Maribel Verdú y una de las jefas consideró que lo más sorprendente que la actriz había dicho a lo largo de esa larga conversación era que no quería ser madre. Yo, que entonces acababa de cumplir los 28, no tenía pareja y jamás había sentido ningún interés por la maternidad, no entendí por qué en esa declaración había un titular. Que una mujer contase que no quería tener hijos me parecía tan intrascendente como que confesase que prefería vivir en el campo a hacerlo en la ciudad: una simple elección de vida. Aquella jefa, por supuesto, sí era madre.

Doce años después se estrenó una película titulada *Sin hijos*, con Diego Peretti y Maribel Verdú como protagonistas. Durante la promoción de ese trabajo, la actriz dejó caer que, a sus por aquel entonces 45 años, aún le seguían preguntando por qué no tenía descendencia, lo cual le generaba un enorme hartazgo.

«Es machismo, no lo dudes. Y sólo me lo preguntan mujeres», declaró Maribel a un periódico.

«Una nunca debería dar explicaciones sobre esto», insistió en las páginas

de un suplemento semanal.

En 2013, justo después de mi segunda fecundación in vitro fallida, me fui a comer un sábado con J. y su familia a un restaurante de Asturias. Tras una larga sobremesa nos dirigimos a la salida; en ese momento alguien empezó a llamar a gritos a mi marido. Era una conocida de su etapa de adolescencia, ni siquiera una amiga. J. se acercó a la mesa en la que ella compartía mantel con más de una decena de personas. Yo me quedé rezagada unos pasos más atrás, contemplando, incrédula, una escena que me causó bastante rechazo.

—Acabo de ver a tu hermana, ¡está embarazada otra vez, qué bien! ¿Y vosotros? —preguntó la conocida a mi marido, en un tono de voz lo suficientemente alto como para que la pudieran oír todos los de su mesa, el resto del comedor y hasta los que se estaban bañando en la playa cercana—. Todavía no tenéis hijos, ¿no? Y vosotros, ¿para cuándo?

Aún bajo los efectos de las hormonas, tuve que morderme la lengua para no decirle cuatro cosas a esa imprudente. De pronto recordé una escena de *Sexo en Nueva York* en la que Carrie Bradshaw tenía que vérselas con una de esas mujeres que llevan siempre la corona de madre sobre la cabeza. En ella, Carrie y su ya marido, Mr. Big, acuden a una boda. Durante el banquete, una pareja de invitados les comentan que están inmersos en el proceso de adopción de un bebé.

—¿Y vosotros? ¿Es que no os gustan los niños? —pregunta la invitada a Carrie.

—Oh, sí, pero no es para nosotros —responde ella alegremente, haciendo un movimiento de negación con la mano.

Ante su respuesta, la hasta entonces afable pareja pone cara de póquer y finaliza la conversación de manera brusca, como si Carrie y su marido fueran unos apestados.

Por desgracia, esa situación puede ser tan real como la vida misma.

Mujeres de carne y hueso, igual de glamurosas que la protagonista de *Sexo en Nueva York*, también se enfrentan a ella con frecuencia. Hagamos la prueba de introducir en el buscador Google el nombre de Jennifer Aniston. Aparecen cientos de noticias que destacan que la actriz californiana *todavía* no ha sido madre y otros cientos que anuncian que *por fin* podría estar embarazada. ¿Todavía? ¿Por fin? ¿Por qué a la mayoría de las personas que tienen hijos les resultamos tan raros, irritantes o dignos de compasión los que no los tenemos? ¿Por qué no nos dejan en paz?

En el caso concreto de Jennifer, el acoso se recrudeció en 2016, a la vista de unas fotografías de la actriz ataviada con un bikini en las que se apreciaba, madre mía, un ligerísimo abombamiento de su tripa. Entendámonos, me refiero a la típica barriga que se nos pone a todas (y a todos) cuando nos tomamos un par de cervezas y unas cuantas raciones de patatas bravas en el chiringuito de la playa. En la portada de una revista de cotilleo americana podían leerse estos titulares:

Primeras fotos del bombo. Exclusiva mundial. ¡Jen al fin está embarazada! Bebé milagroso a los 47. Cómo el embarazo sorpresa ha salvado su matrimonio. Sus antojos, el nombre del bebé y la guardería.

Como soy periodista, me siento con derecho a escribir lo que a continuación voy a escribir: qué gilipollas somos a veces los periodistas.

Aniston no se quedó callada y publicó un airado artículo que inmediatamente se hizo viral y en el que decía cosas como éstas:

Para que conste: no estoy embarazada. Lo que estoy es harta [...] Si para alguien soy algún tipo de símbolo, entonces soy un ejemplo de cómo nosotros, como sociedad, vemos a nuestras madres, hijas, hermanas,

esposas, amigas y compañeras. La cosificación y el escrutinio a los que sometemos a las mujeres es absurdo y alarmante [...] La enorme cantidad de recursos que gasta la prensa simplemente para intentar dilucidar si estoy o no embarazada (por enésima vez) señala la perpetuación de esta noción de que las mujeres están de algún modo incompletas, son unas fracasadas o unas infelices si no están casadas y tienen hijos [...] Somos completas con o sin pareja, con o sin hijos [...] Sí, puede que sea madre algún día y, como pasa siempre, si lo soy, seréis los primeros en enteraros. Pero no estoy buscándolo porque me sienta incompleta, como nuestra cultura quiere hacernos creer. Me molesta que me hagan sentir «inferior» porque mi cuerpo esté cambiando y/o me haya comido una hamburguesa y me hagan una foto desde un ángulo raro. Entonces, sólo hay dos opciones: o estoy embarazada o estoy gorda. Por no hablar de lo molesto que es que tus amigos, compañeros o desconocidos te feliciten por un embarazo ficticio (y suelen ser más de diez veces al día).

Después de siglos de lucha por la igualdad en los que las mujeres (al menos en esta parte del mundo) hemos logrado elegir con quién nos casamos (o no), tener derecho al voto, poder trabajar fuera del hogar o formar parte del gobierno de un país, resulta cuando menos contradictorio que la pregunta maldita del «y tú, ¿para cuándo?» siga siendo omnipresente. Creo que sólo hay una situación en la que la persona que tengo enfrente no hace que me sienta mal por no ser madre: las entrevistas de trabajo...

Pienso que Maribel Verdú, Carrie Bradshaw y Jennifer Aniston representan modelos de mujer muy respetables, aunque la chica que gritaba a mi marido en aquel restaurante sea incapaz de entenderlo.

Tratamiento 3: sí pero no

Los medicamentos de la tercera fecundación in vitro me sentaron bastante mal: cualquier cosa me hacía llorar. «Si esto te va a provocar el mínimo sufrimiento, lo dejamos», me insistía J. Pero, claro, yo no me iba a rendir tan fácilmente.

En la punción me extrajeron cinco óvulos; obtuvimos cuatro embriones. Parecía que cada vez que lo intentábamos avanzábamos una casilla más en el tablero de juego. Sin embargo, cuando llegó el día de la transferencia, tres de aquellos embrioncitos (por aquel entonces ya había empezado a llamarlos así, *embrioncitos*, y sentía mucha pena por ellos, y además me surgían dudas éticas por lo que estaba haciendo) se habían parado en su proceso evolutivo. Me transfirieron el cuarto, cuya calidad había sido clasificada como B. O sea, un notable.

La prueba dio positivo, pero los niveles de la hormona Beta HCG (cuyos índices suben si hay embarazo; por eso se habla de *betaespera*) no eran demasiado altos, así que me indicaron que debía repetirla una semana más tarde. Es decir, que teóricamente estaba embarazada pero aún no podía cantar victoria. Cuando pasaron esos siete días, el análisis de sangre dio un resultado

negativo.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

—Has tenido un embarazo bioquímico —resumió la doctora.

Navegando en internet encontré otro término no tan bonito pero sí más preciso para describir lo sucedido: microaborto.

Hombres reales, mujeres irreales

En el libro *Jane Eyre*, el personaje de Lydia expresa en un momento determinado de la trama:

Tenía la esperanza de que alguna de vosotras consiguiera marido antes de regresar. Jane pronto será una vieja, ¡casi tiene veintitrés años! ¡Señor, qué avergonzada estaré si no me he casado antes de esa edad!

Creo que leí esa novela de Charlotte Brontë poco antes de acabar la carrera de Periodismo. En 1997, ya con el título bajo el brazo, empecé a trabajar en el periódico regional en el que había hecho mis prácticas de verano. Allí compartía mesa con varias compañeras que pasaban de los 35, contaban con una pareja estable y no habían sido madres, pero nunca escuché que en la redacción les hicieran comentarios hirientes al respecto. Era un entorno bastante masculino.

Seis años más tarde me mudé a Madrid y empecé a trabajar en revistas femeninas. Desde entonces me paso mi jornada laboral rodeada de un montón de mujeres y muy pocos hombres. Mantengo muchas reuniones con agentes y relaciones públicas y a veces oigo frases como ésta:

—Te ofrecemos una entrevista con Pepita Pérez. Es muy guapa e inteligente.

Además, tiene hijos, o sea que es una mujer real.

No se trata de una invención ni estoy exagerando: anoté esa frase literal en mi móvil al escucharla en una reunión. Eso tan absurdo de *mujer real* también se dice hoy en día, muy a menudo, en relación con el peso:

—Lleva una talla 44, o sea que es una mujer real.

De lo cual podemos deducir que si usas una 36 (y no hace falta ser anoréxica para tener una constitución delgada) y además nunca has dado a luz eres algo así como un fantasma. ¿De verdad que para defender los derechos de las mujeres con sobrepeso y las madres es necesario atacar a las que no van sobradas de kilos ni de hijos?

En el caso concreto de las no madres, la invisibilidad a la que parecemos abocadas es realmente alucinante. La ecuación es muy sencilla: apenas se habla de nosotras porque no existimos. Cuando trataba de imaginarme cómo sería la portada de este libro busqué en la web de una agencia fotográfica imágenes bajo el título *childfree women*. No obtuve ningún resultado. Entonces introduje en el buscador el término *no mother* y, paradójicamente, mi pantalla se llenó de fotos de embarazadas y niños. Desesperada, probé con las palabras *happy women* y la primera imagen que me devolvió el sistema informático fue la de una mujer adorable leyendo un cuento a sus adorables hijos. Podría haber aparecido la estampa de una chica comiendo un helado de tres bolas, recibiendo un Nobel ante un público que la ovaciona, leyendo un libro bajo una sombrilla a orillas del mar o, yo qué sé, tirándose en paracaídas desde una avioneta, pero no: lo que hacen las *happy women* es leer cuentos a sus retoños para que se vayan contentos a la cama.

Los hombres tienen las cosas un poco más fáciles: si introduces el término *childfree men*, el buscador te devuelve una foto de George Clooney, emblema del triunfador. Y volviendo a la comparación de los kilos y los hijos, a los varones que lucen una barriga cervecera se los define con el muy amable

término de *fofisano* (en ningún caso gordo), mientras que sus ansias de convertirse en padres no se les presupone. Una vez le planteé a mi marido:

—¿Tú qué contestas cuando en las reuniones de trabajo la gente te pregunta por qué no tienes hijos?

—¿Cómo me van a preguntar eso en el trabajo? —respondió, sin apartar la mirada de la tele.

Así que a él no se lo preguntan. ¿Por qué a mí sí? ¿Porque soy mujer? ¿Yo soy un fracaso pero él no? ¿Cuál es la diferencia, si ambos llevamos el mismo tipo de vida?

En junio de 2016 volé a Londres para entrevistar a Jane Lauder, la menor de los cuatro nietos que tuvo Estée Lauder, fundadora del imperio cosmético que lleva su nombre. Antes de coger el avión en Barajas, me enteré de que a Jane le molestaba que le preguntaran una y otra vez por qué no tiene hijos. «No me extraña», pensé para mis adentros. El día que la entrevisté en las oficinas de la compañía Estée Lauder, en Mortimer Street, ella tenía 43 años y un matrimonio feliz. También tenía una fantástica colección de arte, un puestazo como presidenta global de Clinique, una de las marcas de belleza más importantes del mundo, y un precioso proyecto entre manos: la campaña *Difference Makers*, enfocada a animar a las mujeres a realizar pequeños cambios que pudieran mejorar su entorno. Al parecer, a algunas de mis colegas todos esos importantes logros les parecían cosas menores frente al hecho de que Jane, pobrecita Jane, no tenía hijos. Esto es lo que le pregunté al respecto:

—Tengo 41 años, estoy casada y no tengo hijos. Odio cuando la gente me pregunta por qué no soy madre, y quizá tú te sientas igual. Así que me gustaría que me respondieras a lo siguiente: ¿por qué nosotras somos continuamente bombardeadas con preguntas sobre los hijos mientras que los hombres no tienen que lidiar con esa presión?

Lejos de incomodarse, la todopoderosa Jane, una mujer inteligentísima, bajita y delgada, con la voz muy grave, se rio y me contestó con mucha amabilidad:

—¡Es una gran cuestión! No lo sé... Muchas de mis amigas con hijos están siempre luchando para encontrar un equilibrio; la mayoría ha tenido que dejar de trabajar tan duro después de ser madres... Así que quizá hacen esas preguntas por curiosidad, para saber si alguien ha descubierto una manera mejor de hacer las cosas. Pero tengo que reflexionar sobre el tema, y acerca de por qué, efectivamente, nadie le pregunta a mi marido por esto.

Sólo unos meses después de mi encuentro con Jane Lauder entrevisté en Cantabria a Federica Barbaranelli, chef y empresaria de origen italiano, presentadora de programas de cocina y creadora de un espacio dedicado al estilo de vida, Federica & Co, que hace años cosechó un gran éxito en Madrid y que más tarde trasladó al norte. Federica no tiene hijos y de hecho no descarta tenerlos, pero como se va aproximando a los 40 y lleva cerca de una década casada hay quien considera que debe justificarse.

—Cuando me preguntan *¿tienes hijos?* siempre respondo *no, tengo perros*. Y no doy más explicaciones —me contó mientras Dumas, Cash y Priscila correteaban alrededor de ella, en uno de esos inusuales días en los que el sol brilla con fuerza en la cornisa cantábrica.

Debería enviar a Jane y a Federica una pieza que acabo de leer en el genial periódico satírico *El Mundo Today*. «Las mujeres que no tengan hijos pasados los 40 tendrán que dar explicaciones en público», indica el titular. Y en el cuerpo de la noticia se explica lo siguiente:

El Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad ha empezado a contactar esta semana a todas las ciudadanas mayores de 40 años que no acreditan descendencia para emplazarlas a dar explicaciones públicamente

[...] El ministro Alfonso Alonso ha explicado que también tendrán que justificarse las mujeres de más de 30 años que no tengan una pareja estable y ni siquiera la estén buscando. Con todo ello se persigue reforzar la institución de la familia y «potenciar un debate social que ayude a estas personas a encontrar una estabilidad, una pareja que las mime y las proteja y unos hijos con los que sentirse realizadas».

Reírse por no llorar.

Charlotte Brontë publicó *Jane Eyre* en 1847. Un siglo y medio después, aún quedan mujeres que se expresan de manera similar a Lydia cuando se enfrentan a una congénere que se encamina a los 40 sin hijos a la vista.

Tratamiento 4: apagón por Navidad

No sé muy bien por qué, pero los recuerdos de mi cuarta fecundación in vitro permanecen en una nebulosa. Si me fuerzo a hacer memoria me veo a mí misma metida en la cama a las ocho de la tarde, con el edredón cubriéndome la cabeza y todas las persianas de la casa bajadas, intentando asimilar los resultados del análisis de sangre que me acababa de descargar por internet (mi nueva alternativa para evitar el horror de la llamada telefónica procedente del hospital, esa angustia de analizar el tono de la voz que te va a dar la noticia, en un absurdo intento de tratar de descubrir si es buena o mala unos segundos antes de oírla). Me parecía imposible que fuera otro negativo más, tenía que haber un malentendido.

Esa vez la *betaespera* había coincidido con las Navidades y me había pasado todas las vacaciones tratando de hacerme a la idea de que iba a alumbrar gemelos. A mi favor debo decir que en aquella ocasión hubo muchos motivos para la esperanza.

—Es increíble, parecen las ecografías de otra persona —nos anunció la doctora mientras revisaba en la pantalla del ecógrafo mis flamantes diez folículos.

En la punción me extrajeron ocho óvulos. Siete de ellos fueron fecundados con éxito en el laboratorio. Sí: ¡teníamos siete embriones con muy buena pinta! Introdujeron dos de ellos en mi útero. No sólo los números eran buenos al fin, sino que además, sorprendentemente, mi estado de ánimo era inmejorable. El colocón de hormonas en esa ocasión me había sentado de cine: me sentía contenta, fuerte, con energía. La ola de optimismo contagió a J. «Ahora sí que lo veo», me confesó a la salida del hospital, con los dos *embrioncitos* flotando en el interior de mi cuerpo.

—Esta Navidad está siendo la de los milagros, así que a ver si el próximo es el tuyo —me dijo la doctora riendo, unos días antes de Nochebuena.

El milagro sólo se detuvo unos instantes a contemplarme; luego se largó a llamar a otra puerta.

Los dos embriones transferidos murieron dentro de mí; los otros cinco en el laboratorio, mientras esperaban a ser congelados. «En la vida hay cosas mucho peores», me espetó la enfermera el día que fui al hospital a recoger los resultados. Un par de años más tarde acabaría comprendiendo que tenía razón, pero en aquellos momentos tuve que contenerme para no abofetearla.

Parirás con dolor (y otras maldiciones bíblicas)

Tiempo después de mi operación por endometriosis y antes de mi primer intento de fecundación in vitro, mi ginecólogo me recomendó que me hiciera una prueba médica de nombre impronunciable: histerosalpingografía. Consiste en introducir en el cuerpo una especie de tinte que permite analizar, a través de rayos X, el estado del útero y las trompas de Falopio. Como soy muy obediente, allá que me fui: cuando el líquido empezó a deslizarse por mi cuerpo, pensé que me iba a desmayar de dolor, lo cual interpreté como una señal de que las cosas no iban demasiado bien por ahí dentro. Al terminar la prueba, una enfermera muy amable me tomó la mano y me dijo, con su mejor intención: «No te preocupes. Tendrás tus bebés, ya lo verás». No supe cómo reaccionar. En ningún momento le había comentado que quisiera ser madre y ni siquiera sabía muy bien por qué me estaba sometiendo a ese examen, pero me dio vergüenza contestarle que quizá yo no deseaba tener ningún bebé. ¿Cómo iba a explicarle que tal vez estaba dispuesta a ir en contra de un destino marcado para mí desde los tiempos de Adán y Eva? Lo afirma la Biblia: «Y el Señor Dios dijo a la mujer: “Multiplicaré los sufrimientos de tus embarazos; darás a luz a tus hijos con dolor”». Vale que por aquel entonces todavía no se

me había despertado el instinto maternal, pero en algún momento tendría que llegarme, como a todas las mujeres *normales* del mundo, ¿no?

Ser o no ser madre, esa es la cuestión. Tal y como señala la política y escritora Carmen Alborch en su libro *Solas*, «la idea de la maternidad puede planear sobre nuestras cabezas a lo largo de nuestras vidas, mientras estamos en edad fértil, pero en ocasiones el deseo de ser madre —ya no hablamos del instinto maternal— no se percibe, y nos inquieta la idea de llegar tarde, de arrepentirnos de no haber tomado la decisión en su momento». Sobre todo porque vivimos en un mundo dominado por las *supermamás*; basta con pasarse una tarde tragándose los anuncios de cualquier cadena de televisión para darse cuenta de ello. «La mayor parte del marketing habla a las mujeres adultas como si todas fueran madres o quisieran serlo», admitía en una revista americana Adrianna Bevilaqua, creativa publicitaria. ¿Cómo no sucumbir a la tentación de desear verse a una misma en la piel de la protagonista de esos *spots* de cereales en los que los niños, perfectamente peinados y con sus mochilas a la espalda, dan un beso a mamá antes de encaminarse al cole?

Por suerte, frente a las heroínas de la maternidad pluscuamperfecta, existen madres lo bastante valientes como para alzar una voz desafinada entre tanta armonía monocorde. Ellas mismas son madres satisfechas de serlo, pero también capaces de reconocer que no siempre es oro todo lo que reluce. Así sucede por ejemplo con el Club de Malasmadres, un grupo de «madres imperfectas que luchan por no perder su identidad como mujeres, por seguir creciendo profesionalmente y desmitificar la maternidad». A él pertenece una amiga tan desbordada por los incontables requisitos que se le exigen a una mujer del siglo XXI que, cuando llevó a su hijo al oftalmólogo porque el niño se quejaba de que no veía bien, el especialista le recomendó que probara a cortarle el flequillo que le tapaba los ojos...

La periodista Luz Sánchez-Mellado es otra mujer acostumbrada a no

morderse la lengua, que se atreve a contar lo que casi nadie cuenta:

La maternidad, como la fama, que decía Debby Allen en la mítica serie homónima, cuesta. Y se empieza a pagar desde el minuto uno del embarazo. Después, con el bebé en brazos, pocas madres hablan de las náuseas gestacionales, de la depresión posparto, de la servidumbre de la lactancia, del vergonzante sentimiento de culpa de abandonar a la cría para salir a ganarse el sustento, de las dobles jornadas, de la sensación de ni llego ni alcanzo, de la constatación de que los problemas crecen al mismo ritmo que el neonato [...]

Cuando una está cansada de escuchar que su opinión sobre la maternidad es irrelevante «porque si no tienes niños, no puedes entender lo que se siente», se agradece que mujeres con hijos como Elvira Lindo ironicen con lo que ella define como *la neomaternidad perfecta*:

Los padres de mi generación están de suerte. Nos pasamos la vida echándoles en cara la educación recibida [...] y ahora, cuando ellos son viejos y nosotros maduros, intuimos que era mucho más fácil burlar a ese padre autoritario que a esos papás y mamás «encimones» que hacen de su criatura el objetivo de su existencia y de la tuya, si es que te pilla de visita [...] No todos los padres profesan el «encimonismo», a Dios gracias, pero es una tendencia publicitada por muchas revistas destinadas a mujeres que ilustran la maternidad como una circunstancia idílica a la que hay que entregar la vida. Tienen ilustres embajadoras: esas Jolies y Madonnas que recorren el mundo con niños enormes en brazos [...] Niños convertidos en bonitos accesorios.

Yo puedo opinar sobre un accidente de tráfico sin necesidad de que me haya atropellado un coche pero, ay, que no se me ocurra expresar en voz alta que una mujer está maleducando a su hijo porque mi no maternidad me incapacita para hacer ese tipo de juicios... Menos mal que sí los hacen las madres-periodistas Luz Sánchez-Mellado y Elvira Lindo, y también Virginia Galvín en su libro *La vida en cinco minutos*:

Me caen mal las madres. Cada vez me caen peor. Esas mujeres que se entregan al único rol que nadie les puede quitar. Dicho esto, me gustan las mujeres que entienden que un hijo no es propiedad privada e inalienable.

También hay algún que otro hombre que sale al auxilio de las mujeres que no piensan que la maternidad es la única vía de realización personal, como el escritor Javier Marías:

Se vuelve a reivindicar que las mujeres se consagren a los hijos y abandonen sus demás intereses, con la agravante de que ya no es una presión externa (ni la Iglesia tiene el poder de antes ni el Estado facilita la maternidad: al contrario), sino que proviene de numerosas mujeres que, creyéndose «progresistas» (!!!) defienden «lo natural» a ultranza, ignorantes de que lo natural siempre es primitivo, cuando no meramente irracional y animalesco. Hoy proliferan las llamadas «mamá enloquecidas», que deciden vivir esclavas de sus pequeños vástagos tiranuelos y no hablan de otra cosa que de ellos. Y, claro, adoptan un aire de superioridad —también moral— respecto a las desgraciadas o egoístas que no siguen su obsesivo ejemplo, como si éstas fueran seres inútiles e insolidarios, casi marginales, y por supuesto «incompletos».

En cuanto a los hombres que sí son padres (Javier Marías no está casado ni tiene descendencia), en general, no muestran reparos a la hora de referirse a los claroscuros de la paternidad. Hace no mucho me topé en la web de *El Mundo* con una conversación preciosa entre el escritor Arturo Pérez-Reverte y el músico Joaquín Sabina. En ella hablaban de lo divino y de lo humano; también de la descendencia. Joaquín Sabina arrancaba diciendo que a medida que pasaban los años se iba sintiendo más pesimista. «Hasta que tuve hijas me importaba un carajo la capa de ozono o el aumento de los mares. Y ahora todo eso me importa», admitía. A lo que Arturo Pérez-Reverte alegaba: «Por ahí te pilla la vida. La cornada de la vida es cuando tienes hijos, porque te hacen vulnerable. Te hacen grietas. Cuando nació mi hija comencé a encontrar su cara reflejada en las de los críos que veía en las guerras, a preocuparme por el futuro y esas cosas [...] La trampa de la vida son los hijos. Te hacen saber lo que es tener miedo, yo no había tenido miedo nunca hasta que vi a mi hija en su cuna y empecé a temer a la sociedad, a la economía, a la enfermedad, a la violación, a la muerte, al futuro... A todo».

La trampa de la vida son los hijos... Por eso, por puro miedo a sufrir, algunas mujeres (y hombres, aunque ésa es otra historia) concluyen que no les merece la pena tenerlos. Pero existen otras muchas razones para convertirse de manera voluntaria en una no madre, tantas como personas. Yo me he pasado meses jugando a recortar esos motivos en las revistas y poco a poco he ido atesorando una interesante colección. La actriz Cameron Diaz, por ejemplo, ha decidido no tener hijos porque «dan mucho trabajo» y ella no está dispuesta a asumir esa responsabilidad durante al menos dieciocho años. «Mi vida es increíble, y de alguna manera tengo la vida que tengo porque no tengo hijos», asegura. La presentadora Oprah Winfrey está convencida de que, si hubiera tenido niños, éstos habrían acabado odiándola. «Algo en mi vida habría tenido que sufrir y probablemente habrían sido ellos», argumenta. La actriz Renée

Zellweger explica que, simplemente, la maternidad nunca supuso «una ambición» para ella, mientras que la también intérprete Ashley Judd apostilla que le parece egoísta *fabricar* sus propios bebés cuando no hay recursos suficientes para garantizar el bienestar de todos los que ya están en el mundo. La escritora Candace Bushnell (autora del libro *Sexo en Nueva York*, en el que se inspira la serie televisiva del mismo título) ha renunciado a los niños para dar prioridad a su carrera y la intérprete Helen Mirren está convencida de que rodearse de una prole no era su destino... La periodista y escritora Kate Bolick, por su parte, plantea la siguiente reflexión en su libro *Solterona*:

Lo sabía de forma instintiva: si llegara a ser madre, estaría perdida, jamás sería una escritora «de verdad» [...] Acabaría borrada por el embarazo, la falta de sueño, los mordedores, los pañales, los vasitos con boquilla, las sillitas para el coche, los carritos, los Lego, la guardería, las fiestas de cumpleaños de otros niños, las granjas escuela, los castillos hinchables, las actuaciones de ballet, los entrenamientos de fútbol, los campamentos de verano, las pataletas, el amor agotador y la preocupación eterna.

En mi particular colección de *razones para no ser madre* también hay espacio para las españolas que a menudo se ven obligadas a justificar en los medios por qué nunca han tenido una cuna en su casa. «Llevo un tipo de vida que me ha costado mucho conseguir. No me refiero sólo a tener más éxito profesional o a ganar más dinero, sino a disfrutar de mi oficio plenamente y a poder saborear la vida con la libertad que yo quiero y sin sacrificios. Tener un hijo ahora me desmontaría todos los planes y, la verdad, no estoy dispuesta. Si a esto le sumo que no me gustan los niños... Es decir, yo veo a un niño y ni se me cae la baba ni le hago monerías. No me sale. Vale, adoro a mis sobrinos,

pero no me imagino siendo madre. ¡Vamos, que no tengo instinto maternal!», razona la actriz Marta Torné. Marta Hazas, también intérprete, empieza a hartarse de que le saquen el tema y lo zanja indicando que de momento no entra en sus planes: ahora es a su marido a quien acosan con la pregunta; eso que ha ganado ella... La presentadora Teresa Viejo alega: «Yo creo que los hijos tienen derecho a un padre, a una madre, a un entorno estructurado. Cuando pude ser madre, no sentía que ese núcleo familiar pudiera ser lo suficientemente estable. ¿Pude ser más lanzada, más egoísta? Tal vez sí, pero preferí no hacerlo. La vida me ha llevado por ese camino y no me arrepiento». Por su parte, la historiadora y expreceptora del rey Felipe VI, Carmen Iglesias, afronta la papeleta explicando que los hijos no llegaron cuando estaba en edad de reproducirse y eso no le generó conflicto alguno: «Siempre digo que a cambio he tenido muchos discípulos. Las elecciones que haces te dan unas cosas y te apartan de otras. Es un aprendizaje que se hace a lo largo de la vida».

Pero, de mi amplia galería de motivaciones por las que una mujer no se sube al carro de la maternidad, sin duda mi preferida es la que refleja una obra de Roy Lichtenstein que un día apareció como por arte de magia en mi cuenta de Instagram. Se trata de una viñeta con el fondo rojo, en la que una mujer de pelo corto llora desconsoladamente, mientras se tapa la cara con una mano, y exclama: «*I can't believe it. I forgot to have children!*». («No me lo puedo creer. ¡Me he olvidado de tener hijos!»)

En el libro *El cielo oblicuo*, Belén García Abadía apunta: «Llega una edad en la que, si no eres madre, la gente piensa que te pasa algo. Cuando las parejas no quieren tener hijos se cree que es por egoísmo, porque no están dispuestas a sacrificarse ni a compartir su amor. Es como si no quisieran que la sociedad siguiera avanzando». Quizá la razón verdadera radique en que algunas personas no creen que deban realizarse de esa manera, ya que, al igual

que el dinero no da necesariamente la felicidad, los hijos tampoco. El psicólogo de Harvard Dan Gilbert lo expresa del siguiente modo: «Los niños son como la heroína, que da placer pero destruye el resto de las fuentes de felicidad de una persona. Muchas madres me dicen que sus hijos son su mayor fuente de felicidad y yo les respondo que tienen razón. Si sólo tienes una fuente de felicidad, es tu mayor fuente de felicidad».

Y he aquí otra asimetría. Si bien durante mi proceso de aceptación de la no maternidad fui capaz de encontrar una amplia colección de *razones para no ser madre*, me sorprendió no hallar tanta hemeroteca sobre los motivos para serlo, porque éstos se sobreentienden. A las famosas que han dado a luz no se les pregunta en las entrevistas por qué se han metido en ese fregado: todo el mundo da por hecho que ser madre es genial y punto. Así es como algunas de repente un día se encuentran con un bebé en brazos y preguntándose cómo han llegado hasta ahí... En el polémico libro *#Madres arrepentidas*, de la socióloga Orna Donath, una de las mujeres entrevistadas por la autora reconoce que tuvo hijos, simplemente, «porque había llegado la hora de pasar a la siguiente etapa y quería ser como todos los demás». A la protagonista de *Nosotras que lo quisimos todo*, una novela de Sonsoles Ónega, le ocurre algo parecido:

La primera pregunta que tengo que hacerme es si pensé en lo que se me venía encima cuando decidí ser madre [...] Tuve a mis hijos sin pensármelo demasiado. Es más, creo que no lo pensé nada. Si ahora intento razonar por qué me dejé fecundar me encuentro vacía de argumentos. Y si, en vez de a mí misma, tuviera ante mis ojos a alguna chica de mi equipo con tan pocas razones para justificar una decisión, la despediría de manera fulminante.

Por eso aquella enfermera tan amable me dijo que estuviera tranquila, que

tendría mis bebés, dando por hecho que ése era mi deseo: el universo en su totalidad piensa que no hacen falta razones para convertirse en madre. Lo hemos cantado en el colegio: *Los seres humanos nacen, crecen, se reproducen y mueren*, nos hacían repetir en clase. ¿Y qué pasa si los seres humanos no quieren o no pueden reproducirse? ¿En qué lección de Ciencias Naturales se explicaba esa parte?

Tratamiento 5: ¿qué hacemos aquí?

El cuarto fracaso estuvo a punto de acabar conmigo, pero conseguí levantarme del barro para comprar el quinto boleto. Eso sí, me sentí incapaz de regresar al mismo hospital y verme sentada de nuevo en la misma sala de espera en la que todos los vientres iban creciendo excepto el mío. A través de mis contactos de prensa conseguí una cita con el director de la clínica de fertilidad más cara de España.

En la siguiente escena de mi interminable *historia de no maternidad*, J. y yo estamos esperando nuestro turno en la nueva clínica, un centro privado que se anuncia en la tele prometiendo tasas de éxito altísimas: *El 90 por ciento de nuestros pacientes quedan embarazados*. Nos encontramos en una sala grande e impersonal —cuyo mobiliario se reduce a unas cuantas sillas de plástico y varias máquinas de *vending*—, rodeados de un montón de parejas. Yo estoy calculando mentalmente la edad de cada una de aquellas personas para concluir con satisfacción que nosotros somos de los más jóvenes cuando mi marido me da un codazo y se acerca a mi oído derecho para susurrarme:

—¿Qué hacemos aquí? ¿Y si nos largamos?

Nos entra la risa. En cualquier momento la enfermera nos va a llamar para

que el director de la clínica en persona escuche nuestro desastroso historial médico y nosotros no podemos parar de reír.

Fundido a negro.

Por aquel entonces yo ya había descubierto que tenía superpoderes: todas las mujeres que se acercaban a mí se quedaban embarazadas. Mis amigas, mis compañeras de trabajo, mis familiares, mis vecinas... Yo me pinchaba y eran ellas las que se preñaban. Verdaderamente, era para morir de la risa.

El nuevo ginecólogo fue muy claro, como lo había sido la doctora anterior: teníamos pocas opciones.

—Entonces ¿por qué hablan de un 90 por ciento de éxito en sus pacientes? —le pregunté—. Si ustedes han conseguido que una famosa se quede embarazada con cerca de 50 años, ¿cómo no voy a lograrlo yo a los 39?

—Depende de hasta dónde estés dispuesta a llegar. La gente no cuenta lo que se hace exactamente, pero la realidad es que muchas mujeres logran el embarazo no con sus propios óvulos, sino recurriendo a los de una donante —me explicó.

Acto seguido cogió un papel y dibujó una escalera en la que cada peldaño representaba una alternativa: intentar otra fecundación in vitro con mis propios óvulos, recurrir al óvulo de una donante, adoptar o elegir una vida sin hijos. A esas alturas ya casi había olvidado que la no maternidad, ese modelo de vida que me había parecido tan atractivo a los 30, también era una opción... Pero es que yo no veía a mi alrededor, ni en los medios de comunicación, a casi ninguna mujer (excepto Maribel Verdú) que tomase ese camino, así que por alguna razón no debía de ser el acertado.

En contra del criterio médico, que en mi caso aconsejaba recurrir a una donante dado el número de fracasos que ya llevaba a mis espaldas, decidí someterme a otro tratamiento con mis propios óvulos, el quinto, porque yo, queda dicho, era la candidata ideal, la que iba a batir todos los récords de

aguante e iba a demostrar al mundo que las estadísticas se equivocaban.

Me extrajeron seis óvulos, obtuvimos cuatro embriones, me transfirieron dos, la prueba de embarazo dio negativo.

J. me dijo que hasta aquí habíamos llegado, me atacó diciendo que le parecía más útil entregar todos nuestros ahorros a una ONG que seguir tirándolos por el retrete, discutimos, él gritó, yo di un portazo. Horas después, sin hablarnos ni mirarnos a la cara, salimos a cenar con otras tres parejas con las que ya habíamos quedado. Una de ellas anunció que esperaba su tercer hijo, todos levantaron sus copas para brindar, hubo abrazos y palmaditas en la espalda, me disculpé para ir al baño y cuando cerré la puerta calculé las posibilidades que tendría de quedarme inconsciente si me golpeaba la cabeza contra el espejo.

Divide y vencerás (o no)

Unos meses después de que mi amiga María diese a luz nos fuimos juntas a tomar unas cañas. Me había estado escudando en diferentes excusas para no ir verla mientras estuvo ingresada en el hospital y ésta era la primera vez que quedábamos tras el parto. A pesar de que siempre nos hemos entendido muy bien —nos conocemos desde la universidad y luego hemos ido llevando una carrera profesional e incluso un historial de pareja muy similares—, en esa ocasión me sentí extrañamente incómoda ante su presencia, como si de repente se hubiera convertido en una perfecta desconocida con la que no tenía nada en común.

María, igual que yo, nunca sintió eso que llaman instinto maternal y que según las *talibanes de la maternidad* todas debemos sentir porque de lo contrario somos unas enfermas. «¿Qué hacemos?», solíamos preguntarnos entre risas cuando abordábamos el tema, una vez superados los 35. Lo que hicimos fue intentarlo, *por si acaso*, ella de manera natural y yo con fecundaciones in vitro, después de conocer a nuestros respectivos *hombres de nuestras vidas*. A punto de cumplir los 40, María se quedó embarazada sin pensar demasiado en ello mientras yo me machacaba a base de inyecciones de las que no obtenía fruto alguno. Ella tuvo una niña muy mona a la que bautizó con el nombre de su abuela, Matilde. Y aquí estábamos ahora, la una frente a

la otra, una madre sentada delante de una no madre, dos conceptos que para mí, en ese momento, eran absolutamente irreconciliables.

Cuando acabamos las cañas la acerqué a casa en mi Smart de dos plazas y durante el trayecto no pude resistirme a exponer con cierto dramatismo lo que pensaba: me sentía traicionada porque ella había cambiado de bando y pensaba que la llegada de su hija iba a transformarlo todo, incluida nuestra relación, que ya nunca volvería a ser la misma. Más o menos me contestó que yo era una idiota y que, con hija o sin hija, ella seguía siendo la misma de siempre.

Hoy puedo confirmar que tenía razón.

María no es de esas que se pasan el día dando la matraca con su bebé a todos los que la rodean y yo no finjo interés pidiéndole detalles que en el fondo me traen sin cuidado. Hablamos de otras cosas, de los mismos asuntos que nos unían antes de que Matilde llegara al mundo. María vuelve a ser una de las amigas en las que más confío, con la única diferencia de que ahora divide su tiempo de ocio entre el Garaje, su bar preferido, y los parques infantiles.

La ya citada socióloga Orna Donath explica con claridad mi acceso de «idiotez». Según ella, en la sociedad actual impera una clasificación que «en muchos casos da lugar a una mentalidad de *divide y vencerás* entre las mujeres en función de si somos madres o no, otra manera de convertirnos en rivales, por no tener presuntamente nada en común, y no en aliadas». Parece que no soy la única que ha caído en este error... Recuerdo que hace poco más de un año estalló la enésima polémica viral en un medio online llamado *El estado mental*. Todo empezó con un texto en el que una filóloga treintañera, Purificació Mascarell, desvelaba sus nulos deseos de convertirse en madre:

Últimamente, cuando voy al pueblo, me dicen sin sutilezas «bueno, y tú,

¿qué?, ¿no te animas?», y señalan con la mirada el cochecito beis lleno de lazos dorados o el cochecito azul marino, sobrio y minimalista, y luego vuelven a fijar la vista en mí, con una sonrisa que busca ser cómplice y, en el fondo, rezuma una esperanza patética. Resulta curioso, nadie te dice «oye, ¿te animas a un ático de lujo con vistas espectaculares? ¡Ah! ¿Y no te animas a un viaje desde Moscú hasta Pekín durante dos meses a todo tren?». Son cosas guapas. No hace falta que te animen a ello; si tienes dinero y tiempo, te animas tú solito. Pero en la peña de los padres cargados de carrito y biberón sí que te tienen que animar para que entres. Sí que es preciso ejercer presión social sobre los escurridizos, sobre los divergentes, sobre los raros. Si se trata de despertarse cada dos horas por los llantos, ay, amigos, ahí hay que repartir pase VIP para todos [...]

Estoy elaborando una teoría tal vez muy equivocada, pero basada en muchas personas que conozco. Creo que, actualmente, la gente que tiene hijos se atonta y se amuerma, se vuelve prosaica y gris, envilece su mente y estanca su intelecto. Al mismo tiempo, creo que la gente que decide no tener hijos se vuelve psicótica y ególatra, convierte sus manías en dogmas (su perro es Dios, por ejemplo) y lleva su excentricidad a límites risorios. En realidad, no sé qué efectos son más nefastos. Pero los efectos están ahí y, necesariamente, se ha de estar en uno u otro bando.

Como era de esperar, las madres se sintieron atacadas y sus palabras recibieron respuestas encendidas. Desde el mismo medio, Bárbara Celis contraatacaba así:

Cuando el reloj biológico hizo tic-tac (sí, existe, el cuerpo te pide tener hijos, es tan simple como eso, y da gracias porque esos niños pagarán no sólo mi pensión sino también la tuya) resulta que para muchas ya era tarde y

no podían concebir, así que ahí están un montón de españolas invirtiendo sus ahorros en intentarlo artificialmente. No hay nada «irreflexivo» en esa decisión [...] Eres miope: el último acto de romanticismo que hoy queda en un mundo que venera el yo, el aquí y el ahora es decidir ser madre.

Y la trifulca saltó a otros medios. Victoria Torres Benayas, madre de mellizos, se sumó al debate:

Tener hijos es la mayor condena, pero también la mayor de las bendiciones. No hay nada, ningún triunfo profesional, ningún congreso, tesis, libro o película, fiesta con amigos, «viaje desde Moscú hasta Pekín» o «ático con vistas espectaculares» que pueda compararse ni de lejos con la emoción verdaderamente íntima, única e irrepetible de ver a un niño probar el chocolate, andar o ver el mar por primera vez [...] Si me preguntas si merece la pena la renuncia es que no has entendido nada. Mi ventaja es que yo ya he vivido tu vida y te digo que la mía ahora es mucho mejor.

Mi vida es mejor que la tuya... Aquí está el quid de la cuestión. ¿Por qué siempre tenemos que medirnos las unas con las otras? ¿Quién decide qué vida vale más que otra?

Las mujeres libramos una guerra sin cuartel que traspasa fronteras sociales y geográficas. Cuando ellos eran los únicos que mandaban, los hijos no solían salir a la palestra política. Sin embargo, desde que las mujeres ocupamos ciertos espacios públicos, la maternidad se usa como arma arrojadiza por parte de hombres y mujeres. Cuando Theresa May y Andrea Leadsom se enfrentaron por el cargo de primera ministra de Reino Unido, esta última esgrimió su condición de madre como ventaja sobre su rival, una mujer casada sin hijos. Según Leadsom, tener descendencia «significa que cuentas con un

interés real en el futuro del país». Una revista británica sorprendió con una portada en la que aparecían las líderes Nicola Sturgeon, Liz Kendall, Angela Merkel y Theresa May (todas ellas no madres) en torno a una cuna en la que reposaba... una urna de votos. Cuando la imagen llegó ante sus ojos, Sturgeon tuiteó: «¡Jesús! Parece que nos hemos despertado en 1965 esta mañana...».

En la elección de la primera ministra de Reino Unido al final ganó May y su contrincante se vio obligada a disculparse por sus declaraciones respecto a la supuesta superioridad de las madres frente a las que no lo son, pero yo creo que Andrea sólo expresó en voz alta lo que muchas piensan. Del mismo modo que las no madres, reconozcámoslo, tendemos a acusar a las madres de aburridas, marujas y carentes de ambición, ellas quitan mérito a todo lo que nosotras conseguimos. A mí me ha llegado a decir una compañera de clase de Pilates que no entendía que estuviera tan cansada si carezco de hijos a los que atender... Mi amiga y colega Cristina Mitre refleja una percepción similar en uno de sus libros, titulado *Correr es vivir a tope de power*:

Hay veces que me tengo que morder la lengua cuando sale en la conversación mi pasión por correr, porque hay quien lo primero que me pregunta, además en tono acusador, es si tengo hijos. *Touchée* [...] Para quienes no somos madres, a veces resulta doloroso ser juzgadas por no tener hijos. Es como si quitasen valor a lo que hacemos por el simple hecho de no haberlos tenido.

Como sigamos así, lo tenemos crudo. Hagas lo que hagas, siempre habrá una amiga, una suegra, una hermana, una madre, una jefa, una compañera de trabajo o una simple conocida dispuesta a recriminarte que tu opción no es la adecuada:

No tener hijos te convierte en egoísta.

Tenerlos y dejar tu trabajo para formar una familia hace de ti una fracasada. Esforzarte en compatibilizar la crianza con tu carrera profesional significa que no dedicas el tiempo necesario a ninguna de las dos áreas.

Ser madre de un único hijo no es suficiente.

Tener familia numerosa es demasiado.

¡Qué difícil es acertar!

Algunas corrientes feministas defienden la idea de que son los hombres los que impiden que avancemos, pero yo también veo por todas partes a mujeres que ponen la zancadilla a otras mujeres. Hace no mucho tiempo, en la primera edición de un interesante encuentro profesional organizado por la revista *Elle* en Madrid, Sarah Harmon, directiva de LinkedIn, pronunció una frase que apunté en mi cuaderno de notas y luego subrayé con un rotulador de color rojo: «Tengo un reto personal: apoyar a otras mujeres». Todas deberíamos inspirarnos en su ejemplo.

Que cada cual busque su camino, ¿no? Ya lo anunció en su día Helen Gurley Brown, la visionaria que catapultó al éxito la revista *Cosmopolitan* en Estados Unidos durante los años 60: «Las mujeres deben aspirar a tenerlo todo», solía repetir como un mantra. «En contra de lo que muchos creen, no se refería a tener hijos y una carrera, sino a la libertad de elegir una cosa, la otra o ambas. Y de hacerlo sin ser juzgadas por ello», explica Farrah Storr, actual directora de la edición británica de *Cosmopolitan*. Helen estaba casada con un productor de cine y fue una de las personalidades más influyentes de su época. No tuvo hijos. Farrah tampoco es madre.

Tal vez resulte útil hacer un poco de autocrítica para detectar qué es lo que nosotras mismas, las mujeres, estamos haciendo mal y ponerle remedio para evitar que el «divide y vencerás» sea otra piedra en este difícil camino. En nuestra mano está facilitarnos la travesía.

Tratamiento 6: perdida en la M-30

A la altura del sexto tratamiento —o quizá fue mucho antes— mi casa se había convertido también en un campo de minas. J. insistía en que no quería seguir invirtiendo ilusión y dinero en una empresa que estaba abocada al fracaso: con su mente técnica, manejaba estadísticas para tratar de convencerme de que no había nada que hacer porque conseguir un embarazo era en mi caso matemáticamente imposible. «Además, no tengo ninguna necesidad de ser padre, todo esto no vale la pena», me repetía una y otra vez. Con mi mente emocional, yo argumentaba que la fe mueve montañas y que ni la vida ni la muerte podían depender de una fórmula. «Además, tampoco es que tú tengas que hacer gran cosa, porque toda la carga física y emocional recaen sobre mi persona», le recriminaba. Los puñales sobrevolaban nuestras cabezas.

Para demostrarle que no le necesitaba, empecé a ir a las revisiones yo sola, levantándome a las seis de la mañana para cruzar la M-30 y llegar a la clínica en cuanto abriesen las puertas, porque hacía poco tiempo que había cambiado de trabajo y no quería robar ni un minuto a mi nueva responsabilidad. Estaba convencida de que yo lo sacaría todo adelante. «En peores plazas has toreado», me decía a mí misma, tratando de insuflarme fuerzas.

Se me han quedado grabados el silencio pesado de las enfermeras y la cara de compasión del anestesista, el día de la punción, cuando éste me preguntó si era mi primer intento y yo le respondí, tratando de quitar hierro al asunto, que en realidad era el sexto. También recuerdo que el ginecólogo me acarició levemente la mano después de hacerme la transferencia de uno de los tres embriones que conseguimos. Y lo abochornada que me sentí al darme cuenta de la lástima que despertaba en todos ellos. En la habitación (que en esta clínica era individual y provista de todo tipo de lujos) me esperaba J., porque a pesar de todas las discusiones jamás permitió que estuviera sola en los momentos más difíciles.

Cuando me dieron el resultado negativo, el sexto (¡y seguimos para bingo!) pensé que lo más razonable era divorciarme, dejar el trabajo, cambiar de identidad, ponerme una peluca y mudarme a una granja de Wisconsin, donde empezaría de cero y ocultaría mi terrible pasado a los nuevos vecinos. En vez de eso, lo que hice fue pedir una cita con la psicóloga de la clínica de fertilidad, pero cuando iba de camino me perdí y estuve casi un par de horas dando vueltas por la M-30, conduciendo sin rumbo y sin ganas de llegar a ningún sitio.

Tuve un retraso de la regla de más de dos semanas y durante ese tiempo sufrí náuseas todas las mañanas. Teóricamente eran como las náuseas que provoca el embarazo, aunque supongo que en mi caso vomitaba de puro asco.

Derecho a rendirse

Las poquísimas personas que están al corriente de mis numerosos intentos de fecundación in vitro opinan que fui muy valiente. Hoy creo que lo valiente, dadas las circunstancias, habría sido parar a tiempo, y no supe hacerlo. He aprendido que a veces los héroes son los que se rinden, como tan acertadamente reflejó en una columna Quique Peinado:

 Mi padre murió de cáncer. Mi madre pasó dos y le extirparon la matriz y los ovarios en previsión de otro. Una prima mía cayó sin llegar a ser señora y actualmente dos tíos y una prima están tratando de superarlo, en diferentes fases. Somos los Kennedy del cáncer. Digo esto porque estamos en España, el país en el que sólo tienes derecho a ironizar sobre algo si lo sufres, y no siempre.

 Todos mis familiares fueron muy valientes al afrontar la enfermedad. Lo dieron y lo dan todo para soportar el tratamiento, lo llevan con alegría y logran avances sorprendentes a pesar de vivir con un hacha rozándoles el cuello. Son mis héroes, sin ninguna duda.

 Un amigo mío (un conocido, más bien) murió de un cáncer de colon tras mucho tiempo de pelea. Vivió meses con una bolsa que le desalojaba el contenido de sus intestinos pegada a la piel. Ni eso podía hacer solo. Tras

aguantar mucho, y aunque los médicos le dijeron que aparentemente no había solución pero que la vida siempre se puede alargar un poco más, decidió que ya era suficiente, escribió a sus amigos despidiéndose y diciendo que no quería luchar más y esperó a la muerte.

Los medios de comunicación sólo mostrarían a los enfermos de mi familia. Me jode que sea así. Los alabamos, los admiramos, hacemos de ellos un ejemplo. Sin embargo, de mi amigo/conocido nadie hablaría. Parece que no luchar condena a la invisibilidad, que decidir que ya basta de dolor y pena con entereza no cuenta. Y, de paso, le mostramos al que decide que no quiere vivir más así que los héroes son los otros, sólo los otros [...]

Quiero leer las historias de los que dicen basta en los medios. Quiero leer las de los que ni siquiera luchan y se dejan llevar. Los admiro y los comprendo. Y no quiero que, por engrandecer a los otros, a los que son como mi familia, les hagamos sentir culpables por hacer lo que muchos haríamos.

Por supuesto, no pretendo comparar un cáncer con la imposibilidad de concebir un hijo, pero la reflexión de Quique Peinado me ayuda a apuntalar mi idea de que son muy dañinos esos mensajes de que siempre tienes que seguir intentándolo, de que jamás hay que rendirse, de que hay que ir un poco más allá. Llegados a este punto podría escribir que los tres médicos que en total me trataron (una mujer y dos hombres) me crearon falsas expectativas y que se forraron a mi costa, que fueron ellos los culpables de que yo me diera cabezazos contra la pared una y otra vez. Estaría mintiendo. Los tres me explicaron con toda claridad que tenía pocas posibilidades de lograr un embarazo con mis propios óvulos, que en mi caso lo más recomendable era recurrir a una donante (opción que rechacé en todo momento, por miedo a rechazar a ese bebé salido de Dios sabe dónde) y que debía marcarme un

límite en mis intentos de fecundación in vitro. Los tres se comportaron conmigo de forma profesional y humana; uno de ellos, el último al que acudí, incluso se negó a cobrarme sus honorarios tras confirmarme mi séptimo fracaso. El hecho de que conmigo no tuvieran éxito no quiere decir que no merezcan toda mi admiración por haber ayudado a ser madres a tantas mujeres que así lo deseaban.

La responsabilidad final de poner un límite era sólo mía. Y, para qué engañarnos, yo no fui la más valiente del mundo; simplemente me pasé de vueltas.

Tratamiento 7: London Eye

Cuando ya no sabía por dónde tirar, tuve una revelación: un día abrí un libro y de entre sus páginas se cayó una estampa de santa Rita que había pertenecido a mi abuela materna. Santa Rita, la patrona de las causas imposibles. ¿Era una señal? Quise creer que sí. Supongo que me encontraba bajo los efectos de *la ilusión del indulto*, un estado que el psiquiatra Viktor Frankl describe así en el libro *El hombre en busca del sentido*:

La ilusión del indulto es un mecanismo de amortiguación interna percibido por los condenados a muerte justo antes de su ejecución: en ese momento conciben la infundada esperanza —sin apoyatura en ningún dato real— de ser indultados en el último minuto.

Ni siquiera sé cómo me las arreglé para arrastrar a J. a la consulta de un nuevo médico, el tercero, para que nos dieran la puntilla.

Me extrajeron cuatro óvulos que dieron lugar a tres embriones. Uno de ellos viajó hasta mi útero y yo volví a sentirme esperanzada, igual que un reo que se dirige con paso lento hacia la silla eléctrica y aún confía en que suene un

teléfono y algún poderoso anuncie al otro lado de la línea que todo ha sido un error, que todo va a salir bien.

Durante la *betaespera*, sin embargo, algo me golpeó. Fui a la farmacia a comprar uno de los medicamentos que me había prescrito el médico para facilitar que el embrión prendiera y, con el coche aparcado en segunda fila, me detuve a leer el prospecto. La lista de posibles efectos secundarios era más larga que la cola que se forma a las puertas de H&M en Gran Vía cuando sacan colección de un diseñador famoso. Me fijé en una línea en concreto: en aquel papel se alertaba sobre la posibilidad de desarrollar un cáncer de mama. *¿Qué estoy haciendo?, ¿Hasta dónde voy a llegar?*, pensé, como si de repente alguien hubiera encendido las luces de una habitación en la que yo llevara horas dando tumbos a oscuras. Tiré el medicamento a una papelera sin estrenar ni un solo blíster.

Cuando el doctor llamó personalmente a J. para anunciarle nuestro séptimo negativo me sentí culpable por no haberme tomado aquellas malditas pastillas. Otra vez era Navidad y seguía en el mismo punto que un año atrás, que los cuatro años anteriores. Hacía unos meses que había cumplido los 40, el aniversario más amargo de mi vida, porque esa edad redonda era el límite que me había marcado para lograr mi objetivo. Lloré y grité y maldije mi mala suerte y blasfemé contra santa Rita, hasta que J. no pudo soportarlo más y se sentó frente a mí para hablarme muy seriamente.

—Quiero tener una vida contigo, con hijos o sin hijos, y con toda sinceridad te digo que creo que puede ser una vida muy feliz. Lo que no quiero es tener una vida con alguien así de triste. Tú eliges.

El 30 de diciembre nos fuimos los dos solos a Londres. Llovía y hacía frío, la ciudad me pareció más gris e inhóspita que nunca. Recordé que Kate Middleton se había casado exactamente quince días antes que yo y ella ya tenía dos hijos, que para colmo de males eran rubios, rollizos y perfectos.

Sentí odio hacia ella, el príncipe Guillermo y la mismísima reina de Inglaterra. Odié a todas las madres del mundo.

Mientras paseábamos por Westminster contemplé la enorme noria que llaman London Eye. Le hice una foto con mi móvil y subí la imagen a mi perfil de Instagram con una leyenda un tanto melodramática: *Y a pesar de todo, el mundo sigue girando.*

De vuelta en Madrid, metí en una bolsa de plástico todos los productos inyectables que me habían sobrado de mis sucesivos tratamientos (un botín cuyo precio rondaba el millar de euros) y se los regalé a una amiga que en ese momento iniciaba su particular vía crucis de fecundaciones in vitro. Fue justamente en ese momento cuando decidí que el año 2016 que entonces arrancaba no iba a ser una mierda como los cuatro anteriores, que trataría de invertir mis energías en asuntos más productivos que los de controlar mis reglas, analizar mi cuerpo, castigarme a base de inyecciones y recorrer consultas de médicos.

Y comieron perdices

A la vuelta de Londres me reincorporé al trabajo y dejé que la noria siguiera girando. Y vaya si lo hacía. Dos personas de mi equipo se habían quedado embarazadas con apenas un mes de diferencia (qué difícil es expresar alegría cuando a alguien a quien aprecias le sucede algo bueno pero tú te estás consumiendo por dentro...). Tenía ante mí la doble tarea de calcular bajas maternales para reorganizar mi departamento y tratar de recuperarme en secreto de mi séptima fecundación in vitro fallida.

Un día me desahogué con mi compañera Amaya en la cocina de la redacción, frente a una taza de té, y cuando ambas volvimos a sentarnos delante de nuestros respectivos ordenadores en mi pantalla saltó la alerta de un nuevo correo electrónico. La remitente era Amaya, quien desde el otro extremo de la oficina me enviaba un link que a su vez conducía a un post titulado en inglés *Seis cuentos de hadas para las mujeres modernas*.

«Mi preferido es el segundo», escribió en el mail, sin añadir nada más.

Pinché el enlace y me fui directa a leer el segundo relato, de sólo unas líneas, que rezaba así:

Éranse una vez una mujer y un hombre que intentaban tener bebés, pero no funcionó, así que cuando pasaron la edad de intentarlo decidieron que

tendrían suficiente dinero para viajar por el mundo, y eso hicieron, y fue genial, y ambos se sentían bien con ello, y nadie les planteó tampoco ningún inconveniente.

Sentí que era el cuento más bonito que había leído nunca.

Su
historia de no maternidad

Continúo abriendo cajas.

Me encuentro más fotografías descoloridas y agrietadas de las que quiero volver a ver en la vida.

Me encuentro muchas invitaciones a bodas de gente que ya no está casada.

Me encuentro muchos recordatorios de los funerales de gente cuya cara ya no recuerdo.

En teoría todos esos recuerdos sirven para evocar momentos pasados.

Pero la verdad es que sólo sirven para dejar claro lo poco que aprecié aquellos momentos cuando los tuve delante.

Y lo poco que aprecié los momentos cuando los tuve delante es otra cosa que ya no me puedo permitir ver.

JOAN DIDION,
extracto del libro *Noches azules*

Cuando, en mi década de los 20, solía comentar que no sentía deseo alguno de tener hijos, siempre había una amiga de mi edad o una mujer más madura que me anunciaba, con una sonrisa de condescendencia y una palmadita en la espalda, que ya cambiaría de opinión. Sin duda estaba confundida, porque no había prácticamente nadie que pensara igual que yo: era rara.

Cuando, en la segunda mitad de mi década de los 30, me sometí a siete fecundaciones in vitro en apenas cuatro años, hablé con algunas mujeres que habían pasado por el mismo proceso, pero no encontré a ninguna que hubiera finalizado la partida con la cesta de la compra vacía, como era mi caso. Todas, antes o después, acababan consiguiendo un embarazo, excepto yo: era rara.

Carmen Alborch subraya en su libro *Solas* que, «desde el punto de vista del afecto y el apoyo, se produce una gran afinidad entre las mujeres que están pasando por el mismo trance o se encuentran en la misma situación». Estoy de acuerdo con ella: buscamos nuestro reflejo en las demás. Por eso he decidido contar mi historia de no maternidad, para que aquellas que no logran quedarse embarazadas sepan que las clínicas de fertilidad no son Lourdes, que a veces las pruebas dan negativo una y otra vez, aunque casi nadie lo confiese públicamente, igual que hace un par de décadas nadie hablaba de cáncer en voz alta. Pero, sobre todo, hago esto para que sientan que no están solas.

Con esta idea en la cabeza, cuando estaba gestando este libro me hice el firme propósito de no limitarme a volcar en el papel mi propia experiencia, ya que no me siento modelo para nadie. Y por eso salí en busca de mujeres

fácilmente reconocibles para todas por su proyección pública, de diferentes edades y formas de pensar, que por razones variadas no han podido o no han querido procrear. Y aquí viene la noticia: son muchas y llevan vidas razonablemente felices, no sólo en el plano laboral sino también en el personal. Hoy puedo afirmar que hablar con las diez mujeres que al final seleccioné para mi proyecto ha sido una de las experiencias más gratificantes de mi vida. He sentido como si se creara una corriente de solidaridad de unas a otras, como si todas estuvieran deseando tratar este tema desde un punto de vista diferente al que nos tienen acostumbradas. Porque, como de forma tan acertada denuncia la escritora Kate Bolick, la sociedad actual determina que una mujer sin descendencia «es alguien sin futuro —sin herederos que traer al mundo, sin nadie que la recuerde cuando se haya ido—, no una mujer que corre hacia él». Suscribo las palabras de Kate cuando subraya que «necesitamos muchos más modelos y mucho mejores», y con las páginas que siguen a continuación sólo he intentado aportar mi granito de arena a esa causa.

Para mi sorpresa, durante las conversaciones con estas diez mujeres que de manera desinteresada accedieron a narrarme su historia, todas ellas, en un momento u otro, soltaron un mismo comentario respecto a sí mismas: «Es que yo soy bastante rara...».

Soledad Lorenzo

(Santander, 1937)

GALERISTA

La superviviente

Conocí a Soledad Lorenzo en 2008. Estaba preparando un reportaje para la revista *Yo Dona* sobre mujeres mayores de 65 años y ella —que entonces contaba 70— fue una de mis entrevistadas. El magnífico retrato que le hizo el fotógrafo Pedro Vikingo abrió el tema: la galerista aparecía con los ojos cerrados, una mano descansando sobre la rodilla y esa característica media melena platino dando luz a su vestimenta oscura. Recuerdo que no aceptó que el equipo de moda le hiciera el estilismo; quiso salir en la imagen con su propia ropa y sin maquillaje, para mostrar cómo era ella realmente. Mantuvimos una charla rápida, porque su agenda era infernal, y nunca más volví a verla.

Cuando estaba imaginando este libro me acordé de Soledad, de aquella gurú del arte por cuya galería madrileña, abierta de 1986 a 2012, pasaron las obras de Antoni Tàpies, Miquel Barceló, Julian Schnabel y Pablo Palazuelo, entre muchos otros. Durante nuestro encuentro, ella me había comentado: «Mi vida sin trabajo no tendría sentido». Por supuesto, en aquella entrevista no le pregunté por qué no había tenido hijos, pero di por hecho que una mujer así de rompedora habría renunciado voluntariamente a la maternidad, de modo que

abordar este tema no podría resultarle doloroso. Le escribí un mail contándole mi proyecto.

Seis días después, un caluroso domingo de junio por la tarde, recibo en mi móvil una llamada de un número desconocido. A pesar de los ocho años transcurridos desde nuestra primera conversación reconozco casi al instante su voz rugosa, como de persona que ya ha vivido muchas vidas. Aquí está ella, dispuesta a echar abajo todos mis prejuicios.

Soledad sí quiso ser madre. Lo deseó con todas sus fuerzas. «Me casé en 1960, con 22 años. A los tres meses de la boda, la gente ya empezó a preguntarme: *Y los niños, ¿para cuándo?* En mi época eso era algo muy importante; no ser madre era tener un fallo como mujer», relata. «Al principio, el médico me decía: *Sole, tranquila, hay mujeres que tardan en quedarse embarazadas. Lo normal es que tengáis hijos.*» Pero nunca llegaron. «Acabé yendo a tres o cuatro especialistas. Me dijeron que no tenía ningún problema. Para mí, lo peor fue tener que someter a mi marido a una prueba de fertilidad. Cuando nos dieron el resultado y vimos que por su parte también estaba todo en orden, me sentí liberada. El caso es que ninguno de los dos tenía ningún problema, pero no me quedaba embarazada. Pienso que en todo esto hay una parte misteriosa, algo que simplemente no encaja. No podemos controlar la muerte y tampoco la vida.»

Vistas las cosas, le planteó a su esposo la posibilidad de adoptar. *Por mí, ni hablar, pero si tú quieres, adelante*, respondió él. Y ella decidió que no, que formarían un matrimonio sin hijos. «Él no se cansaba de repetirme (y lo bueno era que yo notaba que lo sentía de verdad) que no le importaba nada, que no era niño, que así podríamos viajar.» Y viajaron: a su marido le ofrecieron un trabajo de ejecutivo en Londres y se fueron a vivir a la capital británica, en un periodo que esta cántabra recuerda como muy feliz. Eran los tiempos de los Beatles y el diseño pop, de Mary Quant y la minifalda. «Durante aquella etapa

comprobé que un matrimonio es más pareja si no tiene hijos, porque las dos personalidades se juntan, mientras que los niños te crean muchas obligaciones y la mujer es la que normalmente más se vuelca en ellas. Los hijos, a veces, más que unir separan. De la otra forma disfrutas de una total libertad...» Cuando todas las piezas encajaban llegó el cataclismo: a su marido le diagnosticaron un cáncer y apenas tres meses más tarde falleció. En 1974, Soledad regresó a Madrid, donde tuvo que afrontar más muertes: las de sus padres; sus dos únicos hermanos, Ricardo y Alfredo, y la tata que los había cuidado toda la vida. «Me quedé sola. Me sentí como una superviviente de una gran tragedia.» Ni siquiera había cumplido los 40.

Tras quedarse viuda, empezó a trabajar en el mundo del arte. Fue entonces cuando comenzó a hacerse a sí misma, porque «hasta ese momento, en cierto modo, había sido una segundona, dando prioridad a la carrera primero de mi padre y luego a la de mi marido», remarca. Empezó a trabajar junto a Fernando Guereta, luego en la galería Theo (la primera obra que vendió allí fue un cuadro de César Manrique) y finalmente se estableció por su cuenta, en un local de la madrileña calle Orfila que acabaría siendo mítico. Aquella inauguración mereció una columna del mismísimo Francisco Umbral en *El País*:

Soledad, en su casa y en la calle, en las galerías y en la vida, vive la pintura, en la pintura, para la pintura. Soledad es el interlocutor válido de los grandes artistas de nuestro tiempo que vienen a exponer a Madrid, y con los que se entiende en cualquier idioma [...] El que Soledad Lorenzo haya abierto galería propia en Madrid es más importante para ese modesto Renacimiento que llamamos «movida» que el que unos rockeros anglosajones toquen aquí de paso, sin saber dónde tocan.

Tanto se esforzó Soledad en su profesión que en abril de 2016 el Gobierno acordó concederle una Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo por toda su trayectoria profesional. En el libro *Soledad Lorenzo. Una vida con el arte*, el periodista Antonio Lucas escribe:

La pasión por el arte ha impulsado la segunda parte de su vida como un quinqué que no se agota. La relación con los artistas, las exposiciones y el hecho de haber confeccionado a dos generaciones de coleccionistas es quizá la misión más alta que un día, a los cuarenta y pocos años, se marcó esta mujer con esqueleto de gata cuando tuvo que volverse a reinventar.

Desde la sabiduría de sus 79 años, Soledad puede decir hoy que, a pesar de las pérdidas, la vida se ha portado muy bien con ella: ha alcanzado metas profesionales con las que ni siquiera soñaba y además ha logrado rehacer su vida personal. Años después de enviudar, empezó a salir con su pareja actual, a quien desde el primer momento convenció para no compartir el mismo techo. «Con mis horarios eternos en la galería, no me parecía aceptable tener a alguien esperándome, de modo que establecimos que él viviría en su casa y yo en la mía. Como es un hombre especial, no salió corriendo... Y ya llevamos así más de treinta años, muy felices», resume con toda naturalidad. De su no maternidad también habla sin aspavientos, pero no me resisto a señalarle que hace unas décadas no debió de ser así, que tuvo que costarle mucho cerrar esa puerta. Me regala una explicación muy sencilla que a mí se me antoja muy complicada: «Un día dije *se acabó*. Decidí que no iba a volver a ver a un médico por ese tema. Que si ocurría, bien, y si no, lo iba a aparcar. Cuánto me alegro de haber tomado esa actitud... Está fenomenal intentar ser madre, pero hay un momento en que debes dejarlo. Si no ocurre, olvídale y céntrate en tu vida personal y profesional». Su experiencia la convierte en una voz más que

autorizada para contradecir a esas congéneres que dejan caer sobre ti una frase como si fuera una maldición: *Cuando se acerque la vejez, contemplarás con dolor tu vida sin hijos*. «Para nada», desmiente Soledad. «Mira que yo he deseado dar a luz como la que más, pero hoy no siento ningún tipo de nostalgia por ello, porque he llenado mi vida con otras cosas. Las personas estamos capacitadas para romper las reglas. Al final, la vida que importa es la que tienes tú. No es sólo que no sienta el hecho de no haber tenido hijos, sino que voy más allá: ahora creo que he sido afortunada por no tenerlos. Hoy no me concibo a mí misma con hijos. La Soledad que te habla ahora no tiene nada que ver, pero absolutamente nada, con la que habría sido si hubiese tenido niños. Y como me gusta esta Soledad... ¿por qué voy a desear que las cosas hubiesen sido distintas? Mi contacto con la muerte fue una lección para valorar el hecho de vivir, y sigo amando lo que la vida me aporta. Ahora doy gracias de mi situación actual, mi trabajo con el arte y mi relación de pareja.» Y añade: «Hay una frase maravillosa que leí hace muchos años: *El pasado persiste como forma de posibilidad*; el término posibilidad en sí mismo indica algo positivo. Yo aprendí, primero por mi familia y luego por mi contacto con la muerte, que vivir es un milagro. Aunque la vida nos rige, nuestra existencia la acabamos creando nosotros».

Vale, pero... ¿y los nietos? ¿No se echa de menos compartir esta etapa de madurez con la tercera generación? «¡Los nietos me importan un bledo!», responde riendo. «Mira, yo tengo cuatro sobrinos a los que quiero muchísimo, pero no espero que vengan a cuidarme cuando no pueda valerme por mí misma, igual que no deberían esperarlo los padres de sus hijos o sus nietos. Tú tienes que ser feliz con tu vida. No con la de los demás: con la tuya.» ¿Y la continuidad? ¿Qué queda detrás de una mujer que no ha tenido hijos? «Mi continuidad estará en la memoria de la gente que me ha conocido. ¡Exactamente igual que el resto de las personas, sean o no padres!» Para ser

exactos, en su caso el legado es aún mayor, porque en 2014 firmó un contrato con el Museo Reina Sofía para donar a esta institución las alrededor de cuatrocientas obras de noventa artistas que ha ido coleccionando a lo largo de sus fructíferos años como galerista. Fuera de la cesión sólo se quedó una pieza, una escultura de la famosa serie de arañas de Louise Bourgeois que le regaló la propia artista y que hoy reposa en la entrada de la casa de Soledad. Lo que son las cosas... casi al mismo tiempo que escribo estas líneas llega a mi perfil de Facebook un texto de la periodista Florinda Salinas sobre la artista francesa, en el que señala:

La araña tiene muchas lecturas. Los psicoanalistas alegan que es la madre que atrapa a sus hijos en sus hilos y los devora. Otros ven todo lo contrario, la madre que los aleja de los peligros. Lo cierto es que ella misma (Louise Bourgeois) escribió en sus memorias: «Las arañas eran una oda a mi madre. Ella era tejedora, y como la araña, creaba su tela. Ella me protegió y fue mi mejor amiga».

¡Siempre a vueltas con la maternidad, mires a donde mires!

Antes de colgar el teléfono, Soledad me hace una advertencia, pero ya no se dirige a la periodista, sino a la mujer tres décadas más joven que ella que lleva a sus espaldas siete tratamientos de fecundación in vitro fallidos: «Vas a ser muy feliz sin hijos». Y no parece que me lo esté diciendo para consolarme, sino como si quisiera transferirme un secreto precioso que sólo las de su edad que no han sido madres conocen, porque a renglón seguido añade, en un tono muy firme: «Yo te lo juro».

Rosa Montero

(Madrid, 1951)

ESCRITORA

La niña sabia

De todos los libros de Rosa Montero que he leído, mi favorito es *La ridícula idea de no volver a verte*, a pesar de que su comienzo me parece devastador:

Como no he tenido hijos, lo más importante que me ha sucedido en la vida son mis muertos, y con ello me refiero a la muerte de mis seres queridos.

Fue precisamente en ese libro donde descubrí que tengo un atributo especial: mi dedo anular (el de ambas manos) es notablemente más largo que el índice, igual que le sucedía a la científica Marie Curie, protagonista de esa obra. Así lo narra Rosa:

[...] en la foto de Marie anciana, esa en la que está acodada en una barandilla y enseña su mano abrasada, he podido constatar que Madame Curie tiene el dedo anular más largo que el índice. Es decir, tiene una mano masculina. Varios estudios científicos realizados a lo largo de la última década han demostrado que el tamaño de los dedos de la mano tiene

relación con la mayor o menor exposición a la testosterona en el útero materno. La mayoría de los hombres tienen el dedo anular más largo que el dedo índice, y la mayoría de las mujeres tienen el índice más largo que el anular. Pero algunas y algunos incumplen esta regla: David Beckham tiene las proporciones al revés, por ejemplo. Y Madame Curie. Y yo.

Voy pensando en esas líneas un lunes de julio, en el taxi que nos lleva a una fotógrafa, su ayudante y a mí a la casa de Rosa Montero en Madrid. La escritora está a punto de lanzar su última novela, *La carne*, y con tal motivo ha concedido una entrevista a *Elle*. Qué magnífica oportunidad para hablarle de mi proyecto y tratar de concertar una segunda cita con ella en la que me dé su testimonio de no madre... Pero ¿cómo puedo convencerla para que me abra las puertas de su intimidad? Lo tengo todo calculado; cuando acabe la entrevista y los fotógrafos ya se hayan ido le diré a Rosa, para caerle en gracia, algo tipo esto: «Fíjate en mi dedo anular, ¡es mucho más largo que el índice! Soy de vuestro club, Rosa, del de Marie Curie y el tuyo, tienes que ayudarme». Aunque no me hace falta recurrir a mi estúpido plan, porque durante la charla *oficial* hablamos de que la protagonista de *La carne*, Soledad, no es madre, y de que el libro incluye párrafos como éste:

—¿Tú tienes hijos, Soledad? —le preguntó Marita. Oh, no. Y ahora esto. Tenía que ser Marita quien sacara el tema. Odiaba que le plantearan esa cuestión, porque cuando respondía no, ese no tan irreversible ya a su edad, ese no que significaba no sólo que no tenía hijos sino que ya no los tendría jamás y que por consiguiente tampoco tendría nietos; ese no que la marcaba como mujer no madre y que la lanzaba a la playa de los desheredados, como un resto sucio de tormenta marina, porque los prejuicios sociales eran inamovibles en este punto y toda hembra sin hijos seguía siendo vista como

una rareza, una tragedia, una mujer incompleta, media persona; cuando decía no, en fin, Soledad sabía que ese monosílabo caería como una bomba de neutrones en mitad del grupo y alteraría el tono de la conversación; todo se detendría y los presentes quedarían expectantes, demandando de manera tácita una explicación aceptable del porqué de tan horrorosa anomalía; que Soledad dijera «no pude tener niños», o quizá, «tengo una enfermedad genética que no quise transmitir», o incluso, «en realidad soy transexual y nací hombre»; en suma, aceptarían cualquier cosa, pero desde luego la obligarían a justificarse. Y, una vez más, Soledad se prometió a sí misma que resistiría la presión y no añadiría ni una sola palabra al monosílabo. No.

No necesito recurrir al truco del dedo, insisto, porque una cosa lleva a la otra, y nos ponemos a hablar de hijos, y le confieso a Rosa muy torpemente que estoy escribiendo un libro sobre la no maternidad, y ella me anima diciendo que le parece una gran idea y que responderá a mis preguntas en ese mismo momento. Estamos sentadas la una junto a la otra —en su precioso salón con grandes ventanales frente al Retiro, en el piso adonde Rosa se mudó tras el fallecimiento en 2009 de su marido, el periodista Pablo Lizcano—, cuando la escritora me cuenta su historia. «No es que decidiera no tener hijos, es que simplemente no los tuve», resume. De pequeña, Rosa Montero jugaba con peluches y escribía cuentos «de ratitas que hablaban», pero nunca le dio por los muñecos, por los bebés de plástico. Luego se hizo adulta y siguió sin sentir la llamada de la maternidad. «No es que dijera: *No voy a tener hijos*. Es que no estaba en mi proyecto. Me fui haciendo mayor y eso seguía sin estar para nada en mi proyecto.» Después empezó a salir con Pablo; en los comienzos de su relación ambos tenían 37 años. «Entonces lo hablamos, ya sabes, a esa edad empezaba a ser la última oportunidad, de manera que le

pregunté: *¿Probamos?*» Probaron y no ocurrió nada. «Así que me dije: *Pues ya está. Probado.* Luego no me puse a hacer pruebas médicas, ni tratamientos, ni nada.» «¿Tan fácil? ¡Si en mi proyecto de vida tampoco estaba tener hijos y, por probar, acabé someténdome a siete fecundaciones in vitro!»), le suelto eso a Rosa, casi enfadada ante su clarividencia, y ella se encoge de hombros. «Yo no tenía esa pulsión. Entre la duda de sí o no, dijimos: *Vale, vamos a probarlo*, porque yo soy así, prefiero equivocarme por acción que por omisión. Si hubiese salido habría sido una alegría —un susto y también una alegría—, pero no salió. Y me dije: *Con 37 años (o 38, porque el tiempo ya iba pasando), ¿me voy a meter en una cosa que te raya la cabeza, que te obliga a llenarte de hormonas, a vivir dedicada a eso...? ¡No!* Sabía que eso sería un atentado contra mí misma. Sabía que si daba ese paso me iba a meter en algo fatal.»

De modo que Rosa, periodista de profesión y escritora de vocación, continuó con su vida de éxitos. Ya en 1979 había triunfado con su primera novela, *Crónica del desamor*, y un año después se había hecho con el Premio Nacional de Periodismo. Hubo novelas antes y también después de la muerte de Pablo, además de multitud de artículos en *El País*, su periódico de cabecera. Entre ellos, uno titulado *Tan completa o tan incompleta*, en el que argumenta:

Mi teoría es que hubo una generación de madres atrapadas en el estereotipo de una educación tradicional que vieron cómo el mundo cambiaba ante sus ojos, aunque demasiado tarde para que ellas lo pudieran aprovechar. Creo que la falta de interés reproductor que tantas mujeres de mi edad hemos mostrado fue el resultado del poderoso susurro de esas madres: «No te encadenes, no tengas hijos, haz todo lo que yo no pude hacer».

Ahora, en su salón luminoso con libros apilados por todas partes, Rosa me amplía esa idea: «Mi generación es distinta a la tuya; en la mía hay muchísimas mujeres sin hijos. ¿Y por qué es esto? Por el susurro poderoso de las madres. España e Italia han sido, durante un montón de años, los dos países con menor porcentaje de natalidad del mundo. La razón es que fueron dos países machistas que en treinta años cambiaron de manera brutal. Hubo una generación de mujeres que vivió eso como una tragedia: vieron que el mundo cambiaba, que se podía llevar otra vida, pero ellas ya no llegaban. Por eso criaron a sus hijas diciéndoles: *No hagas como yo. Sé libre.* Y montones de mujeres crecimos sin querer casarnos ni tener hijos. Pero eso tampoco es bueno, porque no te permite plantearte de verdad el matrimonio o la maternidad, y yo creo que eso te lo tienes que pensar, para decidir sí o no».

En su caso, el matrimonio acabó siendo un sí. Los hijos fueron un no, y luego un sí pero no. Hoy su marido ya no está, pero tiene muchos amigos cercanos y comparte su piso con dos perras: Petra, que todo el tiempo se sube a su regazo, y Carlota, un animal de ojos tristes porque Rosa la recogió en la calle y quizá aún no ha superado el maltrato que sufrió antes de que la escritora la adoptara. También tiene su literatura, claro. «¿Qué has ganado con tu no maternidad?», le pregunto. «Nada», responde. «¿No habrías brillado menos como escritora si hubieses tenido que volcar en tu prole el tiempo que has dedicado a tus libros?», insisto. «No tiene nada que ver. Conozco a muchas mujeres escritoras con hijos. Es cierto que pierdes libertad, pero a mí no me importa el compromiso, porque creo que todas las cosas que valen la pena en la vida cuestan.» Demos la vuelta a la pregunta, pues: «¿Qué has perdido por culpa de tu no maternidad?». «Pensaba que nada, pero hace unos años me he dado cuenta de que sí he perdido algo. No tiene nada que ver con el hecho de dar vida o de tener a alguien que te cuide, no, a mí eso no me

importa en absoluto. Pero sí creo que la experiencia de tener hijos tiene una parte interesantísima, y es que se trata de la única circunstancia en la que estás dispuesto a dar tu vida por otra persona, ya que estamos genéticamente programados para ello. Y eso cierra tu ciclo de madurez, te hace salir de tu niño interior, de modo que si nunca das ese paso hay una parte de ti que no termina de madurar.» Tras esta reflexión, deduzco que Rosa se arrepiente de no haber consultado su caso con un médico, o tal vez de no haber tomado la decisión de adoptar. Pero otra vez me frena con una negativa: «No me arrepiento de no haber tenido hijos, porque esa parte que hay en mí que no ha terminado de madurar es la que escribe. Sí, el que escribe es el niño que llevamos dentro».

Entonces estira las piernas encima de la mesa baja que hay frente al sofá y se ríe. Su voz aguda llena ese salón atiborrado de salamandras; son salamandras de barro, de cerámica o de piedra, de todos los tamaños y colores, repartidas por las mesas, las estanterías o el suelo, y hasta las hay que trepan por las paredes, como si estuviéramos en un bosque encantado. También veo una salamandra tatuada en su brazo derecho, y una bandada de pájaros en el izquierdo, y lleva grabado en la nuca un verso del poeta chileno Raúl Zurita: *Ni pena ni miedo*. Y caigo en la cuenta de que esta Rosa que hoy suma 65 años en verdad tiene mucho de niña.

Maribel Verdú

(Madrid, 1970)

ACTRIZ

La valiente

En España contamos con nuestra particular Jennifer Aniston. Se llama Maribel Verdú y, como la actriz americana, sabe lo que significa que escruten su cuerpo para descubrir si *por fin* está embarazada. Maribel es el comienzo de todo, de este libro y de mi salida del círculo vicioso en el que se convirtieron para mí las fecundaciones in vitro. Y eso que apenas la conozco, de manera que lo que acabo de escribir puede resultar un tanto extraño. Trataré de explicarlo. Después de mi séptimo tratamiento fallido me puse a buscar obsesivamente en Google cualquier entrevista en la que la actriz hablase de su no maternidad, lo cual es bastante sencillo porque lleva más de veinte años respondiendo a la misma pregunta: *¿Cuándo vas a tener un hijo?* En sus declaraciones yo no percibía a una mujer amargada, ni triste, ni fracasada, sino a una mujer admirable, con una vida rica y las ideas muy claras. Sí, es una contradicción: detesto que a cualquiera de nosotras se nos azuce con esa pregunta y sin embargo que se la plantearan a Maribel una y otra vez constituyó mi tabla de salvación. Ella tenía todas las respuestas que a mí me faltaban; se convirtió en el referente que necesitaba para asumir mi condición de no madre.

Por eso hoy, mientras la espero en una terraza de Madrid, en un día en el que todo parece ir a cámara lenta, porque estamos a finales de agosto y la ciudad aún no ha recuperado su habitual ritmo frenético, me siento especialmente feliz de poder charlar a solas con ella. Aquí llega, muy puntual, ataviada con un peto vaquero, gafas de sol y una sonrisa inmensa. Pide lo mismo que estoy tomando yo (una Coca-Cola light) y me pregunta por un viaje que acabo de hacer, porque ha visto las fotos en mi cuenta de Instagram. Luego bebe un sorbo del refresco y me dice: «¡Dispara!». Mi primera bala va directa al corazón: «¿Nunca has dudado de tu decisión de no tener hijos, acaso el hecho de que todo el mundo te juzgara por ello no hizo que te tambalearas en alguna ocasión?». Y ella niega con la cabeza. «Jamás. Ni medio minuto. Nunca he sentido eso que llaman instinto maternal. Me recuerdo pensando así desde que tengo uso de razón. Por ejemplo, cuando estábamos rodando *Belle Époque*, todas las actrices protagonistas éramos muy jovencitas y solíamos hablar sobre esto. Penélope (Cruz) quería formar una familia numerosa. Ari (Ariadna Gil) también tenía claro su deseo de ser madre. Y Miriam (Díaz Aroca), lo mismo. Yo les repetía: *Pues yo no, nunca tendré hijos*. Les sorprendía que lo tuviera tan claro.»

En Internet Movie Database (IMDB), la fuente a la que solemos recurrir los periodistas para documentarnos sobre un actor, aparece la formidable filmografía de Maribel. Me pregunto cómo esta mujer que sólo me lleva cinco años se las ha arreglado para participar en tantas películas que forman parte de la historia de nuestro cine: *La estanquera de Vallecas* (1987), *Amantes* (1991), *Huevos de oro* (1993), *Canción de cuna* (1994), *La Celestina* (1996), *La buena estrella* (1997), *El laberinto del fauno* (2006), *Los girasoles ciegos* (2008), *Tetro* (2009), *De tu ventana a la mía* (2011), *Blancanieves* (2012)... También la hemos visto en series de televisión como *Turno de oficio* (1986), *Canguros* (1994 a 1997), por no enumerar las trece obras de teatro a las que

ha aportado su talento. Pero en IMDB, ay, también encuentro el dato que siempre la persigue: *Has publicly stated that she doesn't want to have children, that she doesn't see herself as a mother*, leo en la web. O sea, que ha declarado públicamente que no quiere tener niños y que no se ve a sí misma como madre. Por si alguien aún no se había enterado. «Es que no hay entrevista en la que no me lo pregunten, y de verdad, María, que me parece desesperante. Sobre todo me molesta por parte de las mujeres, que son quienes más me lo plantean. Me apetece responderles: *¡Que soy una tía, como tú, apóyame!* Antes solía poner el ejemplo de Luis Tosar, aunque ya no me vale, porque acaba de ser padre. El caso es que hasta hace poco él tampoco tenía hijos y estrenaba un montón de películas, pero durante las promociones yo nunca leía que le preguntasen por ese tema. A mí siempre. Y eso que estoy a punto de cumplir 46 años... ¿Seguiremos igual después de los 50?», bromea.

Lo peor es cuando el simple chismorreo deriva en un juicio de valor. En este sentido, me cuenta una anécdota que me pone los pelos de punta. Sucedió en 2013, en la capilla ardiente de la actriz Amparo Rivelles instalada en el teatro Alcázar. «Yo estaba sentada al lado de Nuria Espert. De repente, una señora bajó las escaleras del escenario, se acercó a mí, me señaló con el dedo y me dijo: *Tú eres una egoísta, porque no quieres tener hijos. La vida te lo va a hacer pagar caro. Vas a morir sola.*» Frente a esas talibanes de la maternidad llenas de rencor, Maribel Verdú no se altera y defiende el mismo lema que he leído en varios libros de Oriana Fallaci: parir es una opción, no una obligación. Parece una perogrullada, pero por desgracia hoy en día sigue siendo necesario recordarlo. «Me parece fantástico querer tener seis hijos e imagino lo bonito que debe de ser reunir a todo ese mogollón en Navidad, pero eso no es lo que yo quiero para mí. No es una cuestión de egoísmo, no es por no querer aceptar las responsabilidades, porque quizá yo tengo otras responsabilidades de las que nadie sabe. Además, conozco a muchísimas

mujeres sin hijos que se sienten realizadas, y a muchísimas mujeres con hijos que se sienten realizadas, y a muchísimas mujeres con hijos o sin ellos que no se sienten realizadas... Es decir, que la felicidad no depende del hecho de ser o no ser madre, porque entonces sería la bomba: todas tendríamos hijos y ya está.»

Bell, que es como la llaman en casa, vuelca su instinto de protección en sus dos hermanas, gemelas cinco años menores que ella y de gran parecido con la actriz, no sólo en el físico, sino también en sus pocas ganas de acunar un bebé. «¡Hemos dejado a mi madre sin nietos, con lo que le gustan los niños!», dice riendo. «Siempre me he preocupado mucho por mis hermanas, desde chiquitita. Ellas son mis niñas.» Se le ilumina la cara cuando habla de Marina y Carlota, y aun más cuando menciona al productor teatral Pedro Larrañaga, su marido. El gran amor de su vida. Diecisiete años de un matrimonio que a todas luces parece indestructible. El hombre que deseó estar con Maribel fueran cuales fuesen las circunstancias. «He tenido parejas que querían ser padres a toda costa, así que tanto ellos como yo sabíamos que nuestra relación se iba a acabar en cuanto pusiéramos el tema sobre la mesa. Pero llegó Pedro y me dijo: *Si tú mañana quieres tener un hijo, aquí estoy. Si no lo quieres, aquí estoy también.*» No se me ocurre una mayor declaración de amor, sobre todo teniendo en cuenta que Larrañaga, según dice su mujer, es bastante niñoero; tuvo un hijo a los 17 años y ahora es un jovencísimo abuelo al que se le cae la baba con su nieto. Cuando acabemos esta charla, Maribel saldrá corriendo hacia los ensayos de *Invencible* para reencontrarse con él, porque es el productor de la obra. «No sabes cómo trata a los actores... Es maravilloso. Nos conocimos en 1996, cuando representábamos *Después de la lluvia*, y desde entonces no he vuelto a hacer teatro con nadie que no fuera él. Pedro es lo más importante de mi vida. Cada día tenemos nuestro tiempo de abrazo, de desconexión, de estar el uno con el otro. Vivo por y para mi chico. La pareja hay que cuidarla.

También si tienes hijos, porque ellos volarán, tal vez se irán a vivir a Australia y seguro que te querrán mucho, pero al final lo que te queda es tu pareja, la persona que va a estar contigo hasta el final. Si hay complicidad, conexión, respeto, admiración y sexo, si cuentas con una pareja de verdad, debes luchar por ella.» A menudo, cuando están en casa sin nada que hacer, Pedro y Maribel consultan la cartelera, descubren que hay una película que está a punto de empezar, cogen la moto y se plantan en la puerta del cine. Sin planificar, porque ése es uno de los pequeños lujos que pueden concederse las familias de dos.

Maribel Verdú no tiene ordenador, odia madrugar, es una obsesa del orden, necesita darse paréntesis de silencio para leer o escuchar música, teme adentrarse en el mar y siente pavor ante la idea de la muerte, no de la suya, sino la de sus seres queridos. Asegura que cuando se murió su abuela se volvió loca de dolor. Sabe lo que es levantar un Goya (se lo dieron en 2007, por *Siete mesas de billar francés*, y en 2012, por *Blancanieves*) y ponerse a las órdenes de un genio como Francis Ford Coppola. Si hubiera tenido hijos probablemente su nombre no aparecería en los créditos de algunas películas que le han hecho crecer como intérprete. «Para el papel de *Y tú mamá también* llamaron a otra actriz antes que a mí. Lo rechazó alegando que tenía hijos, que la película era muy fuerte y no quería que a los niños les dijeran ciertas cosas en el cole. Lo entiendo. Quizá yo habría hecho igual. Tal vez, si yo fuera madre, nunca habría rodado *Amantes*.»

Durante nuestra conversación bajo una sombrilla blanca, con los hielos de las Coca-Colas ya totalmente derretidos, hay un momento en el que suena el móvil que tiene guardado en el bolso. Es su madre.

—Hola, mami. Estoy haciendo una entrevista sobre mujeres que no tienen hijos.

Hablan unos segundos sobre un asunto doméstico y se despiden.

—¿Sabes lo que me ha dicho mi madre cuando le he comentado que la entrevista iba de que no tengo hijos? —me pregunta nada más colgar.

Yo le respondo que no tengo ni idea, claro.

—Pues me ha dicho: *¡Qué pesadez!*

Y a las dos nos entra la risa.

Mamen Mendizábal

(Madrid, 1974)

PERIODISTA

La rebelde

Televisión Española estrenó en 2004 un programa bautizado *59 segundos*. Ése era el tiempo que se concedía a los tertulianos para exponer sus opiniones; si rebasaban el plazo, el micrófono se esfumaba, de modo que los espectadores ya no podían escucharles. Para lidiar con todo eso —*prime time*, tertulianos a menudo duros de pelar y estresantes micrófonos que suben y bajan— pusieron al frente del espacio a una periodista que entonces sólo contaba 30 años. Se llamaba Mamen Mendizábal y venía de trabajar en la radio junto a Iñaki Gabilondo. En la televisión pública empezó a cultivar ante las cámaras un característico estilo asertivo que después traspasó a La Sexta, su casa profesional desde 2006.

Durante mi búsqueda de no madres con las que pudiera identificarme me topé con esta colega. Por casualidad aterricé en un foro digital en el que una internauta, al hilo de una conversación sobre la trayectoria periodística de Mendizábal, le espetaba lo siguiente:

—¿Nunca piensas que a lo mejor serías más feliz criando a cinco o seis churumbeles y dedicando tu vida a ellos?

Estupidez a la que ella respondió:

—No, si pensara así lo estaría haciendo. Pero no creas, yo tengo una vida aunque no tenga hijos.

En cuanto leí esa estocada, quise tener a Mamen en mi libro.

Hemos quedado un miércoles de septiembre en una terraza del barrio de Salamanca, porque hasta hace dos días había treinta y pico grados en Madrid, así que ambas hemos supuesto que nuestra cita se desarrollaría sobre el asfalto caliente. Pero el otoño ha llegado sin avisar y hoy ha amanecido fresco y además hay una ligera llovizna, por tanto descartamos la terraza y nos refugiamos en el interior del local, sentadas frente a dos tazas de té a una gran mesa de madera que compartimos con otros clientes. Por un instante temo que a Mamen le incomode hablar de un asunto tan íntimo teniendo a varios desconocidos al lado, pero ella no parece inmutarse. Habla con el mismo tono alto y firme que le he escuchado en la tele, sonrío mucho, juguetea con su collar de cuentas y se expresa de manera muy clara, sin titubear ni una sola vez. En varias ocasiones he leído que esta periodista ha alcanzado el éxito tan joven debido a su condición de *tía buena* (qué afortunados los hombres, que pueden ser atractivos e inteligentes al mismo tiempo...), pero al escucharla me doy cuenta de que me encuentro frente a una comunicadora nata, incluso sin guiones de por medio.

Mamen me confiesa que su actual pareja, un conocido locutor de radio, le ha comentado al enterarse de que iba a tener lugar esta entrevista: *¿De verdad te vas a enredar en eso, tú que defiendes tanto tu vida privada que no permites ni que nos saquen juntos en una foto?* Sí, se va a enredar, porque cree que «hay que hacer un poco de pedagogía para que nos dejen de juzgar y de hacer preguntas impertinentes a las que no somos madres». Otra más que se sube al barco, bravo. Y eso que Mamen no ha cerrado definitivamente la puerta a la maternidad; lo que pasa es que por ahora no siente el anhelo de optar por ese camino y está cansada de que la cuestionen por ello. «La vida da

muchas vueltas y hay mujeres que atraviesan distintas fases: primero quieren ser madres, luego no quieren... En mi caso, entiendo un hijo dentro de una pareja. Y cuando se pasa lo que yo llamo la *inercia* (es decir, esa edad en la que *toca* tenerlo), lo que ocurre es que te paras a observar a tus amigas madres, te das cuenta de lo que significa tener un hijo realmente y te lo piensas mucho más», analiza. Su momento de *inercia* le llegó en torno a los 30 años, cuando estaba casada: la edad y el estado civil ideales para formar una familia, cómo iba a negarse... «Pero entonces me ofrecieron presentar *59 segundos* y, en vez de verlo como un problema de cara a mis planes de maternidad, me lo tomé como una buena excusa: *Uy, pues ahora no puedo...* En realidad nunca he querido ser madre a toda costa, era más un deseo de mi exmarido. De hecho, cuando nos separamos (tras cinco años de matrimonio y once de relación) y llegó ese instante en el que ya te lo sueltas todo sin paños calientes, él me recriminó que nunca había pretendido de verdad tener hijos, que por una cosa u otra siempre había estado escaqueándome y, para ser honesta, creo que no le faltaba razón...»

Mamen se separó después de vivir una experiencia traumática: el fallecimiento de su madre a los 60 años, hace ahora una década. «Aquello supuso un mazazo para toda la familia. Murió de cáncer y los años previos fueron de muchísima dedicación a ella. Esa enfermedad acarrea un desgaste muy grande. Después de su muerte, tanto mis dos hermanos como yo misma rompimos con nuestras respectivas parejas; creo que de alguna manera aquel proceso se llevó por delante todas nuestras emociones. Ahora ninguno de nosotros tiene hijos, así que mi padre, que a su vez no tiene hermanos, en ocasiones bromea diciendo: *¡Qué va a ser de los Mendizábal!*», relata. «El caso es que de la enfermedad de mi madre he aprendido que la vida es efímera, que hay que disfrutarla como cada uno quiera, que no hay que mirar atrás ni arrepentirse de lo no hecho... Yo no tuve hijos en su día porque en mi

vida se dieron ciertas circunstancias y no forcé la máquina para que las cosas fueran de otra manera. Pues ya está, no pasa nada. Y ahora que he cumplido los 40 y vuelvo a tener pareja no me ha quedado más remedio que plantearme otra vez si quería ser madre, porque claramente hay una exigencia tanto social como médica para que reflexiones sobre ello. Mi conclusión ha sido que ahora no, siendo consciente de que ese *ahora no* podría significar un *no para siempre*. O tal vez dentro de cinco años tenga un hijo, quién sabe, pero de momento no es mi meta ni algo que viva con angustia. Digamos que no lo he descartado totalmente pero tampoco lo busco.»

Aquí está la paradoja: Mamen, como otras mujeres de su tiempo, no siente angustia al contemplar su no maternidad y sin embargo hay un ejército de personas empeñadas en generársela. Es uno de los peajes que hay que pagar al abandonar la treintena; a mí también me ha tocado, entiendo muy bien a qué se refiere con estas palabras: «Fíjate que he superado mis propias expectativas vitales; al hacer balance a mis 40 años me doy cuenta de lo amuebladita que tengo la cabeza, lo tranquilo que está mi corazón, la gente buena que me acompaña, lo claras que tengo las cosas en el trabajo... ¡hasta me veo más mona que cuando era más joven!», enumera riendo. «Es decir, vivo una época de plenitud y, sin embargo, lo que más he oído durante este año en el que me he convertido en cuarentañera es *todavía estás a tiempo de tener un hijo*. Como si a pesar de todo lo que he conseguido aún estuviera a medio hacer. ¿Pues sabes qué te digo? Que me declaro en rebeldía ante toda esa gente que te marca el camino que debes seguir sin tener ni idea del que ya has recorrido. En el tema de las mujeres y los hijos hay muchísimo machismo, indiscreción y osadía. Estoy harta de preguntas impertinentes y de prejuicios.» Me cuenta que respecto a ella incluso llegó a circular un bulo según el cual no tenía hijos... porque era lesbiana. Hay que ver: lo mismo se decía de Coco Chanel, Katharine Hepburn y Oriana Fallaci; parece que hay cosas que nunca cambian.

«Todavía hoy se identifica la no maternidad o bien con el fracaso o con una sexualidad diferente o con una ambición profesional extrema. Por eso cuando te preguntan por qué no tienes hijos lo que pretenden es descubrir cuál es tu *anomalía*», resume.

La periodista introduce un factor en el que yo no había caído: esas que te juzgan, curiosamente, son en su mayoría mujeres de tu misma generación. «El tono condescendiente no lo suelo escuchar en boca de las que son mayores que yo. Son las de nuestra edad que tienen hijos las que por alguna extraña razón quieren que seas como ellas. Y si no estás en su club ni pretendes estarlo, te excluyen. A mí me gusta la vida que he construido; me gusta de verdad. Creo que conformar una existencia en la que encuentres plenitud emocional, laboral y social es un reto enorme. Probablemente formar una familia sea un reto aún mayor, de acuerdo, pero los hijos absorben tanta energía que hacen que eludamos preguntas importantes sobre nosotros mismos, provocan que te quedes en un segundo plano, y yo a mí me quiero tener en el primer plano.»

Mamen asume que si su condición de no madre acaba siendo definitiva se perderá algunas experiencias preciosas. Como «la ternura que percibes en tus amigas cuando abrazan a sus bebés», dibuja. O ese milagro de contemplar cómo los genes se van transmitiendo de una generación a otra: «Según me voy haciendo mayor, cada vez me parezco más físicamente a mi madre. Para mis hermanos soy como su reencarnación, y eso es algo muy bonito que probablemente a mí no me va a ocurrir con una hija...». Porque en la estación en la que se encuentra ahora mismo únicamente hay dos trenes, y sólo es posible adquirir billete para uno u otro, el del sí o el del no. Y ella, digan lo que digan los demás, por ahora prefiere subirse al segundo: «Hay que reivindicar la vida elegida, incluso con las incoherencias de esa elección».

Después de dos horas de charla nos despedimos. «A ver si consigo sacar el libro adelante», le comento tras darle las gracias por su testimonio. «Claro

que lo lograrás. Y si no, ¡nos habrá servido de terapia!», responde ella entre risas. Luego se pone seria y me deja un último apunte: «¿Te das cuenta de que esta conversación que hoy hemos mantenido tú y yo habría sido digna de un par de locas hace veinte años? Aunque sigan existiendo tabúes e ideas preconcebidas, ahora al menos podemos tener la discusión de si una mujer desea o no tener hijos». Luego sale zumbando hacia la redacción de La Sexta. Yo me quedo mirando cómo atraviesa la puerta y me entran ganas de comentarle al camarero que hace falta mucho más que un micrófono que se esfuma a los 59 segundos para evitar que Mamen Mendizábal diga lo que piensa.

Carmen Ruiz

(Madrid, 1974)

ACTRIZ

La decidida

Cuando escribo estas líneas, en el teatro Marquina de Madrid un rótulo luminoso anuncia la representación de *Bajo terapia*, una chispeante obra sobre los problemas de pareja dirigida por Daniel Veronese. Los tres personajes femeninos los interpretan Melani Olivares, Manuela Velasco y Carmen Ruiz, todas ellas actrices curtidas en series televisivas de tirón (las hemos visto, por ejemplo, en *Aída*, *Velvet* y *Yo soy Bea*, respectivamente). Un jueves de principios de septiembre, tres horas antes de que comience la función de las ocho y media, me siento a charlar con Carmen, quien en los diálogos de *Bajo terapia* menciona a su hijo de ocho años pero en la vida real no es madre ni tiene ningún interés en asumir esa condición. Me ha citado en una cafetería, a un par de calles del Marquina, en la que sirven zumos a medida; ella pide que añadan jengibre al suyo «porque es bueno para la voz». Ha sido Maribel Verdú la que me ha puesto tras su pista: en un mensaje de voz enviado hace unos días a mi teléfono móvil me contaba que Carmen es una no madre convencida y que su historia podría interesarme. Así que aquí estamos, una al lado de la otra, con nuestros zumos servidos en grandes jarras de cristal con pajita.

A esta actriz le ha ocurrido algo parecido a lo que me sucedió a mí: el testimonio de Maribel la ayudó a encontrarse consigo misma. Carmen, según me confiesa, siempre supo que la maternidad no era lo suyo, pero no se atrevía a verbalizar esa convicción. «Cuando la gente me preguntaba *y tú, ¿cuándo vas a tener hijos?* no mentía, pero sí trataba de ser lo más ambigua posible, con frases del tipo a: *Bueno, ya veremos, todavía no...* Tenía clarísimo que no quería quedarme embarazada pero me daba mucho pudor decirlo en voz alta, porque es una elección que siempre está bajo juicio. Como a las mujeres se nos exige tanto hoy en día y parece que si no damos a luz no estamos completas ni podemos sentirnos realizadas... En ocasiones he llegado a pensar: *¿Será verdad que soy rara? ¿O será verdad que soy una egoísta, como se suele decir de las que no tienen hijos?»*, repasa. «Un día hablé con Maribel sobre todo esto y aquella conversación supuso una gran ayuda para mí, porque ella expresaba sus sentimientos con absoluta naturalidad.» A partir de ahí, Carmen cambió el chip y pronunció con todas sus letras lo que llevaba dentro: NO QUIERO TENER HIJOS. Para describir ese giro de actitud recurre a la expresión *salir del armario*, lo cual provoca que salte en mí una alarma: ¿es posible que vivamos en una sociedad que al fin ha aceptado la homosexualidad pero sigue tachando de antinatural la no maternidad? Pues parece que sí, y mi interlocutora es una de las víctimas de esa cortedad de miras: «Durante muchos años me he avergonzado de sentir lo que sentía», reconoce, como si se estuviera refiriendo a algo terrible digno de persecución, como si hubiera retado a las leyes divinas y también a las humanas.

Para seguir rompiendo los prejuicios, cabe señalar que Carmen no odia a los niños. Al contrario, le encantan: «Me llevo fenomenal con los hijos de mis amigos, porque les trato de igual a igual, siento un gran respeto hacia ellos. Y sería muy feliz si mi hermano y mi cuñada me hicieran tía, aunque yo, a diferencia de los demás, jamás les saco el tema de si van a ponerse a ello o

no». Incluso ha ejercido durante un prolongado periodo de tiempo de madrastra, y además de madrastra buena, no como las de los cuentos. «Tuve una pareja que era padre de un niño. Había acordado la custodia compartida con su ex, de manera que el pequeño convivía una semana con nosotros y otra con su mamá. Mi relación duró desde que el niño tenía dos años y medio hasta que cumplió los seis. Me volqué muchísimo en él; estaba ahí para todo lo que necesitaba, igual que si fuera mío: me preocupaba por sus estudios, su alimentación, su bienestar... Fue una experiencia muy positiva, pero ni siquiera aquello me hizo replantearme mis deseos de no ser madre. Sólo reafirmó lo que ya sabía», recuerda. Desde hace unos meses tiene otra pareja y ambos están de acuerdo en su deseo de no buscar un embarazo. «Compartir mi vida con otra persona me encanta, pero el proyecto de tener un hijo no me llama. No lo necesito.» Está tan segura de que no cambiará de opinión que ha extendido su *salida del armario* al ámbito familiar. «En cierta ocasión les soltaron a unos primos míos lo típico de *y vosotros para cuándo*. Salté defendiendo que no se podía hacer esa pregunta, que era muy delicada. *Yo, por ejemplo, no quiero ser madre*, confesé. Luego miré a mi padre y le dije: *Papá, ¿tú crees que soy peor hija, peor hermana, peor novia, peor mujer por no tener hijos?* Y él, que es un hombre muy tranquilo, me respondió sin inmutarse: *Hija, tú eres extraordinaria, tengas o no hijos*. Tanto a él como a mi madre les encantaría convertirse en abuelos, pero no me juzgan porque ése no sea mi deseo. Los que me miran mal son los de fuera de casa.»

Sin haber llevado nunca a un ser en su vientre, Carmen puede gritar a los cuatro vientos que se siente plena, y eso en parte se lo debe a su trabajo. «Jamás imaginé que podría ganarme la vida haciendo lo que más me gusta», apunta sonriendo, con los ojos brillantes, como si me estuviera hablando de un amor que tras muchas idas y venidas finalmente es correspondido. «Mi profesión me importa muchísimo, me hace muy feliz. Para mí, el triunfo sería

dejar de trabajar cuando fuera viejecita, cuando ya no me quedaran fuerzas.» Ahora atraviesa un momento dulce porque, además de bandearse en su proyecto teatral, acaba de rodar dos películas, *Villaviciosa de al lado* y *Es por tu bien*. El futuro no le da miedo; no teme morir sin dejar descendencia porque alega que al fin y al cabo ella no es tan importante como para requerir una continuidad. Junto a la interpretación alberga otros sueños, como el de viajar por todo el mundo. Quiere hacer muchísimas cosas; sostiene que «la vida hay que vivirla bien» y por eso no entiende que, a veces, alguna colega le espete, en mitad de un rodaje: *A ver si hoy acabamos pronto, que tengo que ir a recoger al niño al colegio, y darle la merienda, y llevarle a clase de piano... ¡Qué suerte la tuya, que no tienes nada que hacer!* Ante ofensas (probablemente no malintencionadas, pero ofensas al fin y al cabo) de este porte, Carmen antes callaba. Ahora ya no, ahora responde que cada cual disfruta de la suerte que ha elegido libremente. «No me gusta que ninguneen mi vida por la simple razón de que no soy madre. Mi tiempo y mis necesidades valen lo mismo que los de los demás», sentencia. En ocasiones lo que le produce una punzada no es lo que le dicen, sino cómo se lo dicen. «Se te quedan mirando y por su expresión notas que están pensando: *Pobrecilla, lo que le pasa a ésta es que es infértil. O si no: Ésta, como es actriz, lo que quiere es vivir la vida loca.* También me molesta la condescendencia, cuando te comentan con falsa amabilidad eso de *¡si no pasa nada por no tener hijos, mujer!* Pues claro que no pasa nada, ¡cómo va a pasar, si esto es precisamente lo que yo he querido!»

Apuramos lo zumos y Carmen mira el reloj; anuncia que debe ir yendo al teatro porque ha de pasar por el equipo de peluquería y maquillaje antes de subirse al escenario para meterse en la piel de Marta, uno de los personajes que conforman las tres parejas protagonistas de *Bajo terapia*. Por cierto, dos de estos dúos de ficción tienen hijos, el tercero *todavía no* porque aún

atraviesa la fase inicial del noviazgo pero por supuesto que serán padres algún día, según se deduce del diálogo. El papel de mujer no madre no se contempla...

Inka Martí

(Westfalia, Alemania, 1964)

EDITORA, FOTÓGRAFA Y ESCRITORA

La sensitiva

He contactado con Inka Martí porque aún guardo el recorte de una entrevista que concedió en 2013 a *Yo Dona* en la que declaraba que ya de niña supo que jamás daría a luz, así que he pensado que podría resultar interesante tirar de ese hilo. Pero ahora, mientras preparo nuestro encuentro, me siento algo intranquila, porque en realidad no sé muy bien con quién me he citado: ¿con aquella chica glamurosa, peinada a lo Veronica Lake, que salía en el programa de la tele *Peligrosamente juntas* cuando yo era pequeña? ¿Con la inalcanzable condesa de Siruela, a quien las revistas del corazón etiquetaron hace no mucho como *la nuera discola* de la Duquesa de Alba? ¿Con la bohemia que vive casi recluida junto a su marido, Jacobo Fitz-James Stuart y Martínez de Irujo, en una masía del Ampurdán desde la cual ambos guían los pasos de Atalanta, una editorial *independiente, campestre, artesanal y cibernética*, según se describe en su web? ¿Con la escritora que firma delicados libros para niños, con la fotógrafa que se inspira en sus propios sueños...?

Llego a un local de moda en Madrid unos minutos antes de la hora acordada, la una de la tarde. Cuando pido una mesa, la camarera me informa sin una pizca de amabilidad de que no hay sitio porque todo está reservado

para comer. Echo un vistazo al espacio desierto y, con cara de pocos amigos, vuelvo a posar la mirada sobre mi interlocutora. *¿Es que alguien come en España antes de las dos? ¿No puedo ocupar una de las decenas de mesas vacías y abandonarla cuando lleguen los comensales?*, le pregunto malhumorada. En ésas estamos cuando Inka atraviesa la puerta; le hago un gesto para identificarme y le pongo al corriente del pequeño conflicto que tengo entre manos. Ella, conciliadora, se dirige a la camarera con su voz dulce y antes de que me dé cuenta ambas estamos sentadas a la mesa más agradable del local, con un rayo de sol apuntando sobre nuestras cabezas a través del cristal en este día cálido de finales de septiembre. «Esto de los restaurantes es como lo de la maternidad. Si la regla indica que no se pueden ocupar las mesas que están reservadas para comer, hay que echarle paciencia para tratar de cambiar las normas», bromea. A juzgar por su actitud cercana y su aspecto informal (melena rubia suelta, rostro sin apenas maquillar, zapatillas deportivas, camisa y pantalones negros), por ahora me encaja más con la editora bohemia y la fotógrafa soñadora que con la condesa inaccesible o la presentadora rompecorazones.

Inka pide un café con leche para despejarse («esta mañana me he despertado a las seis, dándole vueltas a la cabeza, porque tengo un montón de asuntos de trabajo pendientes») y me confirma que, efectivamente, eso de la maternidad nunca ha ido con ella: «Desde que tengo uso de razón, siempre he dicho que no tendría hijos. De pequeña solía comentar que, como mucho, adoptaría a un niño africano. No me preguntes de dónde sacaba esas ideas, pero las tenía muy claras. Como creo en la parte invisible de la vida, pienso que quizá mi deseo de no ser madre es algo muy profundo que pertenece a mis propias raíces, que forma parte de mi ADN». Su primera pareja estable fue el productor musical Gay Mercader, a quien tampoco le seducía el plan de reproducirse, de modo que en ese sentido todo fluyó sin problemas:

abandonaron sus respectivas vidas entre focos y se mudaron juntos al campo. Pero diez años después la relación se rompió y a Inka le asaltó una duda: «Cuando nos separamos yo tenía unos 38 o 39 años, la edad en la que el famoso reloj biológico se pone a funcionar, no tanto porque tú lo sientas así sino porque la sociedad te repite constantemente que está llegando tu momento. Sabía que tarde o temprano tendría otra pareja y me preguntaba: *¿Y si ese hombre quiere tener hijos? ¡No me va a quedar otra que convertirme en madre!* Sufrí una especie de crisis interna por esa cuestión». Sin embargo, quien finalmente llegó a su vida fue Jacobo, que ya había criado a dos hijos por aquel entonces adolescentes (Brianda y Jacobo, fruto de su matrimonio con María Eugenia Fernández de Castro) y en cuyos planes no entraba seguir multiplicando su estirpe. El aristócrata y la exmodelo se casaron en Venecia en 2003. «Encontrarme con Jacobo, que no quería tener más hijos, fue una lotería para mí, porque podía formar una pareja sin abandonar mis deseos de no maternidad», admite.

Llegadas a este punto, trato de sacudirla con la pregunta del millón: «¿Nunca te has arrepentido de la vida que elegiste?». «No, eso es lo interesante», responde. «No puedo arrepentirme de no haber sido madre porque la libertad forma parte del arquetipo de la mujer salvaje, que es con el que yo me identifico. De pequeña nunca jugaba a *los papás y las mamás*, sino que saltaba por la ventana de la casa de mis abuelos, de madrugada, y me escapaba a jugar con la naturaleza. Yo necesito ser libre, no puedo responsabilizarme de una criatura que requeriría el 90 por ciento de mi tiempo. Para mí son esenciales el silencio y la vida interior, que son dos cosas que un niño no permite, porque pide acción. No me identifico con la mujer casera, la maternal, y no digo que sea peor que la otra, pero no encaja conmigo.» Inka huye del papel de madre y sin embargo adora el de tía, que pone en práctica con las dos hijas de su única hermana. «Creo que es una

función muy bonita. Es que yo me llevo muy bien con los niños, por eso he escrito dos cuentos infantiles; también con los animales tengo mucha afinidad, ya de pequeña me seguían los perros abandonados y he salvado a muchos. Lo que no me gustan son los bebés, porque no consigo comunicarme con ellos. Por ejemplo, Jacobo ahora tiene nietos y la verdad es que son encantadores, pero cuando vienen a casa me los quedo mirando sin saber muy bien qué hacer... Necesito que cumplan 8 o 9 años para entablar contacto», reconoce. A veces, su marido la mira y lamenta, entre fingidos suspiros: *Qué pena que no hayamos tenido una hija tú y yo... ¡Habría sido tan guapa!* «Y yo le respondo que sí, que habría sido guapísima, pero que entonces nuestra relación no habría durado casi nada», concluye ella riendo.

Un matrimonio sin hijos, apunta, puede ser una bendición. «En la vida todo tiene sus pros y sus contras. Ya conocemos los pros de ser madre, porque la gente no se cansa de repetirlos, pero lo que no se menciona nunca son las maravillas de no serlo, como por ejemplo la absoluta libertad de la que disfrutas como individuo. Puedes buscar tu trascendencia en otro tipo de trabajos, de labores, de funciones para la comunidad», argumenta. Ella vuelca sus cuidados en los libros de Atalanta, y también en un proyecto ecológico que está desarrollando con Jacobo en Salamanca. «No ser madre no comporta una vida menos plena, simplemente es una vida distinta. Renunciar a tener hijos no es ninguna rareza. Eso es algo que debemos decirles a las chicas jóvenes, porque necesitan referentes para tomar la decisión correcta. Parece que las mujeres aún no hemos dado el paso de aceptar que tener hijos no es imprescindible, que sólo es una narración que proviene desde nuestro ser más primitivo. A diferencia de los animales, los seres humanos tenemos poder de decisión y voluntad; se nos ha dado el regalo de elegir si queremos ser padres o no, porque es tan adecuado serlo como no serlo.» Para apuntalar sus argumentos, me invita a detenerme en la mitología. «Por un lado tenemos la

del arquetipo no maternal: hadas, musas, ninfas, brujas, amazonas, sacerdotisas, magas, diosas como Atenea, Perséfone, Ártemis o Ariadna en su laberinto, todas ellas dadoras de vida en un plano creativo e inmaterial (en forma de arte, música, mundos ocultos, literatura...). Y luego están las dadoras de vida material, que son arquetipos de amor, como la Virgen, Isis o Deméter.» Nunca me lo había planteado de esa manera, pero la verdad es que no me parece tan mala idea unirme al club de las hadas y las magas...

En la negativa de Inka a convertirse en madre también hay un factor de responsabilidad. «Ya desde muy joven he tenido conciencia ecológica, incluso cuando aún no podía imaginar lo que ya sabemos ahora: el cambio climático, la crisis migratoria y el exceso de población no invitan a traer más niños al mundo, sino a trabajar en un cambio de paradigma. Creo que la función de las mujeres y su instinto maternal es primordial para llevar a cabo este gran cambio. Al fin y al cabo, recuperar la tierra que habitamos también es un acto de amor.» Ella ha acabado descartando aquella idea de la infancia de adoptar porque en un momento dado se dio cuenta de que «se trataría de desenraizar a un ser de un lugar para trasladarlo a otro totalmente diferente». Y resulta que es de las pocas mujeres que he entrevistado para este libro que no se han sentido demasiado juzgadas por su elección. Su madre, una psicóloga alemana muy feminista, siempre entendió sus razones. Su entorno, artístico y bohemio, tampoco se echó las manos a la cabeza ante su negativa a procrear. «Sólo mi suegra me veía como un bicho raro, con ella sí que noté un poco de presión...», desvela. «¿Cayetana, la Duquesa de Alba, la mujer que se saltaba a la torera todos los prejuicios, hasta el punto de que se atrevió a casarse a los 85 años con un hombre mucho más joven que ella?», le planteo sorprendida. «Cayetana era muy libre, sí, pero no olvides que tuvo seis hijos. A ella le encantaban los bebés», responde. «Además, en su caso creo que esta incompreensión se debía a un tema generacional: para ella era muy difícil

entender que yo no sufría ningún problema físico, que sencillamente no quería tener hijos. Me preguntaba una y otra vez: *Pero ¿por qué? ¡Qué rara!*» Hubo alguien más que no entendió de qué iba el asunto: las revistas del corazón. «Recuerdo una vez que había engordado un poco y algún paparazzi me perseguía instigado por esa posibilidad. Enseguida se corrió el rumor de que esperaba un bebé; lo viví con mucho aburrimiento porque no me apetecía ponerme a explicar de manera pública que no estaba embarazada pero tampoco era estéril, que sencillamente no tenía ninguna gana de ser madre. Es algo tan personal...»

El restaurante empieza a llenarse. Antes de que ella siga su camino y yo el mío no me resisto a preguntarle a esta mujer tan culta y especial, a esta mezcla de alemana y española que intercala citas de Jung en su discurso, dónde ha dejado a aquella Inka Martí de los ochenta y noventa, la que presentaba *Un verano tal cual* junto a Isabel Gemio, la que ejerció como maestra de ceremonias en la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona 92, la que se coronó como *it girl* antes de que el propio término existiera. Sacude la mano como si todo aquello perteneciera a otra vida. «En la tele lo pasaba muy mal. Era muy tímida, y de hecho lo sigo siendo. Fue una época interesante porque entrevistábamos a personajes que me fascinaban, pero luego todo cambió; cuando empezaron las cadenas privadas en España supe que eso ya no era para mí. Soy hipersensitiva, no llevo bien el ruido ni el exceso de emociones», razona. Ya en la calle, espera a un taxi en la acera, rodeada de un tráfico denso, con los cláxones sonando aquí y allá. Ahora está pasando unos días en la capital, pero pronto regresará a su masía catalana, a reencontrarse con su faceta preferida, la de la mujer salvaje, libre: con la Inka que registra en un cuaderno los sueños que anidan en su mente cuando se queda dormida.

Paula Vázquez

(Ferrol, 1974)

PRESENTADORA DE TELEVISIÓN

La independiente

Mi presentación ante Paula Vázquez no puede ser más triunfal: por culpa de un atasco en Gran Vía llego veinte minutos tarde al restaurante en el que me ha citado y, cuando al fin me aproximo a la mesa en la que me está esperando pacientemente, tropiezo y el camarero me caza al vuelo para que no me caiga, lo cual deriva en una cadena de movimientos bastante ridículos por parte de mi salvador y por la mía propia. Intuyo que Paula ha elegido esa mesa porque está al fondo del restaurante y así puede preservar su privacidad —después de tanto tiempo trabajando en la tele, todo el mundo reconoce su cara—, pero yo he montado tal escándalo con mi traspie que ahora el comedor al completo está dirigiendo la vista hacia el rincón en el que nos encontramos... Menos mal que ella se lo toma con humor y se ríe con ganas ante mi numerito circense, con esa carcajada sonora con la que lleva años ganándose a la audiencia de programas tan conocidos como *El juego del euromillón* (que se emitió entre 1998 y 2001), *La isla de los famosos* (de 2003 a 2005) o *Pekín Exprés* (2008).

Estamos a principios de noviembre, faltan apenas 48 horas para que la gallega se suba a un avión con destino a Los Ángeles —donde tiene previsto

grabar un nuevo programa para una cadena privada— y ha accedido a comer conmigo antes de coger las maletas y desaparecer del mapa por una buena temporada. Dejo que elija los entrantes («¿te gustan las patatas bravas?, ¿ensalada de tomate?»), me pregunta tras echar un rápido vistazo a la carta) y le pido que me cuente su historia de no maternidad. «Hace años, mi discurso era el típico de *me casaré y tendré niños, un perro y una piscina*. Pero el tiempo fue pasando y no he hecho nada de eso, aunque sí he hecho otras muchas cosas con las que no contaba que me han llenado un montón», resume a modo de aperitivo. Y es que la vida casi nunca es como la habíamos planeado. Paula sufrió un embarazo ectópico (el feto quedó alojado en una de las trompas de Falopio) a los 36 años. «Llegué al hospital desangrándome y muy asustada porque no tenía ni idea de lo que me estaba pasando. Para tranquilizarme, me dieron un Valium y me quedé adormilada. Al despertar, oí que un médico le decía a otro: *El problema de este tipo de embarazos...* Me llevé las manos a la cabeza y pensé: *¿Embarazada? ¡Mierda!* Tenía un novio estupendo, pero ni habíamos hablado del tema ni a mí me apetecía tener un bebé ni era el momento adecuado.» Entonces le explicaron la situación real: debían extraerle el feto y tenía altas probabilidades de quedarse estéril. «Volví a pensar: *¿Estéril? ¡Mierda!* Luego me decía a mí misma: *¿En qué quedamos, Paula? ¿Quieres o no quieres tener hijos?* Pues no lo sabía, lo único que sabía era que yo había salido bien de fábrica y no quería que eso cambiase. Digamos que no quería perder mi virtud.»

Lo pasó mal. Ese aborto espontáneo provocó que perdiera mucho peso y no hizo falta más para que la implacable maquinaria del cotilleo se pusiera en marcha. «Iba al supermercado a comprar mi arrozcito y mis manzanas, las pocas cosas que podía comer porque tenía el cuerpo del revés y me habían recomendado una dieta blanda, y no me quedaba más remedio que aguantar que las señoras me dijeran en la cola de la caja: *¡A ti te daba yo un cocido!* O

peor aún: *¡Así están las niñas ahora, anoréxicas perdidas por culpa de las que salís en la tele!*» Paula callaba, porque en esos momentos estaba presentando el programa *Fama, ¡a bailar!* y no le apetecía aparecer en los titulares dando pábulo a una cuestión tan delicada.

Después de esa experiencia no tuvo más remedio que plantearse seriamente la maternidad... o la no maternidad. «Me dijeron que si quería tener un bebé debería recurrir a la fecundación artificial, porque por los medios naturales era muy probable que tuviera otro embarazo ectópico y mi vida correría peligro. Además, una de mis trompas había explotado y en la otra ya había sufrido una infección por otros motivos», relata. Entonces tiró por el camino del medio: congeló sus óvulos para posponer su decisión. En el momento en el que supo que contaba con esa prórroga, el reloj biológico dejó de acosarla y pudo respirar tranquila. «Me relajé un montón: ya no tenía que buscar al padre ideal. El tiempo fue pasando y ahora que tengo 42 años me doy cuenta de que estoy muy bien así. He aprendido que ser madre no es obligatorio, porque mi vida va a estar igualmente completa. Creo que lo que me ocurrió fue que la palabra “estéril” me había dejado en shock, porque yo quería poder elegir. Y ahora que puedo elegir no creo que llegue a utilizar mis óvulos, la verdad.» Qué bien la entiendo: pienso que a mí me ocurrió algo parecido, que lo que me producía dolor no era tanto el hecho de no tener hijos como la imposibilidad de tomar esa decisión por mí misma, de poder caminar libremente hacia el sí o el no. Paula cree que el mundo está lleno de mujeres que dudan, como ella y como yo, acerca de esta cuestión tan crucial. Por eso, el mensaje que lanza a las chicas más jóvenes que nosotras es que congelen sus óvulos, por lo que pueda pasar. «Si luego se dan cuenta de que quieren usarlos, adelante. Si por el contrario deciden que la maternidad no es lo suyo, perfecto, no hace falta utilizarlos», plantea. Ambas opciones, añade, tienen sus ventajas. «Yo pienso en la palabra *maternidad* y se me viene a la mente la imagen de un hogar.

Pienso en el término *no maternidad* y veo la bola del mundo», cuenta mientras termina el risotto que ha pedido tras los entrantes.

En lo referente a los tópicos que hacen que las mujeres nos sintamos mal, ella está doblemente señalada, por un lado debido a su condición de no madre y por otro por ser una mujer sin pareja estable en el momento en el que charlamos. «A veces siento cierto complejo, porque los medios de comunicación nos muestran siempre esa imagen ideal de la familia y sin embargo yo vivo sola. He tenido parejas que han querido ser padres y siempre les decía que no, que tenía mucho trabajo. Reconozco que en ocasiones me entra el bajón y me pregunto si me habré equivocado por haber dado siempre prioridad a mi carrera, pero luego llego a la conclusión de que no, que he hecho las cosas bien, porque ni la pareja ni los hijos te garantizan la felicidad», analiza. Además, está rodeada de amigas solteras sin cargas familiares con las que viaja sin parar, y cree que ya es hora de mostrar públicamente otros modelos de mujer. «Lo que más me gusta de mi vida es lo independiente que soy, no sólo en el plano económico sino también en el espiritual. Tengo un alma muy libre y reivindicativa; hago y digo siempre lo que quiero. Me puedo permitir no ser un ejemplo para nadie y eso me gusta muchísimo. No dudo que la maternidad sea una maravilla, pero a mí me hacen feliz otras cosas.»

La carrera de Paula ha estado guiada por un referente que, casualidad o no, también es una mujer sin hijos: Mayra Gómez Kemp, la presentadora de *Un, dos, tres*, aquel mítico programa que Chicho Ibáñez Serrador se sacó de la manga para deleite de quienes vivimos nuestra infancia en los años ochenta. «De pequeña veía a Mayra en la tele y decía: *Quiero ser presentadora*. En aquella época no había mujeres que condujeran ellas solas los programas. Vale, aparecían algunas como Laura Valenzuela, pero siempre tenían a un señor a su lado al que no podían hacer demasiada sombra... Mayra fue una

excepción, y lo que más me gustaba de ella es que creó su propio estilo, sin necesidad de imitar a ningún hombre», relata sonriendo. «Ahora que lo pienso, Mayra lleva toda la vida con su marido, los dos solos sin hijos, y se los ve tan enamorados... Es que yo siempre he pensado que los niños a menudo rompen las parejas.»

Paula tiene un hermano veinte meses mayor que ella. Él tampoco se plantea reproducirse. Sí tiene un niño su hermanastra, y la presentadora es consciente de lo diferente que va a ser su vida, que lo está siendo ya. «Es algo precioso, sí, pero a mí de momento no me compensa», subraya. Intento dar un paso más allá y la sitúo en su propio futuro: «Y cuando tú ya no estés, ¿qué quedará de Paula Vázquez?», le cuestiono. Me responde con mucho sentido del humor que el planeta no se pierde gran cosa por el hecho de que no vaya a quedar una copia suya cuando muera. «No molo tanto», alega riendo. Claro que hay quien opina distinto: cuando nos encaminamos hacia la salida, el camarero que antes ha evitado que yo me rompiera la crisma le pregunta si le importa hacerse una foto con él. Me despido y salgo a la calle mientras él, emocionado, posa junto a este ejemplar único de mujer.

Almudena Fernández

(Benavente, Zamora, 1977)

MODELO

La soñadora

Las que fuimos adolescentes en los noventa llevábamos la carpeta de los apuntes forrada con fotos de Cindy Crawford, Elle McPherson, Claudia Schiffer, Naomi Campbell, Linda Evangelista, Stephanie Seymour, Helena Christensen y Christy Turlington. Si a lo largo de las décadas anteriores las maniqués habían sido mujeres más o menos anónimas, meras perchas sobre las que exhibir la ropa de marca, con Cindy y las demás llegó una nueva generación de profesionales cuyos nombres y apellidos las niñas de medio mundo podíamos recitar de corrido, porque ellas no eran simples modelos: eran supermodelos. Aprovechando esa ola, la revista *Elle* lanzó en varios países The Look of The Year, un concurso para seleccionar los rostros llamados a tomar el testigo de aquellas diosas. A Almudena Fernández le contó una amiga del instituto, entre clase y clase, que ese certamen estaba en marcha, así que nada más sonar el timbre que anunciaba el fin de la jornada escolar ambas se fueron corriendo a casa, se maquillaron como puercas, se hicieron unas cuantas fotos sin filtro alguno (era la época pre-Instagram) y las enviaron a la redacción de la cabecera en Madrid. Tres semanas más tarde, Almudena recibió una carta en la que le anunciaban que había sido elegida.

Tenía 16 años. Empezó a hacer trabajos en España y después dio el salto a Milán. Luego todo vino rodado: mudanzas a París y Nueva York; campañas para Cartier, Carolina Herrera o Givenchy; portadas en *Marie Claire*, *Harper's Bazaar*, *Cosmopolitan*... «Yo procedía de una familia humilde y era hija de padres separados. La moda me permitió crear mi propia realidad y descubrir quién era al margen de las circunstancias que me habían sido dadas», rememora.

Estamos en un estudio fotográfico en Madrid; es el primer día del último mes del año. Almudena acaba de posar para la cámara con la seguridad de quien lleva haciéndolo más de media vida. Aunque hace ya unos meses que cumplió los 39, sigue teniendo un cuerpo y una cara más propios de una veinteañera que de una mujer de su edad, y esa sensación de juventud se acentúa al escucharla, porque su voz es muy dulce, como de niña pequeña. En cierto modo, esta sesión fotográfica que acaba de realizar antes de sentarse a charlar conmigo es su relanzamiento en el mundo de la moda: llevaba cuatro años alejada de los focos para concentrar sus energías en el que califica como el proyecto más bonito de su vida, la ONG Kind Surf. A través de esta organización, la top model enseña a niños con discapacidades físicas e intelectuales o en riesgo de exclusión social a disfrutar del mar. «Antes había colaborado con organizaciones solidarias asimismo vinculadas con el medio ambiente, como Oceana, Greenpeace o The Climate Project. Un día, mientras estaba surfeando, me pregunté: *¿Y si monto mi propia ONG para trasladar mi pasión por el mar a aquellos que no tienen una vida tan fácil como la mía?*», recuerda. Cuando pisó otra vez la arena, con el neopreno empapado, la idea ya había empezado a tomar forma en su cabeza.

Kind Surf nació oficialmente en 2012; en el momento en el que charlamos, unos ochocientos niños se han metido en el agua de la mano de Almudena y su equipo, que en parte está integrado por surfistas profesionales, entre ellos el

novio de la modelo, el campeón Aritz Aranburu. «Cuando estás sobre la tabla, puedes variar la dirección de la misma con un simple movimiento de cabeza. Para los niños que dependen de una silla de ruedas, ese momento es el único en el que pueden decidir por ellos mismos hacia dónde van», explica, para concluir que «el mar nos iguala a todos». Se le ilumina la cara cuando habla de su organización. «¡Es que Kind Surf es mi bebé!», asegura sonriendo. «Fíjate si lo veo así que no he podido retomar mi carrera de modelo hasta que la ONG echó a andar sola, porque los primeros años eran como los de un niño, que necesitan toda tu atención...»

El símil tiene su gracia viniendo de una (por ahora) no madre. Almudena Fernández nunca ha dado a luz, pero de todas mis entrevistadas es la que deja las puertas más abiertas a esa posibilidad. «Quizá en el futuro tenga un hijo», susurra. La palabra *futuro*, relacionada con la maternidad, suena un tanto inconsciente en boca de una mujer a la que le queda menos de un año para inaugurar la cuarta década de su existencia, pero ella no está dispuesta a que el entorno, ni tampoco la biología, marquen sus tiempos. «Sé que mi manera de pensar va en contra de todas las leyes, las sociales y las médicas, pero siempre he tenido muy claro que, si decidiera reproducirme, sería después de los 40, que es la edad a la que creo que empiezas a ser una persona realmente sólida. Mi madre se estrenó en la maternidad recién cumplidos los 20 años y por culpa de eso se perdió un montón cosas. A mí me dio mucha libertad para que yo viviera lo que ella no había podido, para que me sintiera completa y no tuviera ninguna limitación, y eso es lo que he hecho. A lo mejor estoy loca, pero pienso que de aquí a los 50 todavía me queda muchísimo tiempo para dar a luz...», remata antes de soltar una carcajada que retumba en el estudio vacío.

«¿Y qué pasa si después de los 40 decides que sí, que quieres ser madre, y entonces descubres que ya no te quedan óvulos con la calidad suficiente para conseguirlo?», le planteo, metiéndome en el papel de un molesto Pepito

Grillo. «Pues no pasaría nada. Si cuando me ponga a ello no puedo, eso significará que no tenía que ser. Y que a los 30 tampoco habría podido ser madre. Si no soy capaz después de los 40, que es cuando voy a estar en mi máximo desarrollo, ¿cómo iba a quedarme embarazada diez años antes? Estoy convencida de que entonces mi naturaleza habría dicho que no, porque en aquella etapa yo estaba enfocada en otras cosas. Mira, a mí me gustaría probar la maternidad como un proyecto más de vida, pero no siento que sea algo indispensable para sentirme completa. Ser madre es otra cosa más, no es *la* cosa, no te da un grado más como persona. No creo que tenga más importancia que desarrollar una carrera como modelo o poner en marcha una ONG. Opino que la maternidad hoy en día está sobrevalorada, que hemos elevado esta circunstancia a una condición casi divina. Cada vez hay más mujeres que piensan que, como han sido madres, ya han cumplido en la vida. Pues no. Tener hijos no te salva de todos los pecados del universo.»

A Almudena le gustan los niños. Me recuerda a Rosa Montero en que, igual que la escritora, ella cree que las personas sin descendencia nunca se desatan del niño que todos hemos sido, como si la carencia de hijos se compensara de esta manera. La modelo tiene dos sobrinos: Andrea, de 12 años, y Álvaro, de 7. «¿Sabes cómo me llama él? La Tita Graciosa. Me ve como si fuera una de los suyos, porque salto y juego como sus amigos. A veces me doy cuenta de que quienes han sido padres pierden la flexibilidad y la frescura que tenían antes, es como si abandonaran al niño que llevaban dentro...» Si alguna vez llega a tener un hijo, Almudena se ha prometido a sí misma que hará todo lo posible por no olvidar esa parte más infantil. También tiene claro que no interrumpiría su vida —los viajes para acompañar a Aritz en los campeonatos de surf, sus propias campañas publicitarias a un lado y otro del mundo...— ni sería infiel a su propia esencia. «A veces hablo de esto con Vanesa, porque somos de la misma generación y sentimos mucho cariño la una por la otra»,

cuenta, refiriéndose a la top model catalana Vanesa Lorenzo, que tiene dos niñas con su pareja, el futbolista Carles Pujol. «Ella me dice que la maternidad es bonita pero dura, que nunca hay que abandonarse, que es importante seguir trabajando para no perder tu identidad.»

Es increíble lo poco que le angustia a Almudena, aun estando en el centro de todas las miradas, esa frase tan estúpida y repetida de que se le podría *pasar el arroz* como no tome una decisión pronto. «Cuando te hablan tanto del reloj biológico, parece que éste se acaba incorporando a ti, pero yo me niego a que eso ocurra. Si nunca he sufrido esos miedos, ¿por qué hay quien trata de transmitírmelos? La presión a la que pretenden someternos es brutal», plantea. E insiste una vez más en que «ser madre no es mandatorio». Además, como me ha contado al principio de nuestra conversación, al fin y al cabo ella ya tiene su propio bebé, llamado Kind Surf, un proyecto de vida al que ha dedicado todas sus ilusiones. «Pase lo que pase, yo sé que el día que me muera me iré de este mundo con las palabras que me dedicó esa madre al ver a su hijo con parálisis cerebral sobre la tabla, y con las lágrimas que le vi a ese padre mientras esperaba en la arena a que acabáramos el cursillo, y con esos abrazos que me acabó dando un niño autista que al principio ni siquiera se atrevía a acercarse a mí.»

Dice Almudena, a propósito de las personas que eligen su propio camino, también en lo relacionado con la maternidad, que «la riqueza está en ser distinto a los demás». Yo llevaba muchos años viendo en sus fotos que ella era una persona diferente, infinitamente más guapa que el común de los mortales. Pero después de pasarme más de dos horas charlando con ella me he dado cuenta de que su faceta más extraordinaria es la que se ve cuando la cámara ya no la enfoca.

Sandra Ibarra

(República Dominicana, 1974)

EXMODELO Y PRESIDENTA DE LA FUNDACIÓN SANDRA
IBARRA DE SOLIDARIDAD FRENTE AL CÁNCER

La protectora

Hasta ahora he hablado con mujeres para quienes la maternidad, aun buscándola en ciertos casos, nunca ha sido algo prioritario. Pero ¿qué ocurre cuando eso que llaman instinto maternal late con fuerza dentro de ti y no puedes cumplir tus deseos por razones médicas? ¿Es posible construir igualmente una vida plena? Éstas son las principales preguntas que llevo anotadas en mi cabeza cuando me dirijo a Pozuelo de Alarcón, a las afueras de Madrid, para encontrarme con Sandra Ibarra en su oficina unos días antes de Nochebuena. La exmodelo y filántropa llega a la cita acompañada por un precioso perro gris que le ha regalado hace unos meses su pareja, el periodista Juan Ramón Lucas, para celebrar su duodécimo aniversario juntos. Aunque su tamaño engaña, Zen todavía es un cachorro y tiene ganas de jugar, de modo que en cuanto me ve se abalanza sobre mí y me araña la cara con sus pezuñas. Sandra logra que se calme y mientras le acaricia me cuenta que están realizando todo tipo de pruebas al animal, porque han detectado que a veces, cuando corre, se le paralizan las patas de atrás. «Claro, ¡a mí no me podía tocar un perro sano!», comenta riendo. Y es que hace más de veinte años que esta mujer nacida en República Dominicana y criada en la localidad

vallisoletana de Medina del Campo mantiene contacto con la enfermedad, primero por experimentarla en sus propias carnes y después por involucrarse en el proceso de curación de otros.

En 1995, Sandra se dedicaba a lo mismo que yo y que tantas otras chicas de nuestra edad: salir, viajar y asistir a clases en la universidad; en su caso estaba matriculada en la carrera de Publicidad y Relaciones Públicas. Además, por aquel entonces ella ya hacía sus pinitos como modelo y se iba forjando un futuro prometedor en las pasarelas. Pero empezó a encontrarse mal, inusualmente agotada, y después de deambular por varias consultas médicas recibió un diagnóstico tan brutal que no le quedó más remedio que paralizar su vida entera. Tenía cáncer. O más exactamente «leucemia linfoblástica aguda». Le trasplantaron médula ósea de su hermano César, se recuperó y siete años más tarde sufrió una recaída. Vuelta a empezar. Fue un proceso largo y doloroso; por el camino aprendió algunas lecciones prácticas, como la de que la lata azul de Nivea hidrata como ninguna otra crema la piel agredida por la quimioterapia y que la Coca-Cola (batida, para quitarle el gas) ataja las arcadas que produce el tratamiento. También se fue dando cuenta de otras cuestiones más profundas, por ejemplo que todavía queda mucho trabajo por hacer en relación al cáncer, no sólo en lo que atañe a elevar las cifras de curación sino además respecto a informar de sus efectos secundarios, tanto físicos como emocionales. Uno de ellos, del que apenas se habla, es la infertilidad, con la que Sandra ha tenido que lidiar en primera persona: cuando recibió radiación no le protegieron los ovarios y ése es el motivo por el que hoy aún no ha podido cumplir su sueño de dar a luz.

«Me resultó muy duro comprender que nadie me había advertido de que podía congelar mis óvulos antes de someterme a los tratamientos. Quiero pensar que, como todo esto sucedió hace más de veinte años, en la *prehistoria* del cáncer, los médicos entonces sólo pensaban en salvar vidas, pero ahora ya

no deberían pasar estas cosas, que al fin y al cabo son evitables», argumenta. Por eso, uno de los objetivos de su ONG, la Fundación Sandra Ibarra de Solidaridad Frente al Cáncer, es desarrollar un protocolo en los hospitales para que se informe claramente a los pacientes más jóvenes acerca de la posibilidad de congelar los óvulos o el semen antes de afrontar el plan de acción contra el tumor. «Y luego que cada cual decida si prefiere congelar o no, pero que al menos tengan la posibilidad de elegir ellos mismos, no las circunstancias», apunta. Precisamente fueron las circunstancias las que condujeron a Sandra a asumir una no maternidad obligatoria; al escucharla, percibo que ella habría sido una madre de libro. «Me apasionan los bebés. Siento atracción por ellos, se me cae la baba al verlos. Fíjate si tengo mano que, si un niño no se duerme, yo lo cojo en brazos y lo consigo...», presume.

«Y entonces ¿has renunciado definitivamente a tener un hijo? Porque ya sabemos que existen otros medios para conseguirlo aparte del embarazo natural...», le pregunto. «Cada vez lo veo más definitivo, sí. Juan Ramón y yo estuvimos en una clínica de fertilidad y me planteé someterme a una estimulación ovárica, pero en mi caso podría ser contraproducente. Aunque todavía no disponemos de mucha doctrina al respecto, cabe la posibilidad de que se despierten cosas que no se deberían despertar... ¿Merece la pena volver a pasar por esas incertidumbres, machacar mi cuerpo una vez más? Creo que no. Es cierto que también tenemos la alternativa de la adopción, pero es que en España no es fácil llevar adelante el proceso, sobre todo con antecedentes de cáncer. Y por otro lado Juan Ramón ya tiene tres hijos y yo además cuento con dos sobrinos, los hijos de una de mis hermanas. Uno de ellos, Javier, es mi ahijado. Él es mi niño.»

Cuando menciona a Javier, a Sandra se le quiebra la voz, y de pronto esta mujer tan fuerte me resulta extremadamente frágil. Me quedo con la grabadora suspendida en el aire, sin saber muy bien cómo reaccionar ante sus lágrimas, y

le suelto sin pensarlo demasiado que la entiendo. Pero es simple palabrería, cómo voy a entenderla, si cuando yo me pasaba días y días vagando por las consultas médicas sintiéndome la más desgraciada del mundo no me estaba jugando la vida, como sí le ocurrió a ella, no una vez sino dos. «Mi ahijado era un bebé en la época en que recibí el diagnóstico. En mi cama del hospital me preguntaba si le vería crecer y ahora mide 1,80», rememora. Y vuelve a llorar. «Me pregunto qué se sentirá siendo madre, si siendo tía ya tengo esto dentro», añade en un tono de voz tan bajo que apenas puedo oírla. Se levanta de la silla para coger un pañuelo de papel de su escritorio, en el que reposa una foto en blanco y negro de su pareja cuando era niño, además de algunos retratos en color de los hijos de éste. «Les quiero como si fueran míos. Me he implicado totalmente en su educación», me explica señalando las imágenes.

Pese a la dureza de las pruebas por las que ha tenido que transitar, Sandra asegura que al hacer balance de su vida le salen *las cuentas de la felicidad* (así se titula un libro que publicó hace unos años contando su experiencia personal con el cáncer): «Sería injusto no reconocer que soy una privilegiada. A veces me digo que tal vez no tengo hijos porque eso ya sería pedirle demasiado a la vida: ¡a mí se me han concedido dos milagros! Soy la única que sobrevivió de mi planta del hospital... Cuando me hicieron el primer trasplante de médula habría firmado por encontrarme como estoy hoy, así que voy a disfrutarlo. El hecho de no ser madre no puede convertirse en un lastre. Siempre he sentido que iba corriendo detrás de la vida, porque la sociedad te marca los tiempos en los que supuestamente tienes que echarte novio, casarte, dar a luz... y cuando mis amigas iban cumpliendo todas esas etapas yo sin embargo estaba ingresada». Añade: «He aprendido a encajarlo, a ser feliz sin hijos. Aquella niña que llegó con 17 años de Medina del Campo a Madrid, perdida como Paco Martínez Soria, ha cumplido muchos sueños. Vale que nunca soñé con que tendría cáncer, pero hoy sé lo que es cenar con Antonio

Gala, pasarme por casa de Joaquín Sabina para escuchar un disco o sentarme a hablar de filosofía con Emilio Lledó. En mi vida han ocurrido cosas maravillosas». Por eso ni siquiera pone mala cara cuando en las entrevistas le plantean sin descanso cuándo va a casarse y en qué momento piensa tener un hijo. «Son dos preguntas recurrentes. Confieso que he sentido mucha presión por parte de los medios. Algún día tendré que plantarme y decir: *Mira, no tengo niños y ya está. No me lo volváis a preguntar nunca más, por favor.*»

Suena el teléfono. Es Juan Ramón, que acaba de llegar a casa y se ha asustado al no encontrar a Zen. «Perdona, cariño, se me ha olvidado avisarte, ha venido conmigo a la entrevista», le tranquiliza Sandra. Después de colgar me cuenta que, desde que tienen el perro, ella y su novio pasean más que nunca por un bosque cercano a su casa, y mientras caminan hablan y hablan arreglando el mundo. «Nos conocimos charlando y ya nunca hemos dejado de hacerlo. A veces nos preguntamos cómo sería un hijo de los dos, fruto de este amor tan fuerte que sentimos el uno por el otro. Pero una pareja de verdad es la que se quiere independientemente de que tenga hijos o no...», concluye.

Antes de despedirme le pido que me dedique un ejemplar de *Las cuentas de la felicidad* que he traído conmigo. Junto a su firma dibuja dos equis y un corazón (los mismos símbolos que componen el logo de su marca de ropa solidaria, Kiss & Fly Solidary), y sobre ellos escribe:

Querida María:

Espero que disfrutes con tu libro tanto como yo. Gracias por contar conmigo. Nos vemos en la presentación.

Con una agenda tan complicada como la suya, repleta de actos sociales, ni siquiera se me había pasado por la cabeza pedirle que me arropase en la puesta de largo de *No madres*, pero ella ya lo ha dado por hecho. Debe de ser

cierto eso que dicen por ahí, que cuando Sandra Ibarra se implica en una causa, lo hace de verdad.

Olvido Gara (Alaska)

(Ciudad de México, 1963)

CANTANTE

La rompedora

A veces pienso que el hecho de no tener hijos te concede el superpoder de ser eternamente joven, porque cuando una mujer se convierte en madre es como si se situara de manera automática un par de generaciones más atrás, como si esa nueva y enorme responsabilidad le cayera encima en forma de años extra. No me refiero a cuestiones físicas, sino más bien a un estado mental. Hoy he quedado con Olvido Gara en un hotel de la Gran Vía madrileña y en cuanto se acerca a mí me reafirmo en esa teoría de la eterna juventud. Olvido Gara es Alaska —casi parece innecesario aclararlo—, la que salía en el programa *La bola de cristal* y cantaba aquello de *A quién le importa* en los ochenta; la que lanzó su primer disco con Fangoria en los noventa; la que fue jurado de *Lluvia de estrellas* en el 2000; la que forma parte de ese grupo de gente a la que llamamos *famosos* desde que yo tengo uso de razón; la que sigue siendo sinónimo de modernidad por mucho que pasen las décadas. He conseguido una cita con ella a través de Mario Vaquerizo, su marido y representante, y llega puntual al encuentro, este martes de principios de enero, vestida con una cazadora y un pantalón negro, una camiseta diseñada por su amigo David Delfín y, en vez de bolso, una pequeña mochila con un dibujo de Hello Kitty

impreso en la lona. Da dos besos al camarero («este hotel es como mi oficina», me explica), pide un té americano, se acomoda en un sofá a unos palmos de mí y comienza su relato.

«No me recuerdo pensando de pequeña: “Voy a tener niños”. Es algo que, simplemente, no me planteaba, igual que no se me pasaba por la cabeza... yo qué sé... mudarme a Moscú», cuenta. «Soy hija única por parte de mi madre. Aunque he tenido hermanastros por parte de mi padre, nunca llegué a convivir con ellos; mantenemos una relación cordial, pero siempre me he criado como hija única. Fui muy deseada: mi madre llegó a pensar que no podía tener hijos, porque jamás puso medios para no quedarse embarazada y la única vez que ocurrió fue cuando me concibió a mí. A mi abuela, sin embargo, no le gustaban los niños, y eso que se ocupó de mi madre, del hijo de su marido y luego de mí, pero si hubiera podido elegir seguramente nunca habría sido madre. El caso es que, con esos modelos que tenía en casa, yo simplemente no me planteaba la maternidad.» Hasta que cumplió los 32 y esa posibilidad le asaltó por primera vez. «Por aquel entonces estaba con un tío estupendo, que me encantaba. Y recordé que tanto mi madre como mi abuela habían dado a luz precisamente a los 32, así que me pregunté: “¿Quiero tener un niño?”. Tuve un cuestionamiento profundo de la maternidad y la respuesta fue “no”.» Fin de la duda.

Cuatro años más tarde empezó a salir con Mario; se casaron a los dos meses de conocerse, en Las Vegas, aunque al principio cada uno siguió viviendo en su propia casa. La sombra de la maternidad no volvió a rondarle a Olvido hasta que se vio en el precipicio de los 40, esa edad que marca un antes y un después en la vida de toda mujer. «Volví a cuestionármelo, a pensar: “Qué buen padre sería este tío”. Porque sí, Mario habría sido muy consentidor y malcriador, pero muy buen padre al fin y al cabo. Esa vez hubo un diálogo entre los dos, no fue un planteamiento sólo por mi parte», comenta. Alguien

que se quede en la superficie de la imagen que proyectan Alaska y Mario podría concluir que esta pareja toma las decisiones a la ligera, pero nada más lejos de la realidad. No, al menos, en lo que respecta a reproducirse. «Llegamos a hacer una lista de las razones por las cuales no debíamos tener hijos: él es once años más joven que yo, nos gusta mucho nuestra vida, queremos viajar, yo tengo la intención de seguir yendo de concierto con Fangoria, él no está dispuesto a dejar de tocar con las Nancys Rubias... Una amiga a la que expusimos nuestros motivos nos dijo: “Si nuestros padres se lo hubieran pensado tanto, ninguno de nosotros habríamos nacido”. Yo le respondí que no habría pasado nada si no hubiéramos nacido. No creo que llegue una edad en la que toca tener hijos, lo que toca es planteártelo, para decidir si quieres o no quieres.»

En el momento en que enfrento a Alaska a mi grabadora ella ya ha cumplido los 53 y asegura que no se ha arrepentido de su decisión «ni un solo segundo». Pero, como persona tolerante que es, en absoluto quiere hacer campaña a favor de su modo de vida: «No se trata de vender que lo mío es lo mejor, simplemente es lo que yo he decidido y para mí es buenísimo». Ay, si las talibanes de la maternidad tomaran nota... Y eso que hay algo que la cantante echa de menos: poder experimentar un embarazo en carne propia. «Eso sí que me da rabia perdérmelo. Debe de ser muy total sentir al niño dentro de ti, compartir esa cosa mística.»

«¿Y qué más te has perdido por no tener hijos?», le pregunto. Piensa unos segundos, esboza una media sonrisa y responde que nada. «He ganado tanta libertad... Traer al mundo a una criatura que depende de ti es una responsabilidad absoluta. A mí me gustan los niños, pero de otra manera, como una amigota. Eso no es ser madre. Ser madre significa que hay que educarlo, hay que ir al colegio a hablar con los profesores, hay que relacionarse con los padres de los otros niños... *(pone cara de horror).*»

«Y tengo entendido que también hay que estar en el grupo de WhatsApp de la clase para enterarte de qué deberes les han puesto», añadió. «¿Qué me dices? ¡Pero si yo ni siquiera tengo WhatsApp! ¿Lo ves? ¡Habría sido una madre alienada!»

Bromas aparte, Alaska no ha querido tener hijos, sobre todo, porque cree que ese papel podría haberle sobrepasado. «Hasta los 30 años he sido una persona muy miedosa. Con esto quiero decir que le tenía miedo a la vida. Ahora ya no, pero eso me ha hecho darme cuenta de que yo sería una madre sufridora. Siempre estaría pensando que a mi hijo le va a pasar lo peor, y no quiero vivir eso.» Además, tiene otras muchas aspiraciones. «¿Sabes que estoy haciendo Historia? Me matriculo todos los años, como quien va a misa. Y luego, por culpa de mi trabajo, nunca me da tiempo a presentarme a los exámenes. Me han cambiado de plan de estudios y ahora estoy en el Bolonia... ¡a mi edad! ¡Es ridículo! Si te soy sincera, me haría más ilusión acabar mi carrera de una vez que tener un hijo. Te lo digo de verdad.» Aparte de sus estudios está su otra gran aspiración, claro, su trayectoria como actriz, cantante, presentadora y lo que se tercié dentro del mundo del espectáculo. «En algún debate de televisión me han tachado de egoísta por dar prioridad a mi trabajo antes que a tener hijos. Y yo he respondido que sí, que pienso en mí, por supuesto, porque si yo no estoy bien, ¿qué podría darle a ese ser? Es que no puedo asegurar que vaya a estar bien si dejo mi carrera», argumenta. Contraataca alegando que cabe la opción de compaginar la maternidad con un desarrollo profesional. «Sí, lo han hecho las grandes, como Lola (Flores) o Rocío (Jurado), pero porque tenían en casa a sus maridos, que fueron quienes realmente se ocuparon de la prole. Lo que pasa es que yo no sería capaz de hacer lo que hicieron ellas: si tengo un hijo, sé que no me atrevería a irme tres meses a México de gira, y como lo que realmente quiero es irme de gira, que para eso me lo llevo currando toda la vida, ¡pues mejor que no tenga niños!»

Únicamente los tiene en la vida virtual. En su cuenta de Instagram ha creado una serie graciosísima bajo el hastag #LosHijosQuePudeTener. En esa galería de descendientes ficticios ha incluido a Damien, el demoniaco niño de la película de terror *La profecía*; Olive, la regordeta protagonista de *Pequeña Miss Sunshine*; Matilda, la niña superdotada que da nombre a un cuento infantil luego reconvertido en película... «Me encantan las niñas listas. Siempre he pensado que si hubiera dado a luz, habría tenido a una tipo Lisa Simpson. Me la imagino siempre con un libro en la mano y acompañándome a los museos. Porque todos hacemos una idealización de nuestros posibles hijos, pero luego llega la realidad y resulta que te sale un *hooligan* del Real Madrid», concluye entre risas, dejando salir su alma de atlética. A renglón seguido me cuenta que en la comedia musical *El amor sigue en el aire*, en la que han actuado Mario y ella misma, el personaje interpretado por Manuel Bandera expone que quiere tener un hijo, y su pareja, a quien da vida Bibiana Fernández, le responde: «Vamos a ver... ¡Todo el mundo quiere tener un bebé, pero nadie quiere tener a un adolescente gritando en el pasillo que te odia!».

Olvido no ha tenido a su Lisa Simpson, pero al menos se ha librado del *hooligan*. Cuando sea anciana asume que estará sola, porque la soledad no sólo no le asusta sino que en determinados momentos la necesita. Y ni siquiera le preocupa pensar que cuando ya no esté aquí no quedará nada detrás de ella, porque es creyente y está convencida de que después de esta vida hay otra.

Me está contando todo esto cuando miro el reloj y me doy cuenta de que he rebasado los cuarenta y cinco minutos de charla que había acordado con Vaquerizo.

«Alaska, antes de despedirnos necesito hacerte una pregunta más.» «¡Claro! Dime...» «¿De verdad te habría gustado tener a Damien como hijo?», le digo. «Es que me parece tan mono... Y si yo fuera su madre biológica, a mí no me mataría, ¿no?»

Las
adelantadas

De jóvenes, las mujeres estamos sometidas a mucha presión; hallar un trabajo, ganar dinero, ser madres. Pero a medida que nos hacemos mayores, nos aclaramos. Nadie habla sobre lo maravilloso que es envejecer, no se trata de tener o no arrugas, sino de encontrar nuestra voz.

ISABELLA ROSSELLINI,
entrevista en *S Moda*, julio de 2016

Soledad Lorenzo, Rosa Montero, Maribel Verdú, Mamen Mendizábal, Carmen Ruiz, Inka Martí, Paula Vázquez, Almudena Fernández, Sandra Ibarra y Olvido Gara me ayudaron a derribar uno de los tópicos asociados a la no maternidad: el de que si no das a luz no puedes disfrutar de una vida plena, nunca serás completamente feliz ni te sentirás del todo realizada. Basta con leer los testimonios de estas mujeres excepcionales para certificar la falsedad de tales sentencias.

Cumplida esa misión, aún tenía pendiente combatir otro cliché que a mí me pesaba de manera especial: el que afirma que cuando no eres madre obligatoriamente pasas por el mundo sin aportar gran cosa, todo se acaba contigo, no hay ningún tipo de continuidad a tu existencia. De repente caí en la cuenta de que las mujeres de otras épocas que suponen una inspiración para mí, es decir, que permanecen vivas en mi mente aunque ya hayan fallecido, no tuvieron hijos. ¿Era una casualidad que yo siempre hubiera sentido una conexión especial precisamente con Coco Chanel, Katharine Hepburn, Oriana Fallaci, Virginia Woolf, Frida Kahlo, Carmen Díez de Rivera y Marilyn Monroe, que nunca se reprodujeron, y no con, por ejemplo, Jacqueline Kennedy o Lauren Bacall, ambas madres de familia numerosa?

Así es como comencé a profundizar en la historia de Coco Chanel, cuyo perfume más redondo, el N.º 5, ocupa desde hace años un lugar de honor en mi cuarto de baño; Katharine Hepburn, la actriz que mejor ha interpretado a Jo March, mi heroína de la infancia; Oriana Fallaci, la periodista con la que soñaba parecerme cuando era universitaria; Virginia Woolf, de quien aprendí

la importancia de contar con una *habitación propia*; Frida Kahlo, cuya estética sigue impregnando todavía hoy las páginas de las revistas de moda en las que he desarrollado la mayor parte de mi carrera profesional; Carmen Díez de Rivera, una de las pocas mujeres que jugaron un papel protagonista durante la Transición, mi etapa preferida de la Historia de España, y Marilyn Monroe, por quien siento una enorme empatía desde que leí que supuestamente padeció endometriosis, la misma enfermedad que a mí me hacía retorcerme de dolor hasta que conocí a la doctora Li, mi acupuntora china.

En *El arte de amar*, el pensador Erich Fromm alega que todos tenemos una necesidad de trascendencia porque no nos podemos aceptar a nosotros mismos como simples criaturas de la Creación, «como un dado arrojado fuera del cubilete». Añade que la mujer adquiere relevancia a través del alumbramiento de un hijo, porque «su amor por él da sentido y significación a su vida», mientras que el varón opta por «la creación de cosas y de ideas». Me gustaría sentar al señor Fromm a charlar un rato con Oriana Fallaci (lo cual me temo que no va a ser posible, porque los dos están muertos) para que la periodista le pusiera los puntos sobre las íes. En cierta ocasión confesó Oriana: «En el colegio era muy buena, porque quería demostrar que las niñas podían ser tan capaces como los niños». Ella, junto a Coco, Katharine, Carmen, Frida, Marilyn y Virginia, fue una adelantada. Al margen de sus deseos de tener hijos o de no tenerlos (de hecho, a algunas de ellas su no maternidad les provocó un gran sufrimiento, supongo que en parte debido a la época que les tocó vivir), todas demostraron con su ejemplo que no es imprescindible ser madre para dejar huella. La suya es imborrable.

Coco Chanel

(Saumur, 1883-París, 1971)

DISEÑADORA DE MODA

Si has nacido sin alas, no hagas nada por impedir que te crezcan.

Un día, cuando era pequeña, me fijé en un elegante frasco de cristal con una etiqueta blanca que mi abuela guardaba en la cómoda de su habitación. Como no había moros en la costa, lo cogí con cuidado, le quité el tapón, lo acerqué a la nariz... y pensé que aquel líquido oscuro era lo másapestoso que había olido nunca. Supongo que todavía no estaba preparada para entender la complejidad del N.º 5 —el primer perfume abstracto de la historia, según aprendí bastantes años después— ni mucho menos para predecir que su creadora, Gabrielle Chanel, iba a ser una de las mujeres que más admiración me despertarían durante mi vida adulta. En parte esto ha sido así porque mi trabajo me ha llevado muchas veces a cruzarme con su sombra.

Durante la primavera de 2012, por ejemplo, la *maison* que lleva su apellido recibió en Venecia a varias decenas de periodistas llegados desde distintos países, y yo tuve la suerte de formar parte de ese grupo que descubrió en primicia el que por aquel entonces era el nuevo aroma de la casa, *Coco Noir*, un perfume barroco con notas de sándalo, vetiver, almizcle, incienso,

vainilla... Junto a mis colegas seguí los pasos de *Mademoiselle* en su primera visita a la ciudad de los canales, allá por 1920, adonde llegó acompañada por su amiga Misia y el marido de ésta, el pintor español José María Sert. En aquel inolvidable viaje de prensa me asombré, tal y como la diseñadora había hecho casi un siglo antes, ante la riqueza de la basílica de San Marcos, los mosaicos bizantinos, el laberinto de calles que esconde un tesoro artístico en cada esquina... «De no haber visitado esta ciudad, Gabrielle no podría haber hecho muchas de las cosas que luego realizó», me contó Jacques Polge —en aquellas fechas perfumista oficial de la casa (hoy lo es su hijo Olivier)— durante la entrevista que me concedió en un decadente palacio con las paredes forradas de negro para la ocasión. *Coco Noir* era el particular tributo de Polge a Venecia, al lugar en el que la francesa recuperó la inspiración y las ganas de vivir tras sufrir uno de los golpes más duros de su existencia.

Chanel nunca tuvo hijos, según la versión oficial. Y quizá no los tuvo porque su gran amor, el empresario inglés y jugador de polo Arthur Capel, más conocido como Boy, falleció en un accidente de tráfico el 22 de diciembre de 1919, cuando tenía 38 años y llevaba once de relación con la diseñadora, que ese verano había cumplido los 36. En el momento de su muerte, Boy estaba casado con la aristócrata Diana Wyndham y ambos eran padres de una niña, pero eso no fue impedimento para que su romance con Gabrielle siguiera adelante. «Nos necesitábamos», declararía la diseñadora muchos años más tarde, rememorando a aquel atractivo hombre moreno de ojos verdes con quien se reunía a escondidas en una villa a las afueras de París. Según relata Justine Picardie, una de sus biógrafas, Coco se negó a asistir al funeral de su amante, aunque sí se desplazó hasta el lugar donde éste había perdido la vida para poder ver con sus propios ojos el coche destrozado, en algún punto comprendido entre el trayecto de París a Cannes. Me la imagino de pie junto al vehículo, con su silueta menuda y sin permitirse derramar una sola lágrima...

«Auntie Coco cayó por un precipicio; se sentía tan rota que podría haber muerto», recuerda en el libro *Chanel íntima* su sobrina-nieta Gabrielle Palasse-Labrunie, hija de André, el vástago que tuvo una de las hermanas de Coco seis años antes de suicidarse. La propia diseñadora comentaría a su amigo Paul Morand, tiempo después de la desgracia: «Al perder a Capel, lo perdí todo». Aunque no fue exactamente así, porque su talento permaneció, y puede decirse que Venecia, la ciudad adonde viajó durante su duelo, salvó a *Mademoiselle*; fue allí donde entró en contacto con Serge Diaghilev, fundador de los Ballets Rusos, y ésa fue su puerta de entrada al mundo del *avant-garde* y a su posterior relación con todos los grandes artistas de la época: Pablo Picasso, Jean Cocteau, Igor Stravinsky, Salvador Dalí... Sólo un año después de aquel viaje, el día 5 del quinto mes de 1921, Chanel presentó en sociedad ese rompedor N.º 5 que seis décadas más tarde yo encontraría sobre la cómoda de mi abuela.

Además de ese perfume tan personal, hoy también me une a ella nuestra mutua condición de no madres. A veces divago con la idea de que Gabrielle tal vez fue una mujer sin hijos, igual que yo, no debido a la muerte prematura de Boy, sino por su incapacidad para concebirlos. Siempre han existido muchas incógnitas en torno a su biografía (en parte alimentadas por ella misma, que a menudo se inventaba su pasado), pero, según Picardie, «el mayor secreto de todos era si Coco se había quedado embarazada o no en el transcurso de su relación con Étienne Balsan», un *playboy* en cuya hacienda, Royallieu, vivió la diseñadora durante seis años, cuando aún era una veinteañera. «Varios de sus amigos creían que sí se había quedado embarazada: algunos especulaban que había tenido un aborto que la dejó infértil, otros que tuvo un bebé a quien declaró como su sobrino en vez de como su hijo [...] Es imposible establecer la verdad de los rumores», explica la biógrafa. El caso es que además de Étienne y Boy hubo otros hombres en la

vida de *Mademoiselle*, pero con ninguno de ellos llegó a tener hijos ni tampoco a casarse. Ni con el gran duque Dimitri Pavlovitch, primo del zar Nicolás II, quien le inspiró para crear otro de sus perfumes míticos, *Cuir de Russie*; ni con el poeta Pierre Reverdy, cuyos escritos tanto admiraba Coco; ni con el ilustrador Paul Iribe, que cayó fulminado por un ataque al corazón mientras jugaba al tenis en La Pausa, la casa de veraneo de la modista...

Parece que lo más cerca que estuvo Gabrielle de contraer matrimonio fue durante su relación con Bendor Grosvenor, duque de Westminster, por aquel entonces el hombre más rico de Gran Bretaña, con quien la diseñadora solía ir a pescar salmones en compañía de Winston Churchill. Palasse-Labrunie, ahijada de Coco y también del duque, recuerda así la relación que ambos mantenían: «Uncle Benny alimentaba su lado más sentimental. Porque a ella le encantaban las historias felices, los cuentos de hadas, las grandes novelas románticas. Era muy soñadora y le gustaban las locuras que él era capaz de cometer. Después del duque, nadie más volverá a enviar a Coco un tren privado para recibirla. En las pequeñas cosas de cada día también se compenetraban a la perfección, pues compartían el mismo gusto por la vida al aire libre y les encantaba caminar juntos, pescar, cazar y navegar. Su entendimiento era tal que, sin duda, se podrían haber casado. Siempre me confesó que le habría encantado casarse con Uncle Benny si hubiera podido concebir un hijo con él. Porque Westminster deseaba ardientemente un heredero, y Coco, por su parte, no veía interés alguno en casarse si no era para fundar una familia».

El duque ya tenía dos hijas, fruto de su fallido matrimonio con Shelagh Cornwallis-West. La pareja también había concebido un varón, pero falleció a los 4 años por culpa de una apendicitis. Con su segunda mujer, Violet Nelson, Bendor tampoco cumplió su sueño de alumbrar un heredero que representara la continuidad de su título. Así que cuando Coco abandonó al pálido Dimitri

para salir con él, probablemente el duque de Westminster se aferraba a la esperanza de que la diseñadora le diera su ansiado varón. Sin embargo, como apunta Picardie, Chanel ya era una mujer cuarentañera y, «a medida que pasaban los años con él, parecía claro que no se iba a quedar embarazada, a pesar de los doctores a quienes había consultado». Existe una leyenda según la cual Bendor le pidió matrimonio y ella le rechazó con una frase que siempre me ha parecido genial: *Ha habido varias duquesas de Westminster, pero sólo hay una Mademoiselle Chanel*. Su sobrina-nieta niega la veracidad de esa anécdota (una lástima) y en cualquier caso el duque acabó entregando su tercer anillo de compromiso a otra mujer, Noelia Ponsonby. Coco se vistió muchas veces de blanco —uno de sus colores preferidos, junto al negro, el rojo y el beis— pero jamás se vistió de novia. «El principal problema de su vida fue el amor. En ese aspecto únicamente conoció desilusiones», interpreta la escritora Edmonde Charles-Roux en uno de sus libros.

Afortunadamente, Chanel no sólo tuvo los arrestos necesarios para deshacerse de los corsés y cambiarlos por pantalones de montar, sino que además demostró que se valía y se sobraba por sí misma para triunfar sin necesidad de convertirse en *señora de*. Es cierto que al principio tanto Étienne Balsan como Boy Capel la ayudaron económicamente para cumplir su sueño de convertirse en diseñadora, pero en cuanto pudo voló sola: quería ser independiente. Lo fue, independiente y visionaria, hasta el punto de alterar el curso de la historia de la moda. A ella le debemos la chaqueta de tweed, las joyas de fantasía mezcladas con perlas auténticas, los zapatos bicolores, la *petite robe noire*, el blazer con botones dorados, el bolso en bandolera, los collares de cadenas, la camelia blanca como accesorio... Y le debemos, por encima de todo, la demostración de que una mujer podía hacer lo que quisiera, ya fuera cortarse el pelo, conducir un coche o dirigir una gran empresa, todos ellos gestos sumamente revolucionarios para su época. Estoy segura de que, si

Chanel hubiera nacido en España el mismo año que yo, hoy habría fulminado el techo de cristal y estaría sentada en el consejo de administración de alguna de las empresas del IBEX 35, mandando callar a sus colegas varones.

Al margen de su poderío en los negocios, me enternece pensar que Coco, que creía en la reencarnación, nunca dejó de confiar en su buena estrella, en su capacidad para construir una biografía a medida totalmente alejada de sus inicios miserables, cuando sólo era una niña abandonada por su padre en un orfanato tras la muerte de su madre por tuberculosis. Y vaya si lo logró: reinventó su destino y se convirtió en leyenda. La mujer que recortaba sus diseños directamente sobre el cuerpo de las modelos porque no sabía dibujar falleció en su apartamento del Ritz un domingo de enero, a los 87 años, dejando tras de sí una biografía tan inspiradora que llegó hasta Broadway, donde una actriz llamada Katharine Hepburn aceptó el reto de interpretar a la inolvidable Chanel.

Katharine Hepburn

(Hartford, Conneticut, 1907 - Old Saybrook, Connecticut,
2003)

ACTRIZ

La muerte será un gran alivio: no más entrevistas.

Ojalá pudiera teletransportarme a diciembre de 1969 y dirigir mis pasos hacia las puertas del teatro de Broadway en el que se estrenó el musical *Coco*, con la gran Hepburn como protagonista. Aunque entonces Chanel aún vivía (había cumplido 86 años, frente a los 62 de Katharine) y tenía previsto volar de París a Nueva York para asistir a la función, finalmente tuvo que cancelar sus planes, porque sufrió la parálisis repentina de su mano derecha y fue hospitalizada. Una pena: habría sido interesante tener a Kate en el escenario y a Gabrielle en el patio de butacas al mismo tiempo, ya que en cierto modo representaban las dos caras de la misma moneda. Ambas eran perfeccionistas, geniales, arrogantes, solitarias, irónicas... y nunca les importó que las criticasen por llevar ropa que a menudo parecía sacada del armario de un hombre. Además, las dos tuvieron que afrontar en no pocos momentos de su vida los cotilleos sobre su supuesto lesbianismo. Cecil Beaton, director artístico del musical, charló sobre este tema con Hepburn. «Ha habido rumores sobre mí, porque tengo muy buenas amigas y llevo pantalones. Oh, se

ha dicho un millón de veces, y de Chanel también; ella ha tenido esa reputación», le comentó un día, entre ensayo y ensayo, la actriz a Beaton.

Lo cierto es que Katharine, como Coco, mantuvo relaciones con varios hombres, y en su caso incluso llegó a casarse en una ocasión: en 1928 contrajo matrimonio con su amigo Ludlow Ogden Smith, aunque poco después le dejó plantado en Nueva York para largarse a probar suerte en Hollywood. «Me casé con un ángel. Me ayudó a dar los primeros pasos en el mundo y me dio libertad. Yo le adoraba, pero diría que tuvo mala suerte. Le rompí el corazón y le gasté el dinero», declararía una sincera y divertidísima Hepburn, ya anciana, en una entrevista emitida en televisión. En 1934, ella misma le pidió el divorcio a Luddy. «Fui realista. Si eres una mujer egocéntrica y quieres tener un gran éxito, no atormentes a un pobre hombre», subrayó en un documental sobre su vida. A su extraordinaria biografía también hay que añadir los romances con su agente, Leland Hayward, y con los directores de cine George Stevens y John Ford. Algunos se lo trabajaron mucho para conquistarla: en 1936, el aviador, productor y reconocido *playboy* Howard Hughes hizo aterrizar su avioneta en una playa en la que Katharine estaba comiendo junto a Cary Grant, durante la pausa de un rodaje, con el único objetivo de impresionarla. Parece que el truco del aterrizaje forzoso funcionó, porque ahí comenzó otra historia de amor. «Los dos buscábamos emociones fuertes. A mí me gustaba ir de acá para allá, y Howard siempre estaba a punto para la aventura», le contó la propia Kate a su amigo y biógrafo A. Scott Berg. «Creo que realmente estaba enamorado de mí, y realmente le gustaba estar conmigo. Pero, con toda sinceridad, ¿qué clase de matrimonio habría sido el nuestro? Yo estaba intentando rehacer mi carrera. Sólo pensaba en mí misma. Y aunque mi carrera hubiera estado pasando por otra fase, no creo que me hubiera casado con él. Yo siempre le hablé claro al respecto. Pero Howard simplemente no me escuchaba.»

Así era ella con los hombres: no estaba dispuesta a que dictaran su destino. Sin duda, en el carácter de Katharine pesó el ejemplo de su madre, que aunque sí tuvo un largo matrimonio y alumbró a seis hijos —el mayor de ellos, Tom, se ahorcó a los 15 años, en lo que fue el mayor drama vivido por los Hepburn—, era una reconocida defensora de los derechos femeninos: se convirtió en la presidenta de la Asociación de Mujeres Sufragistas de Connecticut y entabló una estrecha amistad con Margaret Sanger, fundadora de la Liga Americana para el Control de la Natalidad. A Kit Houghton, esposa del doctor Tom Hepburn, no le hacía demasiada gracia el deseo de su hija de triunfar como actriz, pero la apoyó porque pensaba que, al menos, de esa manera podría librarse de una previsible vida entre pañales y cacerolas. Ni siquiera la criticó cuando, de niña, la pequeña Katie se rapó el pelo y pidió que la llamasen Jimmy porque le avergonzaba ser una chica. «Creo que nací en el año perfecto: llegaron los pantalones, los tacones bajos y las mujeres sin pelos en la lengua», resumió la actriz en una entrevista emitida en los años noventa en una cadena americana. A Dick Cavett, otro de sus entrevistadores, le confesó que había hecho todo lo posible por vivir como un hombre. Por eso uno de sus papeles preferidos fue el de mi querida Jo March, el personaje de la novela *Mujercitas*, de Louise May Alcott, con el que yo tanto me identificaba de pequeña, igual que le ocurrió a Katharine. «Mi personalidad era la suya», relataría la actriz refiriéndose a Jo, aquella aspirante a escritora poco interesada en formar una familia.

El feminismo de Hepburn quedó patente en la manera de conducir su carrera; en su primer contrato para una productora de la meca del cine, por ejemplo, negoció un sueldo que triplicaba el que solían ofrecer a las actrices debutantes. «Nunca se me ocurrió que yo fuera un ciudadano de segunda fila en Hollywood ni que las mujeres tuvieran que serlo», argumentó. El problema es que Katharine, tan segura de sí misma y tan luchadora, se cruzó con su

particular Boy Capel y, al igual que le había ocurrido a Coco, se enamoró de un hombre que destapaba su faceta más vulnerable. Spencer Tracy fue la única persona por la que estuvo dispuesta a sacrificarlo todo. Se conocieron en la década de los cuarenta y no volvieron a perderse de vista nunca más. Cuando se encontraron por primera vez, él (que le sacaba siete años) ya había aparecido en decenas de películas y había ganado dos Oscar; ella opinaba que era el mejor actor que había existido nunca y sentía una incontrolable atracción por su aspecto rudo. Compartieron cartel en *La mujer del año* y saltaron chispas. «Spencer era tan constante y yo tan volátil que nos exasperábamos el uno al otro. Y nos retábamos, y eso era lo divertido. Pero la verdad es que creo que simplemente estábamos guapísimos juntos», comentó Hepburn en relación a la química que ambos desprendían en la pantalla. De esta forma se convirtieron en una de las parejas más icónicas de la historia del cine, en la ficción y también en la realidad. Y eso que Spencer estaba casado y era padre de dos hijos, pero vivía separado de su familia. Tampoco compartió techo con Katharine, salvo en la última etapa de su vida, cuando ya estaba enfermo. Nunca llegaban juntos a los actos públicos y ella tuvo que soportar más de una actitud humillante: según le confesó a su biógrafo, Tracy le pegó en una ocasión, aunque añadió que estaba demasiado borracho como para poder disculparse al día siguiente. A él le perdonaba incluso las faltas más inadmisibles... «Por primera vez comprendí que era más importante amar que ser amada», se justificaba la actriz en una entrevista, años más tarde, al rememorar su inusual relación.

Con una postura similar a la que había adoptado Coco con Boy Capel, Katharine no quiso asistir al funeral de Spencer y prefirió mantenerse en un discreto segundo plano. Fue en el momento de la muerte del actor, en 1967, cuando habló por primera vez con la mujer de éste, en un intento desesperado por ondear la bandera blanca, pero en cambio tuvo que tragarse una puñalada

legendaria:

—Pensé que eras un rumor —le espetó Louise Tracy.

El *rumor* había protagonizado nada menos que nueve películas junto al marido de Louise. En la última de ellas, la celeberrima *Adivina quién viene esta noche*, el personaje interpretado por él, Matt Drayton, pronuncia un emotivo discurso en relación al deseo de su hija de casarse con un hombre de raza negra. Dice:

—Lo único que importa es lo que ellos sienten, y cuánto siente el uno por el otro.

Entonces mira a su mujer, Christina Drayton, y añade:

—Y si es la mitad de lo que sentíamos nosotros, no hay más que hablar.

Hay quien sostiene que en esa escena no es Matt quien le habla a Christina, sino que Spencer se estaba dirigiendo directamente a Katharine. Tal vez sólo ellos comprendían su manera de quererse... «El amor significa interés total», reflexionó Hepburn en un documental. «E interés total significa que, si las cosas se complican con el objeto de tu amor y no está de acuerdo contigo, cambias de posición y te adaptas para que funcione. La razón por la que muy pocas personas se enamoran realmente es que no están dispuestas a pagar el precio.»

Si algo tuvo claro Hepburn en su vida fue su lealtad hacia Spencer Tracy. Eso, y su deseo de no tener hijos, ni con él ni con nadie. «Yo sabía cómo era la vida y sabía que los niños son un incordio y por eso los evité. No tuve hijos por elección», defendió ante la periodista Diane Sawyer. En el libro *Recordando a Kate* abunda en el porqué de su no maternidad con gran sentido del humor: «Habría sido una madre terrible, porque básicamente soy un ser humano muy egoísta. Aunque eso no ha impedido que la mayoría de la gente haya tenido hijos...». Las talibanes de la maternidad se harán cruces al leer esto otro que dijo Katharine, y que a mí personalmente me hace muchísima

gracia:

—Pongamos que tengo un niño pequeño y son las siete de la tarde y el pequeño Johnny o la pequeña Janey de pronto resulta que está con treinta y nueve grados de fiebre. Y esa noche tengo a mil doscientas personas esperando para verme en el Saint James Theatre. Algunas personas han tardado meses en conseguir las entradas, y algunas han reunido una cantidad de dinero que en realidad no pueden permitirse gastar y han contratado a una canguro para poder disfrutar de su noche especial de ese año. Y ahora al pequeño Johnny o a la pequeña Janey le duele algo y no para de gritar. Y a mí no me cabe duda de lo que tengo que hacer: ¡entraría en la habitación, cogería una almohada y asfixiaría a ese niño adorable! Soy terrible. Pero soy lo bastante lista para saber que soy terrible. Y por eso no he tenido hijos.

Tanta genialidad no podía pasar desapercibida a los integrantes de la Academia del Cine americana, que la premiaron con un Oscar en cuatro ocasiones (una cifra que sólo han alcanzado talentos como Woody Allen y Clint Eastwood, y que de momento no ha logrado ninguna otra actriz) y la nominaron por su trabajo en nada menos que doce películas. Claro que Katharine jamás se dignó a acudir a la gala para recoger las estatuillas... «¿Por qué no voy a los premios de la Academia? Debe de ser porque tengo miedo de perder, ¿no?», explicó alegremente en una entrevista cuando le preguntaron acerca de sus sonados desplantes a la institución. Por todo esto, por su enorme talento y su éxito en la pantalla, ha pasado a la historia, aunque el legado que yo le agradezco más es el de haber transformado a Jo March en una mujer de carne y hueso.

Mi admirada Kate Hepburn, la actriz de pómulos marcados y cuerpo atlético a la que le encantaba bañarse en las aguas del océano Atlántico incluso cuando nevaba a todo trapo, murió a los 96 años. Había pasado su último cuarto de siglo en su refugio preferido, su casa de campo de

Connecticut, en cuya entrada había colocado un gran cartel con la siguiente inscripción pintada a mano: *Please go away* (por favor márchese). A unos doscientos kilómetros de allí, y más o menos en la época en la que ella dejaba el mundo, una periodista por aquel entonces enfrascada en la redacción de uno de sus libros superventas pegaba en el timbre de su casa neoyorquina un post-it en el que había escrito exactamente las mismas palabras, aunque en su caso prescindió del educado *please*. Se llamaba Oriana Fallaci y tenía fama de ser una persona con muy malas pulgas.

Oriana Fallaci

(Florencia, 1929-2006)

PERIODISTA Y ESCRITORA

Yo no soy antipática. La vida es antipática conmigo.

He de admitir que mis *adelantadas*, que en tantos aspectos me resultan admirables, despiertan cierto enfado en mí cuando examino con detenimiento a los hombres a los que convirtieron en objeto de su amor más profundo, y las renunciadas que asumieron sin que probablemente ellos las merecieran. Boy Capel estaba loco por Gabrielle, sí, pero en vez de casarse con ella lo hizo con Diana Wyndham por la canallesca razón de que ésta era hija de un lord y eso le colocaba en una posición social que de ninguna manera podía garantizarle un matrimonio con una modista salida de la nada, por mucha gracia que tuviera para confeccionar sombreros. Y Spencer Tracy bebía los vientos por Katharine, de acuerdo, pero nunca se atrevió a divorciarse de su humillada mujer, Louise, aduciendo que esa alternativa le generaba problemas de conciencia debido a su arraigado catolicismo, lo cual, que me perdone el espíritu de Spencer, me parece de una jeta descomunal. Oriana Fallaci, la periodista más temida de todos los tiempos (hasta Henry Kissinger dejó escrito en sus memorias que acceder a ser entrevistado por la italiana había sido la peor decisión de su vida) tampoco consiguió que su gran amor,

François Pelou —quien dirigía la delegación de France Presse en Vietnam cuando se conocieron— lo dejara todo por ella, a pesar de que les unían muchos valores, como el amor por el periodismo y el afán por combatir las injusticias. «Quería que me divorciara de mi mujer y yo le repetía que valía más mi palabra de fidelidad que un mero acto administrativo. Ella quería realmente una familia, hijos. Creía en el símbolo de la alianza en el dedo», relata el propio Pelou a Cristina De Stefano en el libro *La corresponsal*. A favor de Oriana debo argumentar que, a diferencia de Coco y Katharine, ella no se conformó con ser *la otra* y cortó por lo sano en cuanto vio claro que lo suyo con François no tenía futuro. «Él había decidido que no se divorciaría, así que hice un paquete con las cartas que nos habíamos intercambiado y se las envié a su mujer. Amén. No volvimos a vernos. Jamás», rememoró en cierta ocasión la Fallaci, que nunca fue muy ducha en el arte de perdonar y olvidar los agravios.

Tras su relación fallida con Pelou, Oriana conoció a Alekos Panagoulis, líder de la resistencia al régimen militar griego, y él sí le entregó un anillo de brillantes, aunque sin boda de por medio, porque lo que importaba era el símbolo. Mantuvieron una relación tormentosa, ya que a Alekos le seguían persiguiendo los fantasmas después de haber pasado cinco años encarcelado, sufriendo las más deleznable torturas. Ella escribió:

Demasiado a menudo en aquellos catorce meses de vida en común me había agotado por tu desierto, aliviando tu soledad sin disminuir la mía; demasiado a menudo el personaje al que amaba se había desmenuzado en otros personajes, en ocasiones para recomponerse en un individuo inexplicable e irreconocible.

La historia se acabó cuando el héroe griego falleció, en 1976, a bordo de un

coche de color verde que le había regalado ella (Oriana siempre sostuvo que no se había tratado de un mero accidente, sino de un asesinato por motivos políticos). Tras el fallecimiento de Alekos, Fallaci le dedicó un libro magistral, titulado *Un hombre*, en el que le dice:

Ya no podía concebir la vida sin ti. Formabas parte de ella como mi respiración, mis manos y mi cerebro, y renunciar a ti era renunciar a mí misma, a mis sueños que eran tus sueños, a tus ilusiones que eran mis ilusiones, a tus esperanzas que eran mis esperanzas.

A pesar de la intensidad de estas líneas, Cristina De Stefano opina que la pasión de Oriana en realidad no era para tanto, que, al perder a Panagoulis, se dedicó a reinventar su figura. «Tras su muerte podía quererlo mucho más. Después de haberlo entregado a la leyenda, podía convertirlo en el amor de su vida», arguye la biógrafa. El tercero en discordia, François, interpreta el libro dedicado a Alekos como un sutilísimo ajuste de cuentas con su persona: «Siempre he pensado que Oriana quiso vengarse de mí con ese título, que el mismo constituye una suerte de revancha. Como si hubiera querido decirme: *¿Ves?, éste sí que es un hombre*. Creo que lo hizo para provocarme», sostiene.

Yo desconocía estos amores y desamores de la Fallaci cuando la descubrí, allá por el año 1993, durante mi primer curso como estudiante de Periodismo en Pamplona. Según me acercaba al final de la carrera, mi sueño, cada vez más nítido, no consistía en llegar a ser madre algún día, como les ocurría a mis compañeras de piso, sino que yo soñaba con llegar a ser Oriana. Si hoy pudiera citarme con ella en el más allá para entrevistarla, no dudo que en un primer momento me trataría con desprecio, haciendo gala de su legendario mal carácter —al fin y al cabo, yo he desarrollado una cómoda carrera en revistas femeninas, mientras que ella fue una valiente entrevistadora capaz de tirar su

chador en la mismísima cara del ayatolá Jomeini—, pero si me diera la oportunidad de hablar unos minutos, si me permitiera romper el muro que siempre levantó en torno a su persona, tal vez lograría convencerla de que tenemos algunas cosas en común. No es sólo que ambas seamos frioleras y compartamos la manía de leer nuestros propios textos en voz alta para comprobar cómo *suenan*; me refiero a una coincidencia mucho más esencial. En 1975, justo el año en que yo nací, Oriana parió un libro sobre «el dilema de dar la vida o negarla», tal y como la propia autora resumió el contenido de *Carta a un niño que nunca nació*. Mi hijo, mis hijos contenidos en todos aquellos embriones que los médicos implantaban en mi útero una y otra vez, tampoco llegaron a nacer nunca, y cuando leo ese libro siento que Oriana me está hablando directamente a mí, porque sus sentimientos reflejan los míos de manera asombrosa.

Parece que la periodista sufrió a lo largo de su vida dos o tres abortos naturales. El primero tuvo lugar en 1958; se había quedado embarazada de Alfredo Pieroni, un corresponsal seis años mayor que ella que la ignoraba bastante y no tenía ningún interés en establecer una relación duradera. Fallaci vivió tanto la pérdida del bebé como la ruptura con Alfredo con gran desgarró. El segundo aborto sucedió en 1966, y en este caso la identidad del padre permanece difusa, ya que Oriana había tomado la decisión de criar al niño sola. «Con toda probabilidad era estadounidense y, a buen seguro, un personaje famoso. Y un hombre casado, que podía ver destrozada su carrera y su matrimonio; puede que se tratara de un astronauta de la NASA», puntualiza De Stefano, recordando que la periodista había pasado dos largas temporadas en la compañía aeroespacial para pergeñar una serie de entrevistas que en 1965 nutrirían el libro *Si el sol muere*. Junto a esos dos episodios más o menos confirmados, la propia Oriana narró un tercer aborto del que no está claro si se trata de una ficción o sucedió en realidad, durante su relación con

Alekos:

Corriste hacia la puerta. Apenas tuve tiempo de alcanzarte, retirar la llave y apoderarme de ella, y he aquí que con todo el ímpetu de tu rabia intentas abrimme la mano, reducir la presión de mis dedos, agarrarme el pulgar, luego el índice y después el medio, pero cuanta más palanca haces más aprieto yo. Entonces me tomas por la muñeca y me la retuerces cruelmente, me doblas el brazo y parece que quieras dislocármelo, me tiras al suelo y caes conmigo. Yo me defiendo mal porque sólo puedo oponerte un brazo, una mano, pero me defiendo y acepto la pelea. Una pelea sorda, muda, aviesa; una lucha de serpientes que se enroscan para destrozarse, decididas ambas a no ceder, y mientras tanto se golpean y se hacen daño sin que una palabra salga de su boca. El único sonido es una respiración afanosa, una especie de estertor, y de pronto un golpe me desgarró el vientre y me produce un dolor agudísimo. La llave está en tus manos. Mi voz rompe el silencio para decir lo que ignoras: «El niño».

Te quedaste pasmado, como alcanzado por un disparo en mitad de la frente. Permaneciste unos segundos mirándome con los ojos y los labios muy abiertos. Luego, exhalaste la invocación: «*Oh, Théos! Théos mou!* ¡Oh, Dios! ¡Dios mío!» A continuación te levantaste, y [...] olvidándote incluso de mí, que yacía en el suelo transida por aquel dolor en el vientre, insoportable ahora y exasperado por mil cuchilladas, prorrumpiste en una exaltación tan frenética que parecías haber perdido el juicio. Reías, llorabas, saltabas, bailabas, aplaudías [...] El arrepentimiento por no habértelo dicho antes me dejaba muda, por no haber comprendido antes que un hijo hubiera sido el único rival de tu destino. Porque si lo hubiera comprendido antes, no hubiera necesitado arrojarme sobre la puerta, retirar la llave y lanzarme a aquel combate bestial y sufrir aquel terrible puntapié

que lo hirió de muerte.

Oriana jamás precisó el número de pérdidas naturales que había sufrido, pero sí habló de esta dolorosa experiencia: «Fue una decisión del destino. Nunca aborté. Siempre los perdí. Puede que decidiera tenerlos cuando ya era demasiado tarde. O quizá no me cuidé lo suficiente, mejor dicho, no me cuidé en absoluto. Jamás tuve tiempo, la verdad. Cuando estás embarazada no es bueno coger tantos aviones y tener tantas emociones o miedos, y soportar tantas fatigas. Se pierden los niños. En mi caso nunca existió el problema del aborto. El problema de la píldora. Mi problema siempre fue la píldora para tener hijos. Y la única píldora para tener hijos es la tranquilidad, que nunca he tenido». Después de experimentar esos traumas escribió *Carta a un niño que nunca nació*, pero el manuscrito quedó abandonado en un cajón. A mediados de los setenta, cuando Italia vibraba con un encendido debate social en torno a la ley del aborto y yo me estaba preparando para salir del vientre de mi madre, la Fallaci recuperó aquellas páginas olvidadas. «La idea nació de una experiencia personal, los escritores nos alimentamos principalmente de nosotros mismos. La historia en cambio nació de la imaginación. Y no soy la mujer del libro. Como mucho, me parezco a ella [...] La idea se remonta a hace algunos años, cuando escribí una primera versión que rápidamente rechacé, manteniendo únicamente su embrión. Durante años mantuve ese libro dentro de mí, en una especie de larguísima gestación. En mi mente, al final, se había convertido en un niño a punto de nacer, pero no me decidía a dar a luz. Probablemente temía las responsabilidades, no estaba preparada para exponerme», explicó durante una entrevista. Doy gracias a Dios por que ese texto por fin llegara a las librerías, ya que ha arrojado muchísima luz sobre mis propias dudas. Cuando estaba inmersa en mi proceso de repetidas fecundaciones in vitro, mi cabeza registraba tantas contradicciones que llegué

a pensar que estaba loca de remate: quería lograr a toda costa un positivo en la prueba de embarazo y al mismo tiempo la idea de convertirme en madre me generaba muchísima angustia; deseaba con todas mis fuerzas anunciar a mi familia que estaba esperando un hijo pero el simple hecho de pensar en tener que dar el pecho a un bebé me producía sudores fríos. Entonces leí que Oriana (o la protagonista de Oriana, mejor dicho) mantenía un diálogo con su futuro hijo en el que le decía esto:

Juntos seremos felices porque, en el fondo, yo también soy un niño.

Y esto otro:

No te necesito para nada [...] Traerte al mundo, te lo juro, no me divierte. No me veo caminando por la calle con el vientre hinchado; no me imagino amamantándote, lavándote y enseñándote a hablar. Soy una mujer que trabaja, y tengo muchos compromisos y curiosidades; ya te dije que no te necesito [...] Me robaste el vientre, la sangre, el aliento. Ahora quisieras robarme la existencia entera. No te lo permitiré [...] El oficio de mamá no me sienta [...] Los bebés me resultan insulsos; los niños pequeños, caprichosos y maleducados. Siempre he dicho estas verdades en voz alta y siempre he oído a alguien responderme: «Los tuyos los ves distintos». Y es verdad que soy más tolerante con mis sobrinos que con otros niños, pero aun así sólo veo a madres arrastradas, cansadas y anuladas por esos pequeños seres egoístas que un día se irán de casa y harán su vida lejos de ti.

Y cuando finalmente los médicos le confirman que el feto está muerto, su reacción es la siguiente:

Salí entre dos hileras de panzas hinchadas que se ofrecían provocadoras a mi vientre plano, que encerraba un muerto [...] Cuando entré en mi habitación y vi la cuna, el carillón y las camisitas de tu ajuar, vomité un prolongado gemido y caí sobre la cama mientras otro gemido se sumaba a aquél, y luego otro, y otro más, hasta que desde las profundidades del cuerpo en que yaces ahora, como un pedacito de carne que ya no importa nada, subió un gran llanto.

Somos pura contradicción.

Cuando *Carta a un niño que nunca nació* salió a la venta, se convirtió en un éxito inmediato: en seis meses se despachó casi medio millón de ejemplares. No me sorprende; creo que hay un grupo de mujeres que tiene clarísimos sus deseos de maternidad desde la infancia y otro grupo que sabe con toda certeza que ser madre no es su destino. Pero, como me contaba Paula Vázquez durante nuestra comida, entre unas y otras estamos las que necesitamos un largo proceso de reflexión —y de contradicciones— para llegar a saber qué es lo que deseamos verdaderamente, en el fondo de nuestro corazón, más allá de las convenciones sociales, los relojes biológicos y la influencia de todas esas personas que te van guiando hacia *lo que toca* según quién sabe qué criterios.

La periodista falleció a finales de la primavera de 2006 en su amada Florencia a causa del *mal dolent*, según el término que ella empleaba para referirse al cáncer, una enfermedad que creía haber heredado de una antepasada catalana, Montserrat. Tenía 77 años. En sus últimos tiempos llegó a declarar: «Siempre fue un gran dolor para mí perder a mis hijos no nacidos. Porque uno muere dos veces cuando muere sin dejar hijos». En eso se equivocó. Al menos para mí, Oriana sigue viva. Dejó tras de sí su ejemplo y

su valentía, y un montón de entrevistas y artículos periodísticos, además de diecinueve libros de los que todos los que nos dedicamos a este oficio podemos aprender. A nivel profesional hizo prácticamente todo lo que se propuso, excepto convertirse en parlamentaria. Cristina De Stefano recoge la siguiente declaración suya al respecto: «Siempre he hecho política: escribiendo, actuando, viviendo. Crecí en una familia política, fui educada en la política y siempre he pensado que tarde o temprano entraría en la política oficial. Me habría gustado muchísimo intervenir en el Parlamento, porque creo en la democracia aun cuando ésta sea una pésima democracia: no logro imaginar otra forma de gobernar un país. Además, pienso que habría sido una magnífica parlamentaria. Indisciplinada, desde luego, turbulenta, incómoda, pero justo por eso útil y honesta». Todos esos adjetivos —indisciplinada, turbulenta, incómoda, útil y honesta— le sientan como un guante a otra de mis *adelantadas*, Carmen Díez de Rivera, una española de origen aristocrático que sí llegó a ser parlamentaria y, como Oriana, murió consumida por el cáncer.

Carmen Díez de Rivera

(Madrid, 1942-1999)

POLÍTICA

Hay pocas vidas coherentes; hay muchas vidas aburridas, eso sí.

Si para Katharine Hepburn la mayor expresión de libertad era nadar en las aguas de la costa Este de Estados Unidos, la vía de escape de Carmen Díez de Rivera consistía en sumergirse en el mar que bañaba Menorca, la isla en la que se empadronó al final de su vida. Carmen falleció a los 57 años, después de haber llevado una existencia de novela. Yo descubrí a esta madrileña por casualidad, mientras trataba de enterarme de qué había sido exactamente aquello de la Transición, una época que los nacidos a mediados de los setenta no estudiamos en el colegio —era demasiado reciente como para considerarse un capítulo de la asignatura de Historia de España—, pero que tampoco vivimos en primera persona, porque aún no habíamos nacido o como mucho estábamos aprendiendo a gatear cuando las Cortes franquistas se hicieron el *harakiri* para dejar paso a la democracia. En mi casa, esa jugada política magistral a menudo ocupaba las sobremesas de mi infancia, porque el artífice de la Ley para la Reforma Política que activó todo el proceso, Torcuato Fernández-Miranda, era hermano de mi abuelo, así que de adolescente creció

mi curiosidad y poco a poco empecé a bucear en los numerosos libros sobre este asunto que mi padre acumulaba en su despacho.

Un día, al pasar las páginas, entre tanto hombre con gomina y traje oscuro me detuve en la foto de una mujer rubia de ojos claros, guapísima; una nota discordante en aquel entorno tan rancio. «¿Qué pintaba ella en toda esta historia?», me pregunté. En alguna parte leí que había ejercido el cargo de jefa de Gabinete durante la presidencia de Adolfo Suárez desde julio de 1976 hasta mayo de 1977. En un libro fechado un par de años después, el autor, Gregorio Morán, se refería a ella con las siguientes palabras:

Carmen aportó a Adolfo otro nuevo mundo muy sugerente para un político ambicioso: la aristocracia. ¿Qué más podía soñar el hijo de Polo que tener de secretaria a una mujer que se había codeado con la sociedad galante y que daba la imagen de marca de una educación esmerada? [...] No lo introdujo en el mundo aristocrático, que ella no frecuentaba; le enseñó, no obstante, las reglas, la etiqueta, algo de estilo y una cierta coquetería personal que no haría más que aumentar en el transcurso de los años. Posiblemente Carmen fue el detalle cosmopolita de un hombre tan provinciano que sólo aspiraba a ser ministro. Le sería muy útil, porque le abrió puertas, le facilitó contactos y le enseñó cómo se escoge el color de una corbata.

¿Eso era todo? ¿Una secretaria venida a más con buena mano para elegir las corbatas? Me fui desinteresando por la figura de Carmen hasta que en 2002 la periodista Ana Romero publicó sus memorias y yo las devoré en un fin de semana. Ahí sí que se vislumbraba a una mujer a la que merecía la pena prestar atención; otra vez sentí deseos de seguirle la pista. Me enteré de que Díez de Rivera había sido una niña con un vestidor lleno de *balenciagas*, una

veinteañera que se marchó de voluntaria a Costa de Marfil en los tiempos en los que los españoles apenas viajaban fuera de su país y una casi treintañera que, al conocer a Adolfo Suárez (por aquel entonces director general de Radio Televisión Española), se atrevió a espetarle: «¿Cómo usted tan joven puede ser tan fascista?». Una vez limadas las asperezas iniciales, se convirtió en su mano derecha, hasta acompañarle, con sólo 33 años, a la presidencia del primer gobierno de la democracia, donde Carmen desempeñó un papel fundamental en la polémica legalización del Partido Comunista. Ella misma recordaría aquellos años ante la grabadora de Ana:

Trabajaba todas las horas del día, fumaba sin parar y estaba siempre agotada [...] Yo era la chica para todo. Ahora lo pienso y sé que sólo una mujer podía haber sido tan eficaz. Claro que cuando yo salí de allí hubo un sector de la derecha que dijo que yo era una incompetente. Tenía que ser, claro, que como me estaba acostando todo el día con todo el mundo debía de estar agotada.

Era su forma de responder con ironía a la leyenda de que había ejercido de amante oficial del rey Juan Carlos y el presidente Suárez. ¿Qué otra cosa iba a hacer una mujer tan guapa metida en el núcleo mismo del poder? Díez de Rivera, además, hacía gala de unas cuantas *rarezas*: vestía vaqueros cuando las demás aún no se atrevían a despojarse de la recatada falda, se movía por Madrid al volante de un pequeño coche naranja, estaba soltera y no tenía hijos. El periodista Josep Martí Gómez recuerda:

Cuando Suárez, ya presidente del Gobierno, se la llevó con él a la Moncloa como su jefa de Gabinete la ciudadanía se sintió sacudida en sus entrañas al ver su foto en los periódicos.

—Está buena —dijeron los tíos.

—Es la oveja negra de su familia —se dolió la alta sociedad.

—Hará un buen trabajo —opinaron los que la conocían.

Visto con perspectiva, acertaron todos.

Sin ser muy consciente de ello, con el paso de los años fui convirtiendo a Carmen en una de mis *adelantadas*. Pero había un punto que no acababa de tener muy claro: ¿cuáles fueron las razones que la llevaron a convertirse en una no madre? Me lo resolvió la propia Ana Romero mientras escribía estas líneas, un día que le lancé un SOS a través de Twitter. «Cuando trabajábamos en el libro hablamos muchas veces de este tema, como parte de nuestras conversaciones privadas. Yo por aquel entonces tenía 30 y pocos años, estaba soltera y me encontraba un poco perdida, muy centrada en mi trabajo en el periódico *El Mundo* pero no tanto en mi vida personal. Carmen me animaba a casarme y a tener hijos. A mí me sorprendía que una persona tan libre como había sido ella resultara tan conservadora en ese aspecto...», me contó Ana por teléfono tras intercambiar nuestros números a través de la red social. En las memorias de la política se deja caer que estuvo a punto de casarse en tres ocasiones. «No conozco el detalle de todas esas parejas, sólo de una de ellas: Emilio Alonso Manglano», añadió la periodista, en alusión al que fuera director del CESID, el servicio de inteligencia nacional. «Él estaba enamoradoísimo, pero ella no quiso dar el paso. Creo que a lo largo de su vida tuvo que lidiar con tantas cosas que al final lo de casarse o tener hijos fue secundario.» Su no maternidad, según deduce la periodista, «no fue algo elegido ni derivado de un problema médico, sino una consecuencia directa de sus extraordinarias circunstancias».

Con *extraordinarias circunstancias* se refiere al culebrón que vivió la política española, un episodio tan novelesco que hasta ha sido llevado a la

pequeña pantalla, en una teleserie protagonizada por los actores del momento, Blanca Suárez y Rubén Cortada. La historia es la siguiente: Carmen creció pensando que su padre biológico era el marido de su madre, Francisco de Paula Díez de Rivera, marqués de Llanzol, pero a los 17 años se enteró de que ella había sido el fruto de una relación extramarital de la marquesa, Sonsoles de Icaza, con Ramón Serrano-Suñer, uno de los hombres más poderosos del régimen de Franco a la par que marido de Zita, la hermana pequeña de Carmen Polo, lo que le convertía en el *cuñadísimo* del dictador. El follón no acababa ahí: cuando conoció su verdadero origen, Carmen estaba planeando casarse con uno de los hijos de Serrano-Suñer, de modo que tuvo que asumir que su novio, del que tan enamorada estaba, era en realidad su hermanastro. El golpe fue tan fuerte que se recluyó en un convento de Ávila durante cuatro meses. Se lo narró a Ana Romero meses antes de morir.

Yo noté que algo se me había roto por dentro. Algo tremendo hizo clac, yo noté ese ruido. Me tumoré el útero [...] La ruptura fue brutal. En cinco minutos. Acabar con la globalidad de un amor, en el que se había despertado todo. ¡A mí se me partió el alma! Yo no juzgué nada, que conste, porque el amor no se juzga. Lo que sí pensé es: «¿Ustedes cómo han sido tan insensatos y no me lo hicieron saber?».

Después del convento vino París, y luego África, donde trató por todos los medios de pillar una infección que la llevara a la tumba, y a finales de los sesenta regresó a Madrid y se mudó sola a un apartamento, y como había que pagar las facturas le pidió a su amigo Juan Carlos de Borbón que le echara un cable. Así fue como empezó a trabajar codo con codo con Adolfo Suárez. El columnista Francisco Umbral la bautizó como *la musa de la Transición*, una etiqueta que a ella le espantaba. Pero ciertamente hubo muy pocas mujeres con

voz propia en esa etapa histórica a la que me unen lazos familiares... Supongo que a Carmen le habría gustado saber que en 2016 Hillary Clinton estuvo a punto de convertirse en la primera presidenta de Estados Unidos, porque exactamente cuarenta años antes ella había publicado un artículo en el que defendía la igualdad entre sexos:

Es de suponer que en el nuevo horizonte que se perfila de una España democrática, sin adjetivos, la mujer, como ser humano completo, se integre en los Comités Ejecutivos de los diferentes partidos, no tanto por el hecho de ser mujer como por su propia condición de persona.

A Ana Romero le pregunté qué había aprendido ella de Carmen. «Su figura me inspira en el sentido de que siempre peleó duro por aquello en lo que creía. Demostró la capacidad que tiene una mujer para hacer todo lo que se proponga. Era muy especial en todos los sentidos. Se adelantó a los tiempos y fue única», me respondió. Yo suscribo sus palabras; creo que la hija de Serrano-Suñer y Sonsoles de Icaza representó mucho más que esa fórmula tan reduccionista a la que se acogieron los periódicos cuando falleció: en las necrológicas se refirieron a ella como *la aristócrata rebelde*. Díez de Rivera, que se batió el cobre en el Parlamento Europeo, defendía que «la política no puede ser una profesión permanente o una renta vitalicia» y, con sus aciertos y desaciertos, hizo todo lo posible por que su trabajo sirviera para construir un mundo mejor.

En su diario personal, Carmen Díez de Rivera dejó anotada esta reflexión: «Lo que más detestan las personas en la vida y en la política es que seas independiente, libre. Yo lo soy. Un ser libre es peligrosísimo». Me recuerda a una frase que he leído en otro diario: «Yo quisiera poder hacer lo que me dé la gana, detrás de la cortina de la locura». Lo escribió la pintora Frida Kahlo con

tinta de color verde.

Frida Kahlo

(Ciudad de México, 1907-1954)

PINTORA

Doctor, si me deja tomar este tequila le prometo no beber en mi funeral.

El día que entré por primera vez en la redacción de *Marie Claire* tenía 28 años y me había pasado los seis anteriores cubriendo ruedas de prensa de políticos, conferencias a cargo de expertos universitarios de primer nivel y sucesos más o menos escabrosos que me obligaban a desarrollar mis dotes de psicóloga para conseguir declaraciones de los implicados. Cuando me senté frente a mi nuevo ordenador en Madrid y contemplé a todas aquellas chicas que hablaban en *spanglish* y tenían sus escritorios inundados de envíos de Louis Vuitton, me pregunté si iba a ser capaz de adaptarme a esa sobredosis de frivolidad que tanto habría disgustado a mi querida Oriana. Estaba llena de prejuicios.

Con el tiempo fui aprendiendo que a través de la moda y la belleza también es posible contar el mundo que nos rodea. Lo explicaba muy bien el escritor Vicente Verdú en una de sus columnas: «Si me dieran a elegir entre un *Time* o un *Vogue*, no lo dudaría. Mientras el primero trata de ser una elaborada fotocopia de la actualidad, el segundo es parte exacta de la actualidad».

Justamente en la portada de *Vogue* apareció Frida Kahlo en 2012, ataviada con ropas indígenas, un montón de joyas y flores en el pelo. ¿Cómo se puede ser un icono de estilo casi sesenta años después de haber fallecido? Ése es uno de los muchos méritos de la pintora, la capacidad de trascender, de ir más allá de los tópicos y demostrar que la moda, bien utilizada, puede servir como herramienta para empoderar a las mujeres en vez de para esclavizarlas. Ella, por ejemplo, realzaba su misterio vaporizando sobre su piel el perfume *Shalimar* de Guerlain; ocultaba con faldas largas su pierna atrofiada por la poliomielitis (y así de paso dejaba atrás la cantinela de sus compañeros de clase, que cuando era pequeña le asignaron el cruel apodo de *Frida Kahlo pata de palo*); daba importancia a sus manos de artista pintándose las uñas de rojo, así como luciendo infinidad de anillos, y además se otorgaba a sí misma la categoría de reina coronándose con extravagantes tocados. Si Katharine Hepburn de niña quería ser Jimmy, Frida directamente se metía en el papel de chico cuando le apetecía y no mostraba reparo alguno en posar en las fotos familiares ataviada con un traje de hombre, saltándose todas las normas de género. «Su ropa, además de ser una manera de esconder flaquezas físicas y emocionales, traducía su temperamento. Su atuendo fue un elemento fundamental en la construcción de su fuerte personalidad, que la ha hecho trascender en la historia de la pintura del siglo XX», comentó hace algunos años Carlos Phillips, director general del Museo Frida Kahlo de México, durante la inauguración de una muestra dedicada a la pintora en su país de origen. En el libro *Fashion as the art of being*, la periodista Susana Martínez Vidal añade que Frida «sabía que la vida es teatro y la moda era su disfraz, un efecto óptico que ella sabía cómo emplear con sagaz inteligencia e intención artística. Fue una de las primeras mujeres en usar las prendas femeninas para transmitir el mensaje feminista de independencia, trabajo e igualdad».

En efecto, la mexicana de cejas imposibles demostró que su obra estaba a la

altura e incluso superaba la de su marido, el famoso muralista Diego Rivera. Y si él le era infiel, ella contraatacaba pagándole con la misma moneda. Frida mantuvo romances, entre otros, con el revolucionario ruso León Trotski, el escultor Isamu Noguchi, el fotógrafo Nickolas Muray y se dice que hasta con la cantante Chavela Vargas (la bisexualidad fue otro de los rasgos que la distinguían del resto), pero siempre acababa regresando a los brazos de Diego, incluso después de que éste la engañara con Cristina, su hermana pequeña y a la que estaba más unida. Rivera lo era todo para ella, como dejó escrito en su diario:

Diego principio

Diego constructor

Diego mi niño

Diego mi novio

Diego pintor

Diego mi amante

Diego «mi esposo»

Diego mi amigo

Diego mi madre

Diego mi padre

Diego mi hijo

Diego = Yo =

Diego Universo

Los dos artistas formaban una extraña pareja, constituían la asociación entre *un elefante y una paloma*, como solía comentar la madre de ella, Matilde Calderón, refiriéndose al enorme tamaño de Diego en contraste con la fragilidad de su hija. Fue precisamente Matilde quien colocó un dosel con

espejo en la cama de Frida, y fue su padre, Guillermo, un alemán fotógrafo de profesión, el que le regaló unos tubos de pintura. Con esos dos obsequios, Magdalena Carmen Frida Kahlo Calderón empezó a retratarse a sí misma cuando no le quedó más remedio que quedarse postrada entre las sábanas y, al igual que hizo Gabrielle Chanel, reinventó el destino tan poco alentador que los dioses habían marcado para ella. Ese destino incluía un terrible accidente al que sobrevivió de milagro. El 17 de septiembre de 1925, una joven *Friducha* de sólo 18 años viajaba en un autobús acompañada por su novio de la adolescencia, Alejandro Gómez Arias. El vehículo colisionó contra un tranvía y estalló en mil pedazos. A ella la encontraron tirada en el suelo, totalmente desnuda y con el cuerpo cubierto por el polvo de oro que llevaba empaquetado un artesano que también iba a bordo del autobús. El pasamanos de hierro le entró por la cadera y le salió por la pelvis. El parte médico que emitió la Cruz Roja resultaba desolador: «Fractura de la tercera y cuarta vértebras lumbares, tres fracturas de la pelvis, once fracturas en el pie derecho, luxación del codo izquierdo, herida profunda en el abdomen, peritonitis...». Ella misma lo contó así:

Fue un choque extraño; no fue violento, sino sordo, lento, y maltrató a todos. Y a mí mucho más [...] En mí no hubo lágrimas. El choque nos brincó hacia delante y a mí el pasamanos me atravesó como la espada a un toro.

Sobrevivió, sí, pero tuvo que pasarse mucho tiempo inmovilizada y de esta manera nació la Frida pintora, por puro aburrimiento, porque ella había soñado con ser médico pero en la cárcel de su habitación no se le ocurrió otra cosa mejor que hacer que ponerse a dibujar con las herramientas que le habían entregado sus padres. Su primer autorretrato, fechado un año después del accidente, fue un regalo para Alejandro. Cuando salió de su encierro

involuntario le enseñó otros de sus trabajos a Diego, quien le confirmó que tenía mucho talento y la animó a seguir desarrollándolo. Todo eso ocurrió antes de que se casasen por primera vez, el 21 de agosto de 1929 (volverían a contraer matrimonio en 1940, tras un parón de un año en su convivencia) y de que se fueran a vivir juntos a la Casa Azul de Coyoacán, el lugar en el que Frida llegó al mundo y también en el que moriría unos días después de cumplir los 47 años.

La pintura de Kahlo es la mejor muestra posible de cómo una circunstancia pésima puede ser el punto de partida de algo extraordinario. Del mismo modo que reconvirtió sus defectos físicos en un máster de estilismo, supo transformar su dolor en fuente de inspiración para su obra. Y es que ella tuvo que aguantar mucho, muchísimo dolor a lo largo de su vida: por si no fuera suficiente con el tormento de tener que llevar toda una colección de corsés y aparatos ortopédicos y someterse a más de treinta operaciones, además pasó por tres abortos. Su cuadro *Henry Ford Hospital*, que firmó en 1932 en Detroit, resume los sentimientos que la inundaron cuando perdió a uno de sus bebés: se la ve a ella misma desnuda y ensangrentada sobre una cama enorme, con una especie de cordones umbilicales que unen su vientre con un feto y otros elementos que representan su infertilidad. «Es la primera vez en la historia del arte que una mujer ha expresado con franqueza absoluta, descarnada y, podríamos decir, tranquilamente feroz, aquellos hechos generales y particulares que conciernen exclusivamente a la mujer», diría Diego en referencia a la pintura de su esposa. André Breton, el padre del surrealismo, trató de convencerla de que era una clara representante de esa corriente artística, pero Frida le respondió que ella tan sólo se limitaba a plasmar en el lienzo su propia realidad. «Pintar completó mi vida. Creo que no hay nada mejor que el trabajo», llegaría a confesar. Su faceta protectora la cubrió atendiendo a los dos hijos de Cristina, Isolda y Antonio, para quienes

fue como una segunda madre.

El caso es que desde que entré a trabajar en *Marie Claire* ya nunca he dejado de encontrarme a Frida en las páginas de las revistas de moda. Ha asomado su rostro en algunos de los desfiles de Givenchy, Valentino, Moschino, Dolce & Gabbana o Karl Lagerfeld; su huella se ha reflejado en los corsés de Jean Paul Gaultier y su mensaje ha quedado prendido en las entrevistas de Madonna, su fan más leal. Una de las primeras cosas que me enseñaron tras contratarme en la revista *Elle* fue el poder del *mix&match*, el arte de mezclar prendas que aparentemente no tienen nada que ver entre sí, y resulta que Frida Kahlo ya había puesto en práctica ese truco hace unas cuantas décadas. No sólo eso: como apunta Martínez Vidal, al autorretratarse, la artista se convirtió en la precursora del *selfie*. «Me pinto a mí misma porque soy el tema que mejor conozco», le gustaba explicar.

¿Fue feliz Frida? Creo que sí. «A pesar del sufrimiento y la angustia que expresa abiertamente en su diario íntimo, resultan evidentes sus infinitas ganas de vivir», subraya la historiadora del arte Sarah M. Lowe. Es significativo que su último cuadro fuera un alegre bodegón de sandías con la inscripción *Viva la vida*. Además, poco antes de morir de una embolia pulmonar, y puesto que los médicos le prohibieron levantarse para acudir a una exposición que se había organizado en su honor, ordenó que trasladaran su cama, con dosel y todo, hasta la galería donde tenía lugar el evento, para regocijo de los asistentes. El escritor mexicano Carlos Fuentes opina que a su paisana la salvaron un optimismo incombustible (cuando le amputaron una pierna se le ocurrió aquello de *Pies, para qué os quiero, si tengo alas pa volar*) y su sentido del humor: una vez declaró que bebía sin medida para ahogar sus penas pero que «las muy desgraciadas» habían aprendido a nadar... A esa Frida amante de la risa le encantaba el cine cómico, en concreto era muy aficionada a las películas de los hermanos Marx. En una de ellas, *Amor en conserva*, debutó en

1949 otra no madre que, como la pintora, tuvo que cargar con una buena dosis de desgracias y aun así consiguió convertirse en inmortal: Marilyn Monroe.

Marilyn Monroe

(Los Ángeles, 1926-1962)

ACTRIZ

La virtud de una chica es mucho menos importante en Hollywood que su peinado.

Me divierte pensar que a Oriana Fallaci, a la que nada se le ponía por delante y que logró sentar ante su grabadora a personalidades tan complejas como Arafat, Gadafi o Martin Luther King, se le resistió una entrevistada aparentemente tan facilona como Marilyn Monroe. Según narra Cristina De Stefano, a finales de 1955 la periodista se desplazó desde Italia hasta Estados Unidos para participar en un viaje de prensa organizado con motivo de la inauguración de la línea aérea entre Roma y Los Ángeles; durante el periplo hubo una parada en Nueva York y Oriana se marcó el objetivo de aprovechar esa escala para someter a un tercer grado a la actriz de pelo platino, que por aquel entonces vivía escondida en algún lugar de la ciudad de los rascacielos. Pero nada: no fue capaz de dar con ella y la aguerrida Fallaci, la misma a quien los hombres más poderosos del mundo no se atrevían a negarle un encuentro, tuvo que regresar a Europa con el rabo entre las piernas, sin saber qué secretos escondía la intérprete.

Marilyn era un personaje escurridizo e inaprensible. A pesar de los varios

cientos de libros que se han escrito sobre ella, de las subastas que se han celebrado para sacar a la luz sus objetos personales, de las cintas en las que ha quedado grabada su voz susurrante y de las miles de páginas de periódicos que se han llenado con los detalles más escabrosos de su biografía, todavía quedan muchas incógnitas por resolver en torno a Norma Jean, según su nombre de nacimiento. Entre otras razones porque ella, como Coco Chanel, se avergonzaba de su pasado entrando y saliendo de orfanatos y casas de acogida, así que en las entrevistas a menudo se inventaba las respuestas. De todos los interrogantes que aún quedan en pie sobre miss Monroe, el que a mí más me interesa se refiere a hasta qué punto su existencia estuvo marcada por la endometriosis, la misma enfermedad que yo padezco. Porque si Lena Dunham, una actriz nacida en 1986 y también afectada por esta dolencia, ha denunciado que «nuestro dolor no se trata con la seriedad que deseamos», ¿no es de suponer que Marilyn, que llegó al mundo sesenta años antes, habría tenido que lidiar con todavía más incompreensión de la que se encuentra Dunham hoy en día? Cuando leo que la protagonista de *Los caballeros las prefieren rubias* era adicta a los analgésicos (y a los estimulantes, los tranquilizantes...) me pregunto qué otra cosa habría podido hacer, aparte de hincharse a pastillas, para aliviar los dolores que a buen seguro le hacían la vida imposible. Su historial ginecológico era verdaderamente aterrador: dos abortos espontáneos, una operación, un embarazo ectópico... Y sus antecedentes psicológicos —su madre no pudo hacerse cargo de ella porque estaba internada en una institución mental— tampoco ayudaban. Desde pequeña, Marilyn temió acabar como Gladys, la mujer que le dio a luz y cuya mente vagaba entre las tinieblas. Así se refleja en sus memorias: «Cuando se llevaron a mi madre al hospital, tía Grace [la mejor amiga de su progenitora] se convirtió en mi tutora legal. Una noche pude oír cómo discutía con varios amigos en su habitación [...] Le aconsejaban que no me adoptase porque sería

una gran responsabilidad con el tiempo considerando *mi herencia*, como ellos decían. Hablaban sobre mi madre y su padre, su hermano y su abuela, todos ellos casos de locura, y decían que con toda seguridad yo iba a seguir sus pasos».

Probablemente la endometriosis que se adivina en sus documentos médicos fue la culpable de que Marilyn no tuviera hijos, aunque la actriz no siempre deseó convertirse en madre. Durante su primer matrimonio (a los 16 años se casó con Jim Dougherty, un vecino bastante mayor que ella) huyó de esa posibilidad. «Jim era un buen marido. Nunca me hizo daño o me irritó... excepto en un punto: deseaba un hijo. La idea de tener un hijo me ponía los pelos de punta. Sólo podía verlo como a mi propia persona: otra Norma Jean en un orfanato», le confesó al guionista Ben Hecht en 1954. Monroe tuvo otros dos maridos —el jugador de béisbol Joe DiMaggio y el escritor Arthur Miller, dos superestrellas que sólo acentuaron su vulnerabilidad— y un romance sonado con el entonces presidente de Estados Unidos, John Fitzgerald Kennedy, así como con el hermano de éste, Bobby. Nunca encontró la estabilidad, ni la personal ni la profesional, porque al parecer era capaz de sacar de sus casillas a todos los que la rodeaban. A los rodajes, por ejemplo, siempre llegaba tarde y exigía repetir las escenas un millón de veces. Ella era consciente de sus defectos, que justificaba como si se tratara de una especie de revancha: «Tengo muchos hábitos sociales malos [...] Invariablemente llego tarde a las citas, en ocasiones con un retraso de dos horas [...] La gente me está esperando. La gente está deseosa de verme. Soy alguien a quien se busca. Y recuerdo los años en que no se me buscaba [...] Siento una alegre satisfacción castigando a la gente que ahora me busca. No es a ellos a quienes estoy castigando en realidad. Es a la gente de hace mucho tiempo que no quería a una chica llamada Norma Jean».

Imagino que Marilyn siempre se sintió muy sola. Los estudios de cine no la

tomaban en serio y le reservaban los papeles de rubia tonta, los hombres únicamente veían en ella a una bomba sexual y las mujeres la odiaban porque la consideraban una amenaza que quería arrebatarles a sus maridos. «La gente tenía la costumbre de mirarme como si yo fuera un espejo en vez de una persona. No me veían, veían su propia lascivia. Luego se lavaban la cara diciendo que yo era muy voluptuosa», llegó a contar. El público sí que la quería: recibía más cartas que ninguna otra diva de la época; todos adoraban a Marilyn y se volvían locos al verla en la portada de *Life* con un albornoz azul que le quedaba dos tallas grande y el pelo empapado sin peinar... Pero ni siquiera esa legión de admiradores consiguió que se sintiera feliz. He descubierto que la actriz deseó ser amiga de otra de mis adelantadas, Katharine Hepburn, a quien consideraba «una gran señora». Ambas compartieron profesora de arte dramático, Constance Collier, una de las pocas personas que supo ver más allá del envoltorio de *sex symbol* de Norma Jean: «Lo que ella posee, esa presencia, esa luminosidad, esa inteligencia deslumbrante, se perdería en un escenario. Es tan frágil y delicada que sólo puede captarlo una cámara», le dijo Collier al escritor Truman Capote, uno de los escasos amigos de la intérprete. También le señaló algo con lo que la vieja profesora demostró tener dotes de adivina: «Me da la impresión de que morirá joven. Realmente, espero que viva lo suficiente para liberar ese extraño y adorable talento que bulle en su interior como un espíritu enjaulado».

La leyenda cuenta que Marilyn Monroe se suicidó a golpe de pastillas; la encontraron muerta en su cama, tumbada boca abajo y completamente desnuda, un 5 de agosto, cuando sólo tenía 36 años. Creo que le pegaba un final más romántico, como el que se concedió a sí misma Virginia Woolf, que para quitarse la vida introdujo una pesada piedra en el bolsillo de su abrigo y luego se encaminó río adentro.

Virginia Woolf

(Londres, 1882 - Sussex, 1941)

ESCRITORA

Es mucho más importante ser uno mismo que cualquier otra cosa.

Si Frida Kahlo apareció en la portada de *Vogue* sesenta años después de morir, Virginia Woolf ilustró sus páginas cuando se encontraba en la plenitud literaria: en 1924, la edición inglesa de esa revista publicó una foto suya dentro de un reportaje que salió a la luz bajo el título *Nombrados para el templo de la fama*. Que Virginia aspirase a revolucionar la literatura no era óbice para que accediera no sólo a posar, sino también a firmar artículos de opinión y relatos en publicaciones teóricamente tan poco elevadas como la propia *Vogue*, *Harper's Bazaar* o *Vanity Fair*, un gesto que le afeó con saña cierto crítico a quien Woolf respondió así: «Moda femenina y aristócratas jugando al golf no afectan a mi estilo y harían del suyo un mundo de bien». La autora de *La señora Dalloway* no tenía ningún problema en reconocer que escribía en las revistas femeninas porque éstas ofrecían tarifas generosas, y ella, que entonces ya estaba casada con Leonard Woolf y que muy bien podía haber dependido del sueldo de su marido, daba mucha importancia a ser independiente en todas las facetas de su vida, también la económica.

Al mes siguiente de casarme rescindí de manera voluntaria mi contrato como directora de Belleza de *Yo Dona* —un puesto al que había llegado después de mucho esfuerzo— para acompañar a mi recién estrenado marido a Barcelona, la ciudad adonde su empresa le había trasladado como parte de un ascenso. Acordé con la publicación seguir trabajando como *freelance* desde la distancia, lo cual suponía un claro retroceso en mi carrera profesional. Cuando instalé mi ordenador en medio del salón (ni despacho tenía) de nuestro pequeño apartamento con vistas a la Rambla de Cataluña, acudieron a mi mente estas palabras de *Una habitación propia*:

Hay que tener quinientas libras al año y una habitación con un pestillo en la puerta para poder escribir novelas o poemas.

O reportajes, añadiría yo.

Si me encontrara otra vez ante la misma tesitura volvería a seguir a mi marido sin dudarlo, como hice entonces, para apoyarle en su carrera profesional, pero sólo como un paréntesis en el camino para ir cumpliendo mis propias aspiraciones, porque eso es lo que me enseñó Virginia. Irene Chikiar Bauer, una de las biógrafas de la escritora, señala que para ésta «era motivo de alivio y de orgullo que Leonard dijera que consideraba causa de divorcio que ella dejara de escribir». Es increíble comprobar cómo esas dos personas sentaron las bases de un matrimonio igualitario en un escenario tan poco propicio para ello como la Inglaterra victoriana...

Virginia Woolf es mi última *adelantada*. O la primera, según se mire. No fue madre porque, según Chikiar Bauer, así lo decidió junto a su marido tras las preocupantes crisis nerviosas que la escritora sufrió entre 1913 y 1915 (ya mucho antes, a los 13 años, había atravesado una fuerte depresión al morir su madre). Esos episodios se irían repitiendo a lo largo de su vida: de vez en

cuando tenía alucinaciones visuales, oía voces, padecía dolores de cabeza terribles, se negaba a comer, no podía dormir, se mostraba extremadamente irritable... Ella misma, cuando esas crisis le daban tregua, solía admitir que «había estado loca». Tal vez si hubiera nacido un siglo más tarde la medicina habría podido ayudarla, pero en aquella época los doctores no dieron con ninguna solución y, desgraciadamente, los cambios de humor marcaron su existencia y la acabaron conduciendo al suicidio un año antes de cumplir los 60. Una de las consecuencias más evidentes de su enfermedad mental fue esa determinación de no ser madre: Leonard la convenció de que las tensiones derivadas del embarazo y el parto podían afectar negativamente a su ya de por sí tambaleante salud. ¿Se habría sentido mejor Virginia con hijos? Con toda probabilidad, no. Igual que ocurre con Oriana, al rastrear las opiniones de la inglesa en relación a la maternidad se perciben muchísimas contradicciones. Por un lado opina que «los niños son realmente lo más divertido del mundo». Por otro, que el llanto de los bebés «es demasiado terrible, un grito sin sentido, como un gato negro de mal agüero». Cuando su querida hermana, la pintora Vanessa Bell, está esperando su tercer hijo, escribe: «Nada puede ser tan importante como tener un bebé». Y sin embargo cree que «la cantidad de trabajo que hay que llevar a cabo para poder disfrutarlo es muy desalentadora». De sus palabras, Irene Chikiar Bauer extrae la siguiente conclusión: «Era evidente que, si bien Virginia le decía a su hermana *estoy locamente envidiosa de tus niños*, no anhelaba la atención constante que ellos requerían, ni experimentar la preocupación materna».

Ciertamente, su atención estaba enfocada en otros asuntos. Ya de pequeña quería ser escritora: a los 9 años creó con su hermano Thoby un periódico casero al que bautizaron como *Hyde Park Gate News*, en alusión a la elegante calle del londinense barrio de Kensington en la que residían Leslie y Julia Stephen (ambos casados en segundas nupcias) junto a la hija de él, los tres de

ella y los otros cuatro que tuvieron en común. Ya de adulta, Virginia leía cuatro libros a la vez, colaboraba con distintos medios de comunicación, escribía novelas, redactaba hasta siete cartas diarias, dirigía la editorial Hogarth Press junto a Leonard... «Nunca he conocido a nadie que trabajara con mayor intensidad, que tuviera una concentración más infatigable. Éste era el caso cuando se encontraba escribiendo una novela. La novela se convertía en parte de ella, y ella misma era absorbida por la novela», reveló su marido en las memorias que escribió tras la muerte de Virginia. Por eso la escritora proyectaba siempre ese aspecto ensimismado que tan bien reprodujo Nicole Kidman cuando la interpretó en la película *Las horas*. «Escribir es un arte divino, y cuanto más escribo y más leo, más me gusta», confesaba. Y también: «A veces me parece que nunca lograré escribir todos los libros que tengo en mi cabeza».

Son declaraciones sorprendentes viniendo de una mujer nacida en el siglo XIX. Virginia Woolf, tan intelectual, ni siquiera fue al colegio (de la universidad ni hablamos), porque las *señoritas* de su clase social sólo debían preocuparse de adquirir buenos modales y cazar a un marido adecuado. Al contrario que la madre de Katharine Hepburn, una sufragista convencida, la suya estaba en contra del voto femenino... Pero la penúltima hija de Leslie y Julia Stephen no estaba dispuesta a renunciar a sus aspiraciones literarias ni mucho menos a casarse a cualquier precio, y antes de conocer a Leonard rechazó varias propuestas matrimoniales. Contrajo matrimonio mayor para los criterios de la época, a los 30 años, y aunque todo apunta a que también mantuvo relaciones con mujeres (igual que Frida), unirse a Leonard fue una buena decisión, porque en la nota que le dejó antes de adentrar su cuerpo esbelto en el río Ouse, del que ya nunca volvería a salir viva, escribió una declaración de amor en toda regla:

Queridísimo:

Estoy segura de que me estoy volviendo loca de nuevo [...] Y no voy a recuperarme esta vez. Por lo tanto, estoy haciendo lo que me parece mejor. Tú me has dado la mayor felicidad posible [...] Sé que estoy destrozando tu vida, que sin mí podrías trabajar [...] No creo que dos personas hubieran podido ser más felices de lo que nosotros hemos sido.

Creo que uno de los mayores logros de esta no madre fue entender que las mujeres no debían enfrentarse a los hombres ni tampoco imitarles, sino que lo inteligente era convertirlos en aliados, como lo fue Leonard para ella. «Sería una lástima terrible que las mujeres escribieran como los hombres, o vivieran como los hombres, o se parecieran físicamente a los hombres, porque dos sexos son ya pocos, dada la vastedad y variedad del mundo; ¿cómo nos las arreglaríamos, pues, con uno sólo?», argumentó en *Una habitación propia*. En ese mismo libro añadía: «Cuando os pido que ganéis dinero y tengáis una habitación propia, os pido que viváis en presencia de la realidad, que llevéis una vida estimulante».

«Las mujeres pensamos a través de nuestras madres», decía en otro lugar de este mismo ensayo. Me gusta creer que ella ejerció este papel de madre/no madre de todas nosotras.

De Coco Chanel, que cuando al fin logró triunfar con su tienda de la parisina rue Cambon le anunció a Boy Capel que ya no necesitaba su dinero para seguir desarrollando la empresa a lo cual él repuso, estupefacto: «Pensaba que te daba un juguete y te he dado la libertad». O de Katharine Hepburn, que, a propósito de su papel en la película *La mujer del año*, explicó: «Tess Harding [la periodista a la que interpreta en ese film] no estaba intentando ser un hombre. Ni siquiera intentaba triunfar en un mundo de hombres. Era como yo, alguien que lo hacía sin pensar en ello, trabajando en

un mundo de hombres, teniendo éxito. Y como mi madre, que se manejaba muy bien con los hombres sin comprometer su feminidad». También veo el influjo de Virginia en la reivindicación de Oriana Fallaci, que detestaba a las que ella denominaba como feministas rabiosas («se enfadan cuando ven que no odias a los hombres como ellas, pero es que a mí los hombres me gustan muchísimo», sostenía), porque ella sí que sabía por qué batallas merecía la pena luchar: «Me parece insostenible que una mujer como mi madre —una mujer de genio inexpresado— haya tenido que ser simplemente ama de casa, cuando su sueño era estudiar Astronomía y viajar». O en Carmen Díez de Rivera, que trabajó a favor de sus ideales en un país que todavía no había aprendido a ser democrático: «*Con el físico que tú tienes —me decían—, para qué quieres trabajar.* Yo me indignaba. Todos te ponían un piso o te daban un taloncillo, pero nadie te daba trabajo», relató. Y desde luego en Frida Kahlo, que defendió su propia expresión artística frente al exitoso trabajo de Diego Rivera, hasta el punto de vivir en una casa independiente de la de su marido (sólo unida a ésta a través de un puente) para que cada uno pudiera desarrollar su talento sin interferencias. Así como en la joven Norma Jean que, a los 19 años, después de divorciarse de Jim, se instaló en Hollywood porque «quería descubrir quién era».

Y percibo su inspiración en todas las no madres que hemos llegado después y hemos comprendido que la realización personal no se limita al hecho de dar a luz.

No puedes conectar los puntos mirando hacia delante, sólo puedes hacerlo mirando hacia atrás. Así que tienes que confiar en que los puntos se conectarán de alguna forma en el futuro. Tienes que confiar en algo: tu instinto, el destino, la vida, el karma... lo que sea. Porque creer que los puntos se unirán te dará la confianza para seguir a tu corazón.

STEVE JOBS,
discurso a los recién graduados
de la Universidad de Stanford,
pronunciado el 12 de junio de 2005

Echo de menos ser madre cuando escucho a mi sobrino Nicolás, de 4 años, decirle *te quiero, mami* a mi hermana pequeña, con un amor que seguramente ningún niño sentirá jamás por mí. También echo de menos ser madre cuando voy a casa de mi hermana mayor y entro en las habitaciones de sus dos hijos, Javier y Ana, y espío sus paredes y sus estanterías para estudiar en qué momento vital se encuentran, porque ya son veinteañeros y esos espacios personales, tan alejados físicamente de mí, arrojan mucha información sobre los adultos en los que se están convirtiendo. Pero sobre todo echo de menos ser madre la mañana de Reyes, cuando mi casa está en silencio y no puedo evitar recordar a mi padre golpeando desde el jardín las persianas de mi habitación de la infancia, mientras gritaba con voz ronca «¡soy Melchor!» y mis hermanas y yo nos escondíamos bajo las sábanas, con una mezcla de ilusión y de miedo.

Confieso que mi no maternidad, además, me produce algunos temores en relación al futuro. Por eso persigo a mi marido hasta que logro atiborrarle de píldoras de Omega 3, esgrimiendo que me preocupo mucho por él, aunque si fuera sincera reconocería que por quien me preocupo mucho es por mí: me repito en voz baja que debo hacer todo lo posible para que J. llegue a los 100 años, lo cual garantizará que yo (que me voy a morir a los 90 y pico, lo tengo todo calculado) no me quede nunca sola. El futuro también me produce terror cuando me da por echar un vistazo a mis fotos: las de mi boda, mi luna de miel, mis viajes de prensa... «¿Dónde acabará el relato de mi vida?», me pregunto angustiada. Esa desazón se incrementó el año pasado, durante un

viaje relámpago a Lisboa en el cual descubrí un anticuario precioso a unos pasos del café A Brasileira. En un rincón había dos cajas enormes llenas de retratos antiguos; me puse a observarlas una por una y de pronto sentí que estaba faltando el respeto a todas aquellas personas, metiéndome en sus vidas, sus casas, sus vestimentas. Y pensé: «¿Quién sería capaz de deshacerse así de las fotos de sus padres?». Acto seguido me entró una duda: «¿Será que esta gente no tuvo hijos y por eso sus retratos han acabado amontonados en un anticuario?». Casi me da un soponcio... Desde entonces, a menudo lanzo a mis sobrinos mayores la siguiente súplica: «Por favor, por favor, nunca lleves mis fotos al Rastro. Tienes que prometérmelo».

Al margen de esos ataques puntuales de envidia y pavor, creo que ya estoy preparada para afirmar que he asumido mi no maternidad. Es más: igual que le ocurrió a la actriz Helen Mirren, he llegado a la conclusión de que éste era mi auténtico destino y además empiezo a encontrarle un montón de ventajas. Cuando repaso mi propia narración de las siete fecundaciones in vitro por las que pasé siento que todo eso lo vivió otra persona, alguien totalmente ajeno a mí, y entonces recuerdo estas palabras de Oriana Fallaci:

Una vez leí en un libro que la dureza de una pena que hemos soportado sólo se siente cuando nos hemos librado de ella y, asombrados, exclamamos: «¿Cómo hice para soportar semejante infierno?». Verdaderamente, así debe ser, y la vida resulta extraordinaria, pues cicatriza las heridas a loca velocidad.

En mi caso, no recuerdo exactamente cuándo oí un clic en mi cabeza, pero hubo un momento en el que supe que los puntos al fin se habían conectado, según la fórmula empleada por Steve Jobs en su famoso discurso ante los nuevos graduados de Stanford. El fundador de Apple contó a esas jóvenes

promesas que, cuando él tenía 17 años, decidió cancelar su matrícula en la Universidad de Reed porque no veía mucho sentido a estar dilapidando los ahorros de sus padres adoptivos, que no andaban muy sobrados de dinero, ya que al fin y al cabo ni siquiera tenía claro qué quería hacer con su vida. Tras borrarse de la lista de alumnos oficiales, Jobs se pasó siete meses más vagando por el campus y, como ya no tenía ninguna necesidad de acudir a las clases obligatorias, se coló en las de aquellas asignaturas que de verdad le interesaban, aunque teóricamente no valieran para nada. «En aquella época, la Universidad de Reed ofrecía la que quizá fuese la mejor formación en caligrafía del país. Aprendí cosas sobre la tipografía serif, sobre los espacios variables entre letras... Lo encontré fascinante. Nada de esto tenía la más mínima expectativa de aplicación práctica en mi vida, pero diez años más tarde, cuando estábamos diseñando el primer ordenador Macintosh, todo esto volvió a mí. Fue el primer ordenador con tipografías bellas», recordó ante las decenas de jóvenes que le escuchaban tocados con sus birretes. «Por supuesto, era imposible conectar los puntos mirando hacia el futuro cuando estaba en clase, pero fue muy claro al mirar atrás diez años más tarde. Creer que los puntos se unirán te dará la confianza de confiar en tu corazón. Esta forma de actuar ha marcado la diferencia en mi vida.»

Lo que quiero expresar con esta referencia al empresario estadounidense es que yo me he pasado mucho tiempo preguntándome por qué malgasté tanto tiempo, esfuerzo y dinero en tratamientos de fertilidad que no sirvieron para nada, pero poco a poco he ido comprendiendo que esa inversión sí ha tenido una utilidad, ya que por el camino he aprendido muchas cosas. La más importante es que no hay opciones de vida mejores que otras, sólo diferentes. El fundador de Apple trasladó otro mensaje a los graduados de Stanford que tiene mucho que ver con esta idea: «Vuestro tiempo es limitado, así que no lo gastéis viviendo la vida de otro. No os dejéis atrapar por el dogma, que es

vivir según los resultados del pensamiento de otros. No dejéis que el ruido de las opiniones de los demás ahogue vuestra propia voz interior. Y lo más importante, tened el coraje de seguir a vuestro corazón y vuestra intuición. De algún modo ellos ya saben lo que tú realmente quieres ser». Cuando era pequeña, se pusieron de moda unos libros de cubiertas rojas que llevaban el título de *Elige tu propia aventura*; en ellos, el *the end* no era uno sólo, sino que iba variando en función de lo que tú ibas eligiendo (seguir a un ladrón o llamar a la policía, esperar a que llegue la ayuda tras un accidente aéreo o ir en su busca... cosas de ese estilo). No había finales buenos y malos, sino finales que se iban adaptando a ti en función de tus gustos, tus deseos de arriesgar o no y tus sueños. Así debería seguir siendo el resto de nuestras vidas, un *elige tu propia aventura* constante...

Claro que, como también señaló Jobs en Stanford, no todo depende de nuestras elecciones y a menudo «la vida te da con un ladrillo en la cabeza». Pero incluso en esas situaciones es posible que ese ladrillo caído del cielo sea la primera pieza de una nueva construcción. Algo así fue lo que intentó transmitirme Inka Martí, de manera muy cariñosa, cuando quedé con ella en aquel restaurante de Madrid: «Todos nos vamos encontrando pruebas difíciles. Cada obstáculo significa que hay algo que debes aprender y transmutar de ti misma; en tu caso ha sido escribir este libro», me dijo. «Una vez que sales de los obstáculos, si no te quedas en la depresión, la frustración, la ira, la venganza ni el cabreo, en todas esas emociones inadecuadas, una vez lo aceptas, lo integras y buscas qué es lo diferente, te das cuenta de que la vida te ha traído un regalo.»

Mi regalo, ahora lo sé, ha sido encontrarme con ella y con todas las demás mujeres que aparecen en este libro. Gracias a los testimonios de esas no madres contemporáneas y a la huella, en forma de obras de todo tipo, de las que ya no están físicamente, he logrado reencontrarme con la persona que yo

era hace cinco años, cuando mi madre me propuso que nos encomendásemos a su santo preferido para que me quedase embarazada y a mí me salió del alma responderle que en el fondo yo no quería tener un hijo. Lo que yo quería era escribir un libro.

Dice mi madre que san Antonio sabe muy bien lo que hace, así que aunque yo siga con mi vientre liso ella ha ido de todos modos a la iglesia para agradecerle que me haya mostrado el camino adecuado para mí.

Madrid, 17 de enero de 2017

Agradecimientos

A Soledad Lorenzo, Rosa Montero, Maribel Verdú, Mamen Mendizábal, Carmen Ruiz, Inka Martí, Paula Vázquez, Almudena Fernández, Sandra Ibarra y Olvido Gara, por ser tan accesibles, generosas, valientes, sinceras e inspiradoras. Este libro también es vuestro.

A mi compañera y amiga Amaya Ascunce, por leer las primeras páginas de *No madres* y animarme a seguir escribiendo, y por tantos intercambios de ideas en la cocina de la redacción de *Elle* (ojalá que algún día podamos conocer en persona a Joan Didion...). A mi editora, Virginia Fernández, por creer en mi proyecto desde el primer instante, por su implicación y sus valiosos consejos. A mis jefas, Benedetta Poletti y Cecilia Múzquiz, por concederme tiempo para acabar este libro y por darme alas para crecer profesionalmente. A Gema Veiga, por conducirme hasta Rosa Montero y Almudena Fernández... y por enviarme sus buenas vibraciones. A María Eugenia León y Javier Guerrero, por allanar el camino que me llevó a Maribel Verdú. A Elvira Rigal, por ayudarme a contactar con Alaska (y por ser una no madre a la que me gustaría llegar a parecerme). A Rocío Álvarez de la Campa, por ofrecerme su ayuda para la presentación del libro. A Ana Romero, por compartir conmigo su información sobre Carmen Díez de Rivera con tanta amabilidad. A Juan Fernández-Miranda, por prestarme su valiosa agenda de

contactos, y al resto de «los cinco magníficos», Nico, Fon, Nano y Pablo, por estar siempre que se les necesita. A Pitu, por darme un ejemplo de fortaleza y por preocuparse por este libro cuando tenía asuntos mucho más importantes en los que pensar. A Susana, por llevar media vida preguntándome: «¿Por qué no te pones de una vez a escribir un libro?». A Ana Serrano, por decirme las cosas que me gusta oír y las que no. A Carmen y Teté, y a Laura, por alegrarse de mis éxitos y acompañarme en mis fracasos. A Bobi, María C. y mi prima Lara, por sostenerme durante mis procesos de fecundación in vitro: en mi destino no estaba conseguirlo, pero jamás olvidaré vuestro cariño y palabras de aliento.

Y a mis hermanas, Ana y Marta, por permitir que sus hijos sean un poco míos.

Y a Javi, Anina, Nico, Gonzalo, Marina, Carmen y Álvaro, por aportar tanta riqueza a mi vida, porque aunque sea una no madre eso no impide que sea una sí tía y una sí madrina. Confío en vosotros para que mis álbumes de fotos no acaben abandonados en un cajón cualquiera del Rastro...

Apéndice documental

LIBROS CONSULTADOS

- Alborch, Carmen, *Solas. Gozos y sombras de una manera de vivir*, Temas de Hoy, Barcelona, 2006.
- Alcott, Louisa May, *Mujercitas*, Penguin Clásicos, Barcelona, 2015.
- Austen, Jane, *Orgullo y prejuicio*, Plaza & Janés, Barcelona, 1997.
- Berg, A. Scott, *Recordando a Kate. La biografía íntima de Katharine Hepburn*, Lumen, Barcelona, 2003.
- Bolick, Kate, *Solterona. La construcción de una vida propia*, Malpaso, Barcelona, 2016.
- Capote, Truman, *Retratos*, capítulo «Una adorable criatura», dedicado a Marilyn Monroe, Anagrama, Barcelona, 1995.
- Charles-Roux, Edmonde, *El siglo de Chanel*, Herce Editores, Madrid, 2007.
- , *Descubriendo a Coco*, Lumen, Barcelona, 2009.
- Chikiar Bauer, Irene, *Virginia Woolf. La vida por escrito*, Taurus, Madrid, 2015.
- De Stefano, Cristina, *La corresponsal. Oriana Fallaci. Luchas, encuentros, guerra y amor: el retrato desconocido de una periodista de leyenda*, Aguilar, Madrid, 2015.

- Didion, Joan, *Noches azules*, Literatura Random House, Barcelona, 2012.
- Donath, Orna, *#Madres arrepentidas. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*, Reservoir Books, Barcelona, 2016.
- Fallaci, Oriana, *Un sombrero lleno de cerezas. Una saga*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.
- , *Un hombre*, BackList, Barcelona, 2011.
- , *Carta a un niño que nunca nació*, BackList, Barcelona, 2012.
- Fiemeyer, Isabelle, *Chanel íntima*, Editorial Nerea, San Sebastián, 2012.
- Frankl, Viktor, *El hombre en busca de sentido*, Herder Editorial, Barcelona, 1979.
- Fromm, Erich, *El arte de amar*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2003.
- Galván, Virginia, *La vida en cinco minutos*, Autor-Editor, 2015.
- Hecht, Ben, *My Story. Memorias de Marilyn Monroe*, Global Rhythm, Barcelona, 2011.
- Hepburn, Katharine, *Me, Stories of My Life*, Paperback, Barcelona, 1996.
- Herrero, Luis, *Los que le llamábamos Adolfo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007.
- Ibarra, Sandra, *Las cuentas de la felicidad*, Hay vida durante el cáncer, Planeta, Barcelona, 2012.
- Jamis, Rauda, *Frida Kahlo*, Circe Ediciones, Barcelona, 2011.
- Kahlo, Frida, *El diario de Frida Kahlo. Un íntimo autorretrato* (con introducción de Carlos Fuentes), La Vaca Independiente, México, 2001.
- Kettenmann, Andrea, *Kahlo*, Taschen, Colonia, 2003.
- Martínez Vidal, Susana, *Frida Kahlo. Fashion as the Art of Being*, Assouline, Londres, 2016.
- Montero, Rosa, *Historias de mujeres*, Alfaguara, Barcelona, 1998.
- , *La ridícula idea de no volver a verte*, Seix Barral, Barcelona, 2013.
- , *La carne*, Alfaguara, Barcelona, 2016.

- Morán, Gregorio, *Adolfo Suárez. Historia de una ambición*, Planeta, Barcelona, 1979.
- Morand, Paul, *The allure of Chanel*, Pushkin Press, Londres, 2008.
- Navarro, Mariano y Lucas, Antonio, *Soledad Lorenzo. Una vida con el arte*, Exist Publicaciones y Fundación Arte y Mecenazgo, Madrid, 2013.
- Ónega, Sonsoles, *Nosotras que lo quisimos todo*, Planeta, Barcelona, 2016.
- Picardie, Justine, *Chanel her life*, Steidl, Göttingen, 2011.
- Prego, Victoria, *Así se hizo la Transición*, Plaza & Janés, Barcelona, 1995.
- Romero, Ana, *Historia de Carmen. Memorias de Carmen Díez de Rivera*, Planeta, Barcelona, 2002.
- Salinas, Florinda, *La mujer visible. Feminismo para el siglo XXI*, Digital Reasons, Madrid, 2014.
- Urbano, Pilar, *La gran desmemoria. Lo que Suárez olvidó y el Rey prefiere no recordar*, Planeta, Barcelona, 2014.
- Woolf, Virginia, *Una habitación propia*, Seix Barral, Barcelona, 2010.
- N.º5 Culture Chanel*, Éditions de La Martinière, París, 2013.

ARTÍCULOS DE PRENSA

—«Maribel Verdú: “*Sin Hijos* es mi primera comedia romántica”», *El País*, 14 de agosto de 2015, Manuel Morales.

—«Maribel Verdú: “¿Por qué nadie le pregunta a Luis Tosar por qué no quiere tener hijos?”», *S Moda*, 9 de agosto de 2015, Almudena Ávalos.

—«La llamada de la maternidad», *Vogue*, Niños, abril, 2015, Yolanda Ormazábal. En la introducción afirmo que cada vez hay más mujeres que no pueden o no quieren ser madres. Este reportaje apuntalaba esa idea: «Según la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), un

18,1 por ciento de españolas entre los 40 y los 44 años no tienen hijos, una cifra similar a la de Estados Unidos (18 por ciento), algo inferior a Francia (20,6 por ciento) y bastante por debajo de Finlandia (28,8 por ciento). Estas cifras abarcan a quienes no son madres por voluntad propia y también a aquellas para las que tener un hijo es sencillamente un lujo que no pueden permitirse por motivos profesionales o económicos. Si algo ha quedado claro en estas décadas es que el instinto maternal no es un tsunami que pase por encima de los avatares de cada cual; muy al contrario, está sujeto a variantes personales, profesionales, económicas, sociológicas y culturales».

—«No quiero ser madre», *Marie Claire*, enero de 2017, Lola Fernández. En línea con el punto anterior, en este reportaje se indicaba que «en España, entre un 20 y un 30 por ciento de las mujeres nacidas en la segunda mitad de los setenta no serán madres» y se denunciaba la invisibilidad a la que se ven abocadas esas mujeres.

—*In Touch*, 11 de junio de 2016. Portada sobre el supuesto embarazo de Jennifer Aniston, que jamás llegó a confirmarse.

—«For the record», *Huffington Post*, 12 de julio de 2016, Jennifer Aniston.

—Entrevista a Jane Lauder, *Elle*, agosto de 2016. En este texto recogí, de manera resumida, la declaración de Jane sobre las no madres a la que vuelvo a referirme en este libro.

—«Las mujeres que no tengan hijos pasados los 40 tendrán que dar explicaciones en público». *El Mundo Today*, Xavi Puig. Ésta fue una de las noticias más leídas en este periódico satírico durante el año 2016.

—«Why don't advertisers pay attention to childless women?», *Slate Magazine*, 11 de julio de 2016, Elissa Strauss.

—«Ser madre no es gratis», *El País Semanal*, 6 de diciembre de 2014, Luz Sánchez-Mellado.

—«Madres perfectas», *El País*, 28 de noviembre de 2010, Elvira Lindo.

—«Una madre poco ejemplar», *El País*, 30 de abril de 2016, Elvira Lindo. Hay un párrafo de esta columna que finalmente no he incluido en el capítulo «Parirás con dolor (y otras maldiciones bíblicas)», pero que reproduzco a continuación por su interés: «Esto de ser madre es algo que se inventó desde los tiempos del velociraptor, así que conviene vivirlo sin darle al hecho demasiada importancia. Nada hay más natural en este mundo. Aunque en estos tiempos, tan dados a fomentar el orgullo y la heroicidad, haya quien crea que tener un hijo es un acontecimiento histórico del que no hay que perderse ni un solo instante [...] Encuentro, y que me perdonen las actuales madres coraje, que ha sobrevenido de pronto una maternidad agobiante en la que parece que sólo hay una manera de hacerlo bien y es la de entregarse a la crianza sin pausa y sin tregua».

—«Las tías solteras», *El País Semanal*, 8 de enero de 2017, Javier Marías. En esta columna, el escritor hace un retrato precioso de las tías solteras o casadas sin hijos: «La mayoría de las que he conocido son de una generosidad sin límites, y quieren a esos niños próximos de un modo absolutamente desinteresado. Como no son sus madres, no se atreven a esperar reciprocidad, ni tienen sentimiento alguno de posesión. Se muestran dispuestas a ayudar económicamente, a echar una mano en lo que se tercie, a descargar de quehaceres y responsabilidades a sus hermanas o amigas. Con frecuencia disponen de más tiempo que los padres para dedicárselo a los críos; con frecuencia, de más curiosidades y estudios, que les transmiten con paciencia y gusto: en buena medida son ellas quienes los educan, quienes les cuentan las viejas historias familiares, quienes contribuyen decisivamente a que los niños se sientan amparados [...] No les tengan conmiseración, no las subestimen nunca, ni las den por descontadas. Las echarán de menos».

—«Arturo Pérez-Reverte y Joaquín Sabina, a la lumbre de un tequila», *El Mundo*, 14 de febrero de 2016, Antonio Lucas.

—«22 celebrities reveal how they feel about not having kids», *Elle USA*, 11 de abril de 2016, Elizabeth Steinberg.

—«Funny girl Cameron Díaz gets serious», *Parade Magazine*, 31 de mayo de 2009, Jeanne Woolf.

—«Marta Torné. “La vida sin hijos también es maravillosa”», *AR*, julio de 2015, Virginia Madrid. (El título escogido para presentar la entrevista me parece muy significativo: implícitamente se dice que la vida con hijos es maravillosa y la vida sin hijos, sorpresa, también puede serlo.)

—«La decisión de Marta Hazas sobre la maternidad», *Hola*, 17 de marzo de 2016.

—«Teresa Viejo. Reencuentro con la sonrisa más dulce de la televisión», *Hola*, 20 de julio de 2016.

—«Entrevista Carmen Iglesias», *La Revista de El Mundo*, 12 de enero de 1997.

—«El hombre que tiene la receta para ser feliz», *El País*, 14 de julio de 2016, Manuel Ansedo.

—«Hijos», *El Estado Mental*, 21 de septiembre de 2015, Purificació Mascarell.

—«Madres», *El Estado Mental*, 23 de septiembre de 2015, Bárbara Celis.

—«La maternidad es una condena», *El País*, 3 de abril de 2016, Victoria Torres Benayas.

—«Being a mother gives me edge on May-Leadsom», *The Times*, 9 de julio de 2016.

—«The motherhood trap», *New Statesman*, portada del 17 al 23 de julio de 2015, Helen Lewis.

—«Why does it matter if I have children or not?», *The Telegraph*, 17 de julio de 2015, Farrah Storr.

—«Héroes aunque se rindan», suplemento Papel (*El Mundo*), 4 de octubre

de 2015.

—«+D65», *Yo Dona*, 26 de abril de 2008. Junto a la de Soledad Lorenzo, en este reportaje recogí las entrevistas a la actriz Nuria Espert y a la artista y exmodelo Veruschka.

—«Soledad Lorenzo», *El País*, 15 de noviembre de 1986, Francisco Umbral.

—«Tan completa o tan incompleta», *El País*, 25 de octubre de 2015, Rosa Montero.

—«La condesa oculta», *Yo Dona*, 20 de abril de 2013, Elena Pita. En esta entrevista, Inka Martí declaraba lo siguiente respecto a su no maternidad: «Desde niña lo tuve muy claro, que no tendría hijos, que en todo caso los adoptaría. Y en cuanto a mis parejas, Gay no tiene hijos y Jacobo dos, fantásticos y que encontré ya mayores, y a los que quiero muchísimo. Además tengo dos sobrinas y animales: mi parte maternal está cubierta con esto».

—«Six Fairy Tales for the Modern Woman», *The Hair Pin*, 11 de junio de 2013, Renee Lupica.

—Entrevista a Oriana Fallaci en *Oggi Illustrato*, 6 de octubre de 1975, Marina Buttafava.

—«La aristócrata y el comunista (una historia de la Transición)», *La Lamentable* (lamentable.org), 5 de abril de 2012, José Martí Gómez.

—«Las revistas femeninas», *El País*, 12 de abril de 2013, Vicente Verdú. En el capítulo dedicado a Frida Kahlo reproduzco un breve extracto de esta columna, pero el texto completo no tiene desperdicio. El autor señala: «Con las revistas femeninas de calidad ha ocurrido que sus crecientes análisis de tendencias, sus noticias sobre estética, humanidad y consumo, rebasan los estereotipos que se les asignaba en cuanto simples escaparates de la moda textil o de los tratamientos cosméticos. Y bien puede decirse que, a estas alturas del mundo de las apariencias en el «capitalismo de ficción», lo que era

mención textil ha pasado a integrar el contexto y en cuanto a la cosmética ha extendido su comercio a todo el mercado, desde la mujer al varón, su cabal aceptación no sería ya la de una especialidad sino de un especial tratamiento del cosmos. Cosmos o corpus de la contemporaneidad reflejada en un surtido de conocimientos que jamás se recibirían de un Parlamento, de un ateneo o de la Universidad Complutense».

—«Las apariencias engañan», *Vogue México*, noviembre de 2012. Bajo ese título se publicó una portada en la que aparecía una imagen de Frida Kahlo tomada en 1939 por una de sus parejas, el fotógrafo Nickolas Muray. Ésa es la portada a la que me refiero en el capítulo dedicado a la pintora.

—«Marilyn Monroe se operó la nariz y la barbilla y estuvo embarazada», *El País*, 9 de octubre de 2013, Rocío Ayuso.

—En 2013 salieron a subasta algunos documentos médicos de Marilyn Monroe. Los medios de comunicación de todo el mundo se hicieron eco de estos papeles, en los que se mencionaba que la actriz había sufrido un embarazo ectópico en 1957, aunque casi todos pusieron el acento en otro punto: las supuestas operaciones estéticas a las que se sometió.

—«Marilyn Monroe. A skinny-dip you'll never see on the screen», *Life*, 22 de junio de 1962. En la portada de ese número aparecía Marilyn Monroe en albornoz, en una fotografía tomada durante el rodaje de la película *Something's got to give*.

WEBS

<www.adaec.org>. Asociación Afectadas Endometriosis Estatal (ADAEC).

De esta web he extraído las cifras sobre mujeres que padecen endometriosis.

<www.endofound.org>. Endometriosis Foundation of America. Aquí aparece el discurso que Susan Sarandon pronunció durante una gala de la fundación, en el que habló de su caso de endometriosis. También se recogen las declaraciones de Lena Dunham al respecto.

<www.clubdemalasmadres.com>. Club de Malas Madres.

<www.kindsurf.org>. Kind Surf, ONG fundada por la modelo Almudena Fernández. Desde la propia web es posible hacer donativos para apoyar su causa.

<www.museofridakahlo.org.mx>. Museo Frida Kahlo.

<www.youtube.com>. Aquí está disponible el discurso completo de Steve Jobs en la Universidad de Stanford.

<www.publico.es>. En uno de sus foros digitales, publicado el 25 de marzo de 2011, se produjo la pregunta a Mamen Mendizábal a la que me refiero en la parte «Su historia de no maternidad».

OTROS

Sociedad Española de Fertilidad. Según esta institución, en 2014 se realizaron más de 117.000 fecundaciones in vitro en España. La media de éxito con óvulos propios es de un 37 por ciento, y la cifra asciende a un 56 por ciento si se utilizan óvulos de donante, según la misma fuente, lo cual demuestra que quedarse embarazada por métodos de reproducción asistida no es tan fácil como tendemos a pensar o como quieren hacernos creer. En España, un total de 278 clínicas u hospitales realizaban tratamientos de reproducción asistida en el año 2016, siempre según la Sociedad Española de Fertilidad.

PELÍCULAS, DOCUMENTALES Y TELESERIES

Sobre Coco Chanel

Coco Chanel (2008), Christian Duguay.

Coco antes de Chanel (2009), Anne Fontaine.

Sobre Katharine Hepburn

Katharine Hepburn: All about me (1993), David Heeley.

El aviador (2004), Martin Scorsese.

Katharine Hepburn: The great Kate (2014), Rieke Brendel y Andrew Davies.

Sobre Oriana Fallaci

L'Oriana (2015), Marco Turco.

Sobre Carmen Díez de Rivera

Quiero ser libre (2014), coproducción de Avant 7 y TVE.

Lo que escondían sus ojos (2016), Mediaset.

Sobre Frida Kahlo

Frida (2002), Julie Taymor.

The life and times of Frida Kahlo (2005), Amy Stechler.

Sobre Marilyn Monroe

Marilyn. The lady behind the legend (1987), Gene Feldman y Suzette Winter.

Marilyn Monroe. The final days (2001), Patty Ivins Specht.

My week with Marilyn (2011), Simon Curtis.

Love, Marilyn (2012), Liz Garbus.

Sobre Virginia Woolf

Las horas (2002), Stephen Daldry.

The mind and times of Virginia Woolf (2002), Eric Neal Young.

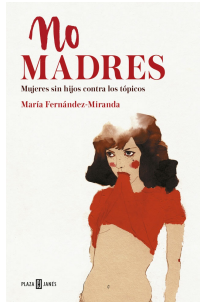
Virginia Woolf: La percepción descarada (31 de agosto de 2011). Programa *Mujeres malditas*, Radio 5, RNE.

Otros

—*Sexo en Nueva York* (2010), Michael Patrick King. En el capítulo «Y vosotros, ¿para cuándo?» me refiero a una escena de esta película, concretamente al momento en que Carrie y Mr. Big asisten a la boda de Stanford, el amigo gay de la protagonista. A pesar de su aparente frivolidad, creo que la serie televisiva *Sexo en Nueva York* (y las películas que se rodaron a partir de ella) reproduce bastante bien algunos de los conflictos a los que nos enfrentamos las mujeres de mi generación referentes a la pareja, la independencia económica, la maternidad, etcétera.

—«Nosotras» (2016), programa *Salvados*, La Sexta. El 18 de diciembre de 2016 se emitió este programa, conducido por Jordi Évole, en el que se reflejaban las desigualdades a las que se siguen enfrentando las mujeres hoy en día. Aunque, según la Real Academia Española, el feminismo es la

«ideología que defiende que las mujeres deben tener los mismos derechos que los hombres», algunas de las entrevistadas en el programa dudaron cuando se les preguntó si se consideraban feministas.



Los seres humanos nacen, crecen, se reproducen y mueren, nos hacían repetir en clase. Pero las estadísticas afirman que casi un 30% de las mujeres nacidas en la década de los 70 no tendrá hijos. Un colectivo tan numeroso como poco visibilizado, que ni siquiera cuenta con un nombre propio para definirse y tiene que hacerlo desde la negación: no madres.

María Fernández-Miranda nunca sintió eso que llaman instinto maternal y, sin embargo, se sometió a siete fecundaciones in vitro. Esta experiencia le hizo reflexionar acerca de los motivos por los que tenemos hijos y tomar conciencia de los tópicos que convierten la maternidad en destino ineludible para toda mujer. Un valioso aprendizaje en el que descubrió que no estaba sola, sino que las no madres habían permanecido calladas por demasiado tiempo.

Y consiguió que su historia individual se transformase en un relato coral en el que Soledad Lorenzo, Rosa Montero, Maribel Verdú, Mamen Mendizábal, Carmen Ruiz, Inka Martí, Paula Vázquez, Almudena Fernández, Sandra Ibarra y Alaska le prestan su voz para reivindicar el derecho a no ser juzgadas. Porque este no es un libro en contra de la maternidad, sino en defensa de la libertad de elección. Ser no madre no constituye ninguna anomalía y ellas son el mejor ejemplo posible de que cuando la puerta de la maternidad se cierra (o ni siquiera se abre), lo que queda no es el vacío, sino la posibilidad de desarrollar una vida diferente, feliz y completa.

María Fernández-Miranda nació en Gijón en 1975. Se licenció en Periodismo por la Universidad de Navarra, profesión que ha ejercido en diversos medios. Trabajó durante seis años en *La Nueva España* hasta que, en 2003, comenzó su andadura en las revistas femeninas: estuvo dos años en la redacción de *Marie Claire* y otros nueve en la de *Yo Dona*. Los dos años siguientes fue directora de Belleza en la revista *Elle* y desde enero de 2017 ocupa el cargo de subdirectora en *Cosmopolitan*.

Actualmente vive en Madrid. Está casada y no tiene hijos.



MARÍA FERNÁNDEZ-MIRANDA

IMPARTIRÁ EL CURSO ONLINE

PERIODISMO Y ESCRITURA CREATIVA DE NO FICCIÓN

19 febrero - 18 de marzo 2018

Matricúlate antes del 18 de febrero en
www.escuelacursiva.com

cursiva



Edición en formato digital: abril de 2017

© 2017, María Fernández-Miranda Bances

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez

Ilustración de portada: © Conrad Roset

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN:978-84-01-01949-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

No madres

Introducción

Mi historia de no maternidad

Tratamiento 1: La candidata ideal

Una enfermedad invisible

Tratamiento 2: Los juegos del hambre

Y vosotros, ¿para cuándo?

Tratamiento 3: Sí pero no

Hombres reales, mujeres irreales

Tratamiento 4: Apagón por Navidad

Parirás con dolor (y otras maldiciones bíblicas)

Tratamiento 5: ¿Qué hacemos aquí?

Divide y vencerás (o no)

Tratamiento 6: Perdida en la M-30

Derecho a rendirse

Tratamiento 7: London Eye

Y comieron perdices

Su historia de no maternidad

Soledad Lorenzo, galerista: La superviviente

Rosa Montero, escritora: La niña sabia

Maribel Verdú, actriz: La valiente

Mamen Mendizábal, periodista: La rebelde

Carmen Ruiz, actriz: La decidida

Inka Martí, editora, fotógrafa y escritora: La sensitiva

Paula Vázquez, presentadora de televisión: La independiente

Almudena Fernández, modelo: La soñadora

Sandra Ibarra, activista frente al cáncer: La protectora

Olvido Gara (Alaska), cantante: La rompedora

Las adelantadas

Coco Chanel

Katharine Hepburn

Oriana Fallaci

Carmen Díez de Rivera

Frida Kahlo

Marilyn Monroe

Virginia Woolf

Epílogo

Agradecimientos

Apéndice documental

Sobre este libro

Sobre María Fernández-Miranda

Curso Periodismo y escritura creativa de no ficción

Créditos